

LA PERSONA
Los Hombres



Los hombres han estado muy presentes a lo largo de todo el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad. A pesar de tener la intención inicial de representar equitativamente a los dos géneros en cuanto a número de entrevistas, no fue posible cumplir dicho objetivo; los hombres se mostraban más dispuestos a ser entrevistados y a compartir sus recuerdos que las mujeres, lo que resultó en una proporción final de 75% de entrevistas realizadas a hombres. Esto es, sin duda, reflejo de lo que fue la presencia masculina (y lo que no fue la presencia femenina) en la sociedad canaria, y también española, de los primeros tres cuartos del siglo XX.

Los hombres (en todas sus edades) vivían “de puertas pa’fuera”. Durante la niñez y la adolescencia se creaba un círculo de amistades sólido con el que se compartían tardes de juegos, por lo general sometidas a poca vigilancia, que podían desarrollarse hasta los confines del barrio, vinieran estos dados por el barranco de Guinguada, por el mar o por los riscos. En la edad adulta el trabajo y la familia son protagonistas, pero nunca se deja de lado a los amigos, con los que es habitual salir a tomar algo y charlar.

Se cubren, a continuación, las tres etapas de la edad del hombre: la niñez, la adolescencia y la edad adulta, subrayando aquellos factores que las hacen distinguirse entre ellas y cómo difieren de la experiencia femenina en los ámbitos social, laboral y familiar.

La niñez



Carmelo Santana Castellano (primera fila, en medio). 1955. Fuente: C.S.C.

Desde la más tierna infancia, las diferencias de trato hacia el sexo masculino y el femenino eran claras. Los juegos infantiles son reflejo de estas diferencias. Los niños solían moverse en grupo, y cada zona del barrio podía tener su “jarca”, su pandilla, por emplear el término con el que Óscar Gutiérrez Ojeda, entrevistado por el proyecto Redescubre tu Ciudad, da título a su segundo libro: *La jarca*, sobre las pandillas del barrio de su infancia.

Don Óscar habló de los juegos infantiles de los niños, y empezó comentando las *guirreas*, “*de guirrear, deformación de guerrear*”¹. Las pandillas eran muy territoriales y el espacio estaba fragmentado:

Vegueta, como tal barrio, era un conjunto de pequeños barrios. Todo era Vegueta, pero estas tres calles eran un barrio, y estas tres eran otro barrio, y estos eran adversarios o enemigos. Entonces, si alguien atravesaba un barrio enemigo y aquellos le daban una paliza, se iba y se concertaba una guirrea. A una guerra la llamábamos “guirrea”. Las calles eran de tierra, por eso se podía hacer barro. Tierra con agua, hacías barro y hacías unas bolitas, y eso eran las balas, por así decirlo. Se concertaba: “En tal sitio”. Aquí se ponía un bando, unos 15 ó 20 chiquillos, y allá el otro bando, que eran otros 15 ó 20 chiquillos; y venga a tirarse unos a otros, unos a otros. Pero siempre había alguien que se pasaba de listo, cogía una piedra y la envolvía en barro y esa, si te llegaba a la cabeza, te hacía, como decíamos antes, la coneja correspondiente. Dicha coneja solía señalar el final de la batalla, y muy probablemente una buena reprimenda para el agredido cuando llegara a casa².

Otro juguete popular eran las *tiraderas* (los tirachinas) que se utilizaban para cazar pájaros y lagartos. La pandilla caminaba hasta el Llano de los Tarajales (unos 6kms) para buscar madera de tarajal, muy dura y apropiada para la fabricación de estas “armas”. Una vez conseguida la madera, y en palabras de don Óscar:

(...) con el cuchillo que le cogías a tú madre, empezabas a darle forma a aquello. Se trataba, en definitiva, de fabricar una “i” griega. Aquí rebajabas un poquito, y aquí rebajabas otro poquito [señala a los dos vértices superiores de la “i” griega] y de allí salían dos elásticos, para atrás. Los elásticos, normalmente, eran tiras de una cámara de rueda de coche, de cámaras viejas que estaban picadas. Pasabas por un taller y las pedías, y al final iba un trocito de cuero sujeto a las dos tiras esas, cuero que le pedías a los zapateros³.

¹ Millares Cubas (1932). *De cómo hablan los canarios*, LPGC: Tipografía Diario de Las Palmas, p. 75.

² Óscar Gutiérrez Ojeda en la entrevista: *Memorias del barrio de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de octubre de 2008, p. 15.

³ *Ibíd.*, p. 5.



Niños del Risco de San José, 1930. Fuente: FEDAC

Fabricar una tiradera era, pues, todo un proceso para un niño: caminar varios kilómetros para obtener la madera de tarajal y conseguir que los maestros de los talleres del barrio, en este caso los mecánicos y los zapateros, cedieran los materiales restantes necesarios. En los años 40 aún había muchas parcelas sin construir en el barrio de Vegueta, y abundaban los pájaros y lagartos que los niños acechaban pacientemente con sus tiraderas.

Otro entretenimiento infantil masculino era la fabricación de “jiñeras” (jaulas trampa). Don Óscar nos describe el proceso de fabricación de la jiñera como sigue:

En definitiva venía a ser como una especie de jaula. Íbamos por las fincas buscando caña, caña verde, y con esa caña y alambre, que cogíamos en los talleres de mecánica, que le pedíamos a los mecánicos del taller, montábamos una especie de cajón, con las cañas así y así [dibuja un cajón en un folio]. Después, si este era el cajón, poníamos aquí un palito, de forma que se quedara así [la caja, boca abajo, queda levantada de un costado]. Del palito había un trozo de hilo, hasta aquí [señala lejos de la jiñera], donde estabas tú escondido. Aquí [dentro de la jiñera] poníamos un cacharrito con agua, y el pájaro, desde el cielo, a través de las cañas, veía el agua y se lanzaba como un loco. Entraba a tomar agua, y cuando entraba tirabas del hilo ¡y ya estaba el pájaro cazado⁴!

Según don Óscar, los pajaritos acechados con las tiraderas corrían distinta suerte que los de las jiñeras. Mientras que los atrapados en estas jaulas trampa solían dejarse libres, ya que salían ilesos, los alcanzados por los tirachinas no volvían a volar. Los maltrechos pajaritos se llevaban a casa, y tras una reprimenda de la madre por matar animalitos el pajarito se asaba y se servía para cenar.

⁴ Óscar Gutiérrez Ojeda, *op.cit.*, p. 3.

La caza de lagartos era otro juego popular entre los chicos. Se fabricaba un anzuelo con un alfiler y se ponía en la punta un trozo de tomate para atraer a la presa. El mejor momento para cazar lagartos son los días calurosos, cuando salen de sus escondites para tomar el sol. Si el lagarto mordía el tomate se quedaba enganchado y se convertía en presa.

A día de hoy estos juegos masculinos parecen divertimentos de cazadores y guerreros, juegos que subrayan las funciones básicas del hombre en las comunidades primitivas: cazar para proveer sustento y combatir para defender a la tribu y sus intereses. Estas actividades han desaparecido totalmente de nuestros barrios. Aunque puede que los impulsos primitivos de masculinidad no hayan cambiado tanto a lo largo del siglo XX, sí lo ha hecho el entorno en el que se les daba rienda suelta; los barrios de Vegueta y Triana ya no tienen parcelas sin edificar. Las guirreas también son algo del pasado: ya no hay vías de tierra en Vegueta ni los niños salen a jugar a la calle tan libremente como antaño.

Don Mario Viera, residente del barrio, nos habla de sus juegos de la infancia en la plaza de Santo Domingo: el calimbre, monta la uva monta el garbanzo, el escondite y los juegos de pelota eran entretenimientos habituales. De los juegos de pelota, o más concretamente de la pelota en sí, cuenta don Mario:

La pelota era, generalmente, de trapo. ¡El que tenía una pelota de goma era casi un señor! Y de las pelotas de trapo, quienes hacían unas excepcionales eran los chicos que estaban aquí, en el Colegio de San Antonio, que estaban internados. Hacían unas pelotas tan buenas ¡que brincaban cuando las tirábamos al suelo! O bien las hacíamos nosotros con calcetines: los rellenábamos de trapos y luego las cerrábamos con hilo⁵.

También fabricaban los niños carruchas, carretas y patinetas:

Siempre había alguno que se hacía una carrucha, o que se hacía una especie de camionetita con las ruedas y con unos alambres; incluso tenía un alambre que se trababa al eje de las ruedas delanteras, y así se maniobraba. ¿La patineta? Quien

⁵ Mario Viera Ortega en la entrevista: *Memorias de la Plaza de Santo Domingo* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de febrero de 2009, p. 2.

tenía suerte y podía conseguir una rueda de cojinete se hacía la plataforma. Eso era más sofisticado, pero también se veía mucho⁶.



Niño con carreta y cubo, 1920.
Fuente: FEDAC

Los cojinetes se conseguían en los talleres de los mecánicos y en otros talleres de reparación. Don José Plácido Suárez, nacido en Vegueta, también recuerda las carruchas y patinetas, y como los niños de la parte alta del Risco de San Juan, aprovechando las pendientes, se tiraban por las cuestas en estos cajones.

La fabricación de cometas era otro entretenimiento importante para los niños. Don Mario recuerda cómo se fabricaban estos juguetes:

Cortábamos una caña, la troceábamos, la llamábamos tilla, hacíamos el típico hexágono y el mazo de hilo y ¡jala! [...] con papel, con papel fino era con lo que se hacía⁷.

El escritor local Emilio Valle Gracia también rememora los juegos de cometas:

Por las tardes “echábamos las cometas” desde las azoteas, y estas alegres terrazas de la arquitectura colonial isleña se llenaban de habilidosos “guiñadores” que remontaban aquellas hacia las nubes para “meter cascós” o cortar las liñas con las puntillas del rabo mientras contemplábamos con desconsuelo que la tocada se iba, suelta y desvaída, hacia el mar⁸.

El autor hace referencia a la costumbre de atar una cuchilla a la punta de la cola de la cometa, con ello se esperaba rasgar y destruir los restantes juguetes voladores que compartieran el espacio aéreo.

⁶ Ídem.

⁷ Ídem.

⁸ Emilio Valle Gracia (1971). *Cuaderno de Recuerdos Triviales*, Las Palmas de Gran Canaria: Lit. Saavedra-La Naval, pp. 17-18.

También se refiere el escritor Pancho Guerra a este uso entre los niños cuando en uno de sus Cuentos Famosos de Pepe Monagas el protagonista considera que cierto negocio le va “*como una cometa: con mucho jilo, alto y una navaja en el rabo*”⁹.

Para terminar con los juegos de la infancia masculina hablaremos del aro (que también era un juego femenino), el trompo y el boliche (la canica) con el que se jugaba al güa.

El aro era un juguete cien por cien sostenible. El aro se obtenía de los asientos de sillas viejas de asiento redondo. Después sólo había que conseguir un palo con el que empujar el círculo metálico.

En cuanto al trompo, era uno de los juguetes estrella. ¡Se disputaban torneos en los que se apostaba el propio trompo! Don Mario explicó que los trompos se marcaban para poder distinguirlos. Para jugar se dibujaba un círculo en el suelo y se tiraba el trompo, que debía girar en el interior; el contrincante tiraba entonces su trompo y si conseguía sacar al primero del círculo vencía y se quedaba con el del otro. Además, y para asegurar la victoria, “*(...) había algunos que le quitaban la púa al trompo, metían dentro una mosca y volvían a poner la púa, porque decían que con eso el trompo zumbaba más*”.

El juego preferido de don Carmelo era, sin embargo, el boliche, para él el entretenimiento número uno. Nos recuerda que la mayor parte de los boliches eran de arcilla, y aunque duraban bastante sí que se descascarillaban con el uso. Después encontrábamos los preciados boliches de cristal, de uno o dos colores y, finalmente, los de acero, el gran premio por todos deseado. Los boliches de acero se sacaban, también, de cojinetes viejos. El juego del güa recibe su nombre de la serie de agujeros (los güas) que los niños hacían en el suelo y desde donde tiraban el primer boliche (y donde tenía que acabar la esfera tras una serie de tiros). El premio para el ganador: quedarse con el boliche del contrario.

⁹ Pancho Guerra, (1971). *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Tomo IV, Madrid: Asociación Pancho Guerra, p.32.

La educación

Teniendo en cuenta que la institucionalización de la enseñanza pública no tuvo lugar hasta comienzos del siglo XX, no sorprende que hacia 1918 tan sólo el 29% de la población de las islas supiera leer y escribir¹⁰. Durante las primeras décadas del siglo, los maestros tuvieron que lidiar con sueldos muy bajos y locales mal adecuados, además de con escasos recursos didácticos. El método de enseñanza por antonomasia era la memorización, y se creía en la premisa “La letra, con sangre entra”.



Tras la guerra civil la educación, como otros tantos aspectos de la vida, se vio condicionada por las regulaciones de la dictadura franquista. En los colegios, institutos y universidades aparecieron el crucifijo y la fotografía del caudillo Francisco Franco en las aulas. La educación se fundamentó en la necesidad de recristianizar y renacionalizar a los jóvenes, ya que se culpaba a la Institución de Libre Enseñanza (instaurada por la República) de haber forjado a generaciones anárquicas cuyas ideas revolucionarias habían resultado en la guerra

civil. En los años cuarenta, el Inspector de Primera Enseñanza Adolfo Maíllo dice: “se impone, como una necesidad urgentísima, un tipo de educación inspirado en principios netamente medievales”. Además, se suprime la coeducación y comienza una etapa de negación de la cultura para la mujer, ya que el régimen franquista deseaba volver a los tiempos en los que se veía a la mujer como hija, madre o esposa, y no como “*la intelectual pedantesca que intenta en vano igualar al varón en los dominios de la ciencia*”, también en palabras del Inspector Maíllo. Por ello, se instaba a que las mujeres no hicieran el bachillerato, ya que esto las “*obligaba a un trabajo mental para ellas excesivo, que roba riego sanguíneo a las regiones orgánicas fundamentales para su porvenir de mujeres*”¹¹.

¹⁰ Teresa González Pérez (2003). *La educación primaria en Canarias*, Tenerife: Dirección General de Universidades e Investigación, p. 83.

¹¹ Rafael Abella, *et al.* (1990). *La vida cotidiana en España de los años 40*, Madrid: Ediciones del Prado, p. 109.

Así, la educación se “militarizó” y “cristianizó”. Las clases comienzan con alumnos en formación preparados para izar la bandera y cantar el himno del movimiento y el himno nacional. A los días lectivos se le añaden los sábados, para asistir a misa, más los días en los que se realizan los “ejercicios espirituales”. La educación de estos tiempos estaba marcada por un profundo respeto hacia el profesor, que no dudaba en aplicar el castigo físico a los alumnos si lo consideraba oportuno. Además, los padres apoyaban incondicionalmente cualquier decisión tomada por el profesor. Don José Plácido, que asistió al Colegio Viera y Clavijo, uno de los colegios más progresistas de la época en Vegueta, recuerda que en su casa un cero en conducta era mucho peor que un cero en una asignatura.

A mí, una vez, una profesora me puso un cero en conducta, porque me portaba fatal, pero en casa yo dije que fue en la asignatura. Yo tenía once o doce años, y la cosa es que a mí me encantaba aquella mujer, para mí era “la diosa”, y me ponía a acecharla, por debajo de la mesa. Por eso me puso un cero en conducta. Eran las vacaciones de Navidad. Mi madre me dijo que ella prefería un cero en la asignatura que en conducta. Sin yo saber nada fue a casa de la profesora, a hablar con ella, ¡y cuando volvió me cayó una...! Me tuvo todas las vacaciones de Navidad sin salir de casa¹².

Esta situación se alargó las siguientes tres décadas. En los años cincuenta apenas uno de cada cien españoles era estudiante de bachillerato. Los pocos colegios existentes en las capitales de provincias acogían mayoritariamente a los hijos de familias acomodadas. Los centros solían tener internado; las dificultades para llegar a la ciudad desde los pueblos de la isla hacían que muchos optaran por alojarse en una residencia para poder estudiar. Algunos de estos centros tenían becarios que en ocasiones debían entrar por una puerta diferente, “la puerta de los pobres”¹³. Ilse Court recordó disgustada como en su colegio, Las Dominicas (calle Doctor Rafael González, Triana), se hacían distinciones según clase social: se separaba a las niñas y se les adjudicaba un uniforme u otro, se estudiaba en la primera o segunda planta e incluso se entraba en el edificio, como decíamos, por puertas diferentes. Este tipo de práctica se llevaba a cabo

¹² José Plácido Suárez en la entrevista: *Memorias de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de marzo de 2009, p. 15.

¹³ Ilse Court en la entrevista: *Con una guía turística por Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de enero de 2009, p. 8.

en la mayoría de los colegios. De los centros educativos de la época en Gran Canaria cabe destacar del ámbito público el Instituto de Pérez Galdós, y del ámbito privado el Colegio Viera y Clavijo y los dirigidos por las órdenes religiosas, como los Salesianos, los Jesuitas y los Claretianos.

El Instituto Pérez Galdós abrió sus puertas como Instituto General y Politécnico de Las Palmas en 1916, y cambió su nombre a Benito Pérez Galdós en 1920 en honor al poeta y escritor canario que desde Madrid impulsó su apertura. Desde 1959 se encuentra ubicado en la calle de Tomás Morales, no sin antes experimentar una itinerancia que lo hizo pasar, entre otras localizaciones, por la calle Pérez Galdós o por el actual edificio del Rectorado de la Universidad, en la calle Juan de Quesada. El Pérez Galdós fue primer centro de enseñanza secundaria financiado con fondos públicos, y siguió siendo el único hasta la década de los años sesenta, cuando se produjo la expansión de la enseñanza secundaria en la isla.

El Colegio Viera y Clavijo también fue toda una institución de enseñanza en Gran Canaria. Desarrolló su actividad educativa durante más de cincuenta años y destacó por impartir una enseñanza de tendencias liberales y progresistas durante los años de la dictadura franquista. Algunos de sus profesores eran personalidades políticas e intelectuales de renombre que se habían trasladado a Gran Canaria para evitar la represión. Fue fundado en 1932 por tres profesores: Santiago Sánchez Yáñez, Pedro Cullén del Castillo y Juan Melián Cabrera, y en 1939 pasó a la que sería su sede definitiva en la calle Luis Millares, muy cerca del Museo Canario. Permaneció abierto hasta mediados de los años ochenta. Muy probablemente, a razón de esta proximidad quiso “el destino” que en 2009 se iniciaran las obras de demolición del inmueble para la ampliación de las dependencias del museo.

Por “el Viera”, como lo llaman los que a él asistieron, pasaron alumnos que más tarde se convirtieron en algunos de los políticos, artistas e intelectuales que moldearon la historia reciente de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

En cuanto a los centros educativos llevados por órdenes religiosas en la capital grancanaria en el periodo que nos ocupa cabe destacar tres: el Colegio de San Ignacio

de Loyola de los Jesuitas, el Colegio Corazón de María de los Claretianos y el Colegio de los Salesianos.

Los Jesuitas son los responsables de la apertura del primer centro docente que existió en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. En 1697 abren un colegio en las casas donadas por el Canónigo don



Colegio de los Jesuitas, 1930. Fuente: FEDAC

Andrés Romero para este fin en el número 17 de la calle Dr. Chil, en lo que actualmente se conoce como el antiguo seminario. Desde entonces, los Jesuitas sufrieron dos expulsiones de territorio español, la primera en 1767 por orden del rey Carlos III y la segunda, tras un breve regreso en 1852, en 1868 por acuerdo de la Junta Revolucionaria del Gobierno de Las Palmas.

Casi 50 años más tarde, en 1917, los jesuitas vuelven para abrir de nuevo el colegio en parte del edificio ocupado por el Seminario (en Dr. Chil, 15). En 1921 se bendice la primera piedra de la construcción del nuevo colegio en su emplazamiento actual en la calle Juan E. Doreste (entonces Dr. Pasteur). La cercanía del colegio al océano favoreció que el marote, el aire corrosivo del mar, atacara la estructura de hierro del edificio desde el primer día.

El colegio se inauguró en 1924, pero en 1932 el Gobierno de la República decreta la disolución de los Jesuitas en España e incauta sus bienes. El colegio funcionó primero como instituto y luego como cuartel, para finalmente ser devuelto a los Jesuitas en 1939.

En 1973 comienzan las obras de demolición del antiguo y hermoso edificio y se inicia la construcción del edificio actual, en la misma ubicación. La obra se realizó por fases para no tener que cerrar el colegio.

El Colegio de San Ignacio de Loyola también cuenta con una importante tradición en la capital grancanaria. A principios del siglo XX las monjas del Sagrado Corazón construyeron, en lo que hoy es Ciudad Jardín, un colegio para educar a 50 niñas. En el

año 1920 lo abandonaron para fundar otro en Tafira, abierto actualmente. Don Alejandro Hidalgo y Romero compró el edificio que había sido abandonado y llamó a los Salesianos, que vinieron en 1923. Al principio, establecieron unas Escuelas Profesionales con talleres de sastrería, zapatería, imprenta, encuadernación y carpintería. Los alumnos procedían del Internado de San Antonio, en Vegueta, el centro de acogida para niños de la plaza de Santo Domingo. Hacia el año 1960 no se llegó a un entendimiento con el Cabildo, que pagaba a los alumnos, y se implantó el Bachillerato. Con las sucesivas leyes de Educación se establecieron la Educación General Básica, la Primaria y la Infantil. Hoy, el Colegio Salesiano tiene 1.250 alumnos.

En último lugar se hablará del Colegio del Corazón de María, el Claret. Antonio María Claret llegó a Canarias en 1881 y fundó el Colegio Corazón de María de Las Palmas de Gran Canaria con el objetivo de colaborar en la propagación de la educación cristiana. A día de hoy, el colegio se define como: “*un centro católico transmisor del Reino: evangelizador y educativo, según los valores de libertad, amor, justicia y paz*”. En la actualidad, los claretianos cuentan con tres centros en la isla: uno en Canalejas (Sección de Infantil), otro en Tamaraceite (Sección de Primaria y Primer Ciclo de ESO) y el de Rabadán (resto de la Secundaria).

Para terminar, se recuerda una figura hoy desaparecida a la que el cronista de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria Domingo J. Navarro llama, irónicamente, “*amigas*”. Según el cronista, estas mujeres, normalmente “solteronas, de celibato forzoso” se ganaban la vida “*sabiendo apenas leer enseñando a los párvulos de ambos sexos, por módico estipendio (...)*”¹⁴.

Navarro define a estas “*arpías*”, como él las llama, como mujeres faltas de cariño que fácilmente infligían castigos corporales a sus alumnos, castigos de los que escapaban únicamente aquellos niños que les obsequiaban con regalos.

Mucho mejor recuerdo guarda el entrevistado Mario Viera de su paso por el parvulario y años siguientes, ya que la figura del maestro que impartía clases en su casa se extendía

¹⁴ Domingo J. Navarro (1895): *Recuerdos de un Noventón*, Las Palmas: Tip. de “La Verdad”, pp. 82-83.



José Ramón Díaz Morales con pantalón corto, 1957. Fuente: V y E

hasta preparar a los alumnos para entrar en el bachiller. Don Mario asistió a tres de estas escuelas antes de prepararse en el Colegio de San Antonio para entrar en la Escuela de Comercio, los únicos estudios superiores que se podían cursar en la isla en los años cincuenta. Especial recuerdo guarda del profesor don Luis Muñoz Carrascosa, quien impartía clase en el cruce de las calles Corregidor Aguirre con Antonio de Viana, en un aula bien acondicionada. Este era un profesor al que le caracterizaba un gran interés por enseñar y que utilizaba un sistema de “competición de preguntas y

respuestas” para motivar a sus alumnos, algo totalmente fuera de lo común en unos tiempos en los que la única motivación era, normalmente, evitar el castigo. Don José Plácido también recuerda a estos profesores que impartían conocimientos fuera de los centros escolares, y como nota curiosa comenta como su hermana asistió a una de estas escuelas, llevada por dos hermanas y localizada en la calle Pedro Díaz, en Vegueta, a la que los alumnos tenían que llevar su propia silla.

La adolescencia

La transición de la etapa infantil a la edad adulta pasaba por un rito hoy desaparecido: el cambio de pantalón corto a pantalón largo. Este rito de paso era trascendental para cualquier chico.

Don Mario Viera hizo la transición con 14 ó 15 años. Explicó que el cambio de pantalón corto a largo suponía una penuria para el afectado, ya que para la pandilla “*cualquier excusa era buena para montar el número y tomarle el pelo sanamente a los amigos*”¹⁵. Existían varias expresiones con las que señalar el cambio. A don Mario, al verlo llegar con los pantalones largos sus amigos, sentados en la plaza de Santo Domingo, le gritaron: “¡Ya te bajaron los calzones!”. El cambio de pantalón podía ser más traumático si la madre considerada propio hacer pasar al niño por un paso

¹⁵ Mario Viera Ortega, *op.cit.*, p. 6.

intermedio, los pantalones bombachos, una prenda que convertía al portador en objeto de muchas más burlas.

Don Plácido también recuerda el cambio de pantalón, a la edad de 15 años, del que comenta:

Pues la verdad es que nos fastidiaba. En aquella época todo lo que fuese un cambio, unos zapatos nuevos, un pantalón o una ropa nueva, se hacía, normalmente, los días de fiesta. San José para mí, Semana Santa para las niñas. Con el pantalón largo los compañeros se reían de uno, normalmente había burla...¹⁶.

Otra expresión con la que se hacía sana burla a los amigos era la de: “¿¡Qué pasó!? ¿Te pusieron azúcar en los zapatos y se te bajaron los pantalones a chuparla?”¹⁷.

El cambio de pantalón corto a pantalón largo señalaba la transición de la niñez a la



Pareja, 1960. Fuente. FEDAC. La pareja, a menudo, no estaba “a solas” hasta su noche de boda.

adolescencia, sin que esto significara que el joven adulto se tomara un interés inmediato por las chicas. Aunque, evidentemente, siempre hay excepciones a la norma, parece que en líneas generales el despertar del interés por las féminas no tenía lugar hasta los 17 ó 18 años. Entonces, los juegos infantiles comienzan a dar paso a otras actividades, como las salidas y los bailes.

De manera pausada, los jóvenes varones empezaban a interactuar con el sexo femenino.

Del arte del cortejo se destaca el denominado

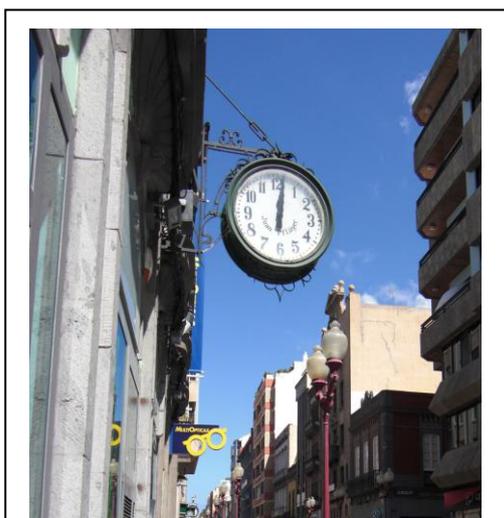
“paseo de Triana”, gracias al cual varias generaciones dispusieron de la oportunidad y del lugar donde encontrar pareja.

¹⁶ José Plácido Suárez, *op.cit.*, p. 7.

¹⁷ *Idem.*

Se señala, llegados a este punto, que las relaciones amorosas en los años que nos conciernen no eran nada fáciles. Hoy en día, establecer los primeros idilios amorosos no supone gran obstáculo gracias a la liberación de la mujer y a la desaparición de constricciones sociales. Sin embargo, los jóvenes de principios y mediados del siglo XX tenían que salvar toda una serie de obstáculos para “amar”. Entre el mayor de estos obstáculos estaba el férreo control paterno sobre el porvenir de sus hijas, y la obsesión, tanto de los padres como de las jóvenes, de que su “honor” llegara intacto al matrimonio, una imposición social de la que fue responsable, en gran medida, la Iglesia.

El escritor Claude Dervenn describió así el paseo de la comercial Mayor de Triana: *“Triana, cada tarde, recibe la multitud del paseo; las jóvenes son finas, bonitas, bien peinadas y vestidas de colores vivos”*¹⁸.



Reloj Pflüger, instalado en Mayor de Triana por el relojero alemán Juan Pflüger en 1912. Fuente: la autora

El paseo lo realizaban jóvenes solteros en busca de pareja. Don José Plácido comentó: *“Hubo una época en la que yo iba al paseo todos los días. Además, yo que me enamoraba con facilidad, mirando de lejos. Si le echaba el ojo a una chica que sabía que estaba en Triana yo también estaba allí todos los días.”*¹⁹

En cuanto a la ubicación del paseo se recuerda que la calle Mayor de Triana estaba abierta al tráfico rodado (que durante mucho tiempo fue en dos direcciones) y que era transitada tanto por coches privados como por el transporte público, según la época el tren, el tranvía o los autobuses. El paseo no se realizaba en la totalidad de la extensión de la calle: empezaba en el reloj de Pflüger, actualmente en el número 35 de la vía, y se prolongaba hasta el presente edificio de oficinas del Cabildo ubicado en el número 83, donde los jóvenes daban la vuelta. El reloj de la antigua relojería Pflüger también marcaba el final del paseo, a las nueve de la noche. Entonces se utilizaba una expresión que una vez más aparece como reveladora

¹⁸ Claude Verdenn (1970). *Canarias*, Tenerife: Romerman Ediciones, p. 17.

¹⁹ José Plácido Suárez, *op.cit.*, p. 11.

respecto al distinto tratamiento que recibían hombres y mujeres; la expresión era: “entregar a las nueve”, y hacía referencia a que el chico tenía que acompañar, o “entregar” (a sus padres, se sobrentiende), a la chica en su casa a la hora establecida, que casi siempre era las nueve.

Los chicos y chicas del paseo siempre iban en pandilla. Ellas iban cogidas del brazo, en alineación. Cuando un chico mostraba interés por una chica, interés que debía intuirse de una sucesión de miradas, y si la chica le correspondía, esta pasaba a colocarse en el extremo de la alineación, acercándose con ello al chico en cuestión, lo que podría, a continuación, propiciar el saludo.

Tras los iniciales saludos comenzaba una larga etapa de pre-noviazgo en la que el chico primero acompañaba a la joven a casa, aunque al principio no hasta la puerta. Después la acompañará hasta la puerta, lo que pondrá en guardia a los padres y prácticamente sellará el noviazgo. De novios eran frecuentes las salidas al cine, aunque la chica siempre iba acompañada de una carabina, normalmente la madre, una hermana o una amiga, lo que implicaba que el chico tenía que pagar tres entradas para salir con su pareja. El escritor Benítez Bravo de Laguna recoge un párrafo condimentado con socarronería isleña hablando sobre los paseos de los jóvenes, ésta vez en el por entonces recién estrenado parque de San Telmo:

(...) como si dijéramos, en familia, allí concurrían, con sus mamás, las mozas, sin que haga falta decir también que los *pollitos*, muchos de los cuales, todavía imberbes y *ronquiando*, en tales paseos se iniciaron en el arte de *mirar pal cañizo* y arrastrar del ala al guayabito de su preferencia, quien, si el candidato era de su agrado, una vez advertida por ella su presencia, se las arreglaba para, a la vuelta siguiente, aparecer por el extremo del grupo femenino, lo que, en el “Código de Señales” entonces vigente significaba, para el galán, la declaración de “la libre plática” a los efectos del atraque²⁰.

El derecho a plática señalaba el comienzo del noviazgo, que normalmente duraba varios años, y en el que la pareja “se hablaba”. La expresión es literalmente reveladora en

²⁰ José Benítez Bravo de Laguna (1967). *Anécdotas de Gran Canaria*, Madrid: Artes Gráficas Larra, p. 41.

cuanto hace referencia a lo que se esperaba que hiciera la pareja durante todo el noviazgo, básicamente hablar, en unos tiempos en los que era normal estar de novios entre cinco y diez años.

Los entrevistados del proyecto Redescubre tu Ciudad no tuvieron que “hablar en la ventana”, aunque sí recuerdan ver a otras parejas hacerlo. Esta costumbre nació a raíz de la obligación de la joven de quedarse en casa y la necesidad de alimentar la relación. La chica se asomaba a la ventana del hogar familiar y el pretendiente, desde la calle, hablaba con su amada. Agradecidos estaban los jóvenes que tenían una novia que vivía en un piso bajo, pues esto les ahorra muchos dolores de cuello, y agraciados eran los que disponían de un automóvil y podían sentarse en él mientras conversaban. Los que no disponían de vehículo, la mayoría, a veces traían una silla para sentarse.

Emilio Valle Gracia cita a otro autor, Federico García Sanchíz, quien recogió “*sabrosas (pero no siempre justas) acotaciones sobre las maneras isleñas*”, en opinión y palabras del primero. Sanchíz dice:

El novio llega, da las buenas noches, enciende un cigarro; luego, ¡manes de don Juan!, pide... ¿un beso? No. ¿El abanico o el pañuelo? No. ¿Un caprichillo de las pupilas moras? No. ¡Pide una silla! Y la dama asoma su brazo desnudo no para que ilumine con su blancor las sombras; sostiene una silla, el trovador la coge, la acomoda en la acera, y se sienta y repantiga como un canónigo gotoso (...)²¹.

A continuación el objetivo era “hablar en la puerta”, periodo durante el que la madre vigilaba por la mirilla o por una ventana contigua. Finalmente, en novio “entraba en casa”. En el hogar de la joven las conversaciones aún era monitorizadas, normalmente por la madre, y era típico que los novios se sentaran a ambos lados de una máquina de coser (u otro obstáculo) que garantizara que el honor de la joven se mantuviera intacto. En principio, parece que hablar en la puerta pudiera dar más libertad a los jóvenes que hablar en casa, pero el comportamiento esperado impuesto por la sociedad hacía que esto no fuera así. Como nos dice don Óscar Gutiérrez hablando de las novias:

²¹ Emilio Valle Gracia, *op.cit.*, p. 125.

En la calle Triana no podías ni coger una mano, ¡olvídate de ni coger una mano! Entonces, cuando ibas a entregar, si encontrabas un zaguán oscuro saltabas para dentro un minuto y salías otra vez. Bueno, ellas salían porque tenían un miedo a que las vieran (...) ²².

El temor a ser vista en actitud indecorosa era tal que garantizaba que al menos en público las chicas evitaran cualquier contacto físico.

Cuando la pareja empezaba a hablar el tipo de salida más frecuente era ir al cine, una de las opciones de ocio más populares (y unos de los pocos sitios donde se podía “hacer” algo). Don Óscar recuerda el cine del desaparecido Pabellón Recreativo (en Triana, calle Perdomo esquina con Juan de Padilla). El cine, comenta don Óscar, era conocido entre la juventud como el Pabellón “Restregativo” por lo que ocurría en las últimas filas de la sala.

Además de los paseos y los cines estaban los bailes. Se celebraban en fechas clave, festividades populares o en los días de los patronos de los distintos barrios. Una vez más, si una pareja salía a bailar la vigilancia estaba garantizada por su carabina. Para saber más sobre las opciones de ocio de la población de la ciudad se recomienda la lectura del texto titulado El Ocio y los Deportes.

La edad adulta

La edad adulta, que recordemos que hasta 1978 era a partir de los 21 años, venía marcada para el hombre por el trabajo, la familia y una vez más las relaciones sociales.

El trabajo, entendido como las actividades laborales realizadas fuera del hogar, se cubre en el texto El Mundo Laboral.

A continuación, en el texto Las Mujeres, se habla sobre la vida en familia para ambos sexos.

²² Óscar Gutiérrez Ojeda, *op. cit.*, p. 24.

En cuanto a las relaciones sociales masculinas se destaca una forma de reunión: las tertulias. Los hombres también se relacionaban, por ejemplo, gracias a la afición a los deportes, tema que se recoge en detalle en el texto dedicado a El Ocio y los Deportes.

Las tertulias eran reuniones de hombres que se juntaban en un lugar determinado de manera informal, pero regularmente, para hablar sobre noticias de actualidad, política, arte y cualquier otro tema de interés para los tertulianos. El escritor canario Carlos Ramírez Suárez explica: “El atractivo de la tertulia es que no tiene tema fijo”. Además, hace referencia a la diversidad de los asistentes diciendo que “En las tertulias suele haber miembros de honor y miembros de dolor” y hace referencia a la atmósfera de estas reuniones como una en la que “Casi siempre prepondera un ambiente limpio de buen humor no exento, a veces, de mordacidad crítica”²³.

Las tertulias se celebraban en todos los estratos sociales y tenían lugar en casas particulares, plazas, comercios, talleres o instituciones como el Gabinete Literario (antes conocido como el Casino).

Las barberías y las farmacias eran, tradicionalmente, los comercios más ligados a las tertulias. Don Juan José Laforet Hernández, actual cronista de la ciudad, dice lo siguiente sobre la función social de las barberías:

Las barberías eran lugar obligado de visita para todos los hombres y, además, punto de encuentro vecinal del barrio en el que se ubicaban. Una costumbre muy arraigada en el Carnaval, y después a lo largo del año cuando hacían pasacalles y conciertos, era la de asistir a las actuaciones de las rondallas. Ya no hay rondallas en el Carnaval, pero antes había muchas. Algunas de las más importantes eran del barrio de San José [...]. Esas rondallas se reunían en torno a las barberías. Yo recuerdo, de pequeño, a un barbero que estaba en la plaza del Pilar Nuevo. Él murió hace poco, pero su hijo vive todavía. Yo iba ahí a cortarme el pelo y veía las bandurrias y los laúdes colgados de la pared, porque por la noche iban los músicos

²³ Carlos Suárez Ramírez (1975). *Latidos de mi tierra*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 25-27.

y ensayaban. En la calle Mendizábal había otra rondalla, con el tiempo se reconvirtió en un trió folclórico y sacó algunos discos²⁴.

Se refiere, el cronista Laforet, a la tradicional barbería que se encontraba en la calle de Mendizábal, frente a El Herreño, donde hoy encontramos un restaurante que en recuerdo de su predecesor se llama La Barbería. Así, vemos como las barberías eran lugar de reunión donde circulaban noticias y donde un hombre leía el periódico en voz alta para información de todos los presentes.

Las boticas también eran lugar de congregación de animadas tertulias. Una de las más importantes de la ciudad en el siglo XIX y principios del XX fue la de la Farmacia de Vernetta, en el barrio de Triana. La Farmacia de Vernetta era la más antigua de la ciudad. Abrió en la calle Remedios en 1780 y se trasladó en 1864 a la esquina de la calle Muro en su unión con el desaparecido puente de Verdugo. La farmacia cerró en los años 80, cuando estaba en manos del farmacéutico Molina, a causa de un incendio que arrasó el edificio en la que se encontraba. Laforet confirma que: “Allí hubo tertulias famosas en los siglos XVIII y XIX de tipo económico y político, y de un nivel muy alto²⁵”.

Otra tertulia, de aire más artístico, era la de cacharrería Exclusivas Roiz (calle de la Pelota, Vegueta) establecimiento llevado conjuntamente por Antonio Roca y Antonio Izquierdo (Ro+Iz). El organizador de estas tertulias, como recordó el hijo de Antonio Roca para Redescubre tu Ciudad, era don Antonio Izquierdo, un gran amante de las artes. Su pasión por las artes escénicas llevó a al Sr. Izquierdo a implicarse en la organización de ambiciosas actuaciones para el Teatro Pérez Galdós e incluso, durante un tiempo, a dirigir el club Neotea, un club para el apoyo y fomento de las artes en la ciudad. En la cacharrería, después el horario de trabajo, se podía encontrar a los artistas y bohemios de la ciudad de mediados del siglo XX, y también pasaban por allí personajes entrañables del barrio, como Andrés “el Ratón” o Lolita Pluma²⁶.

²⁴ Juan José Laforet en la entrevista: *Vivencias de Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, p. 11.

²⁵ *Ibidem*, p. 12.

²⁶ Antonio Roca de Armas en la entrevista: *Memorias de la cacharrería de la calle de la Pelota, Exclusivas Roiz, y otros recuerdos de Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de octubre de 2008, p. 13.

Esta multifunción de los comercios tiene una explicación sencilla que expone el cronista Laforet: en esos años, a principios del siglo XX y hasta casi la mitad de la centuria, no había otros lugares donde reunirse. No había clubs sociales, ni clubs de la tercera edad. Más tarde aparecerían los clubs parroquiales, pero eso fue posterior, por lo que las barberías, las boticas, los cafés y otros comercios eran el lugar de reunión de los hombres (y únicamente de los hombres): de hombres religiosos, de hombres de política y de hombres de ciencia o de las artes.

Los hombres eran, por tanto, protagonistas absolutos de la vida pública, de la vida “puertas pa’ fuera”. Los ratos de ocio se disfrutaban en la calle, reunidos en tertulias o asistiendo a eventos deportivos (y apostando). Los hombres eran, además, protagonistas en el ámbito laboral. A excepción de algunos trabajos, sobre todo los relacionados con la aguja y con las tareas domésticas, todos los oficios remunerados los realizaba el hombre. Y también eran los hombres los que se iban a buscar fortuna y se convertían en emigrantes, emigrantes que en ciertas ocasiones hicieron fortuna mientras que en otras volvieron, tal y como dice la expresión, “con una mano delante y otra detrás”; al igual que se dieron casos en los que el hombre volvió a por su familia, y casos en los que tras años de silencio se aceptaba que mujer e hijos habían sido abandonados a su suerte.

Las mujeres, como se verá a continuación, eran por el contrario las protagonistas de la vida privada y de la vida familiar que se desempeñaba, casi en su totalidad, de “puertas pa’ dentro”, entre las paredes del propio hogar.

LA PERSONA

Las Mujeres



Como se comentó en el apartado dedicado a los hombres, la intención inicial del proyecto Redescubre tu Ciudad era entrevistar a un número igual de hombres que de mujeres. Sin embargo, el hecho de que las mujeres se mostraran menos dispuestas a ser entrevistadas que los hombres, además de el haber centrado gran parte de las entrevistas en el mundo del comercio, dominado mayoritariamente por hombres, resultó en una proporción desigual de entrevistas realizadas a hombres (75%) y mujeres (25%). Esta proporción, sin embargo, corrobora la premisa de que las mujeres desarrollaban su existencia “de puertas pa’ dentro”, es decir, apartadas la mirada pública y centradas en la vida familiar.

Claude Vernenn describe esta existencia privada, casi anónima fuera del hogar familiar:

Las muselinas almidonadas en las ventanas de los grandes salones, el brillo de maderas y cobres, hablan del cuidado de generaciones de esposas casi enclaustradas, reinando en la cocina cubierta de azulejos antiguos, en la despensa donde se alinean las vajillas, los frutos y el vino procedentes de la finca familiar¹.

Al igual que en apartado dedicado a los hombres, se realizará un recorrido por la niñez, la adolescencia y la edad adulta de las mujeres, haciendo hincapié en aquellos elementos diferenciadores respecto al sexo opuesto y la época actual.

La niñez

El trato recibido por niños y niñas, como ya se ha señalado, era diferente desde el nacimiento, siempre recibiendo un mayor grado de protección, o quizás sería mejor decir de supervisión, las hijas que los hijos.

¹ Claude Verdenn (1970): *Canarias*, París: Ediciones Horizons de France, p. 29.



Alicia González Valido (dcha.) con amigas en el pilar de la plaza de Sto. Domingo, 1968.
Fuente: A.G.V.

Las niñas disponían de territorios de juego compartidos con los niños, aunque más restringidos, ya que los varones podían, por lo general, desarrollar sus actividades por todo el barrio. También tenían las niñas la obligación de finalizar sus juegos antes que los niños. La segregación que se aplicó en las escuelas con la instauración de la dictadura franquista se extendió a la vida extraescolar, y los niños y niñas se mantenían segregados de manera voluntaria. A los niños se les enseñaba que

las niñas eran “criaturas frágiles” a las que no se debía uno acercar. Esta actitud marcó a los niños y jóvenes que crecieron durante la dictadura franquista.

Los juegos preferidos por las niñas eran aquellos en los que se cantaba a coro, como “La Viudita del Conde Laurel”. Don Mario Viera, nacido en Santo Domingo (Vegueta), recuerda oír a las niñas cantar en la plaza. La rima es reflejo de una de las mayores preocupaciones de las mujeres de la época; la primera estrofa dice:

*Yo soy la viudita del conde Laurel
que quiero casarme y no encuentro con quién.
No encuentro con quién.*

En cuanto a la convivencia entre los géneros en la plaza, don Mario afirma que: “*Ellas jugaban a su aire y nosotros, que éramos muchos más brutos y mucho menos civilizados, al nuestro*”².

Otros juegos preferidos por las niñas eran el tejo, que recibe dicho nombre porque se utilizaba un trozo de teja como ficha, el aro, saltar a la sogá, hacerse bisutería con las

² Mario Viera Ortega en la entrevista: *Memorias de la Plaza de Santo Domingo* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de febrero de 2009, p. 3.

pirinolas (semillas) de los árboles de la plaza y jugar con la gran variedad de juguetes que desde siempre han estado destinados a las niñas y que parecen intentar inculcar desde la más tierna infancia ese “destino de mujer”, esto es, las muñecas y los cacharritos de cocina para jugar a las casitas.

La educación

Llegada la edad de la escolarización (a los 5 ó 6 años si la familia era acomodada y un poco más tarde en el caso de familias de clase media) la separación por sexos permitía impartir materias distintas a niños y niñas, por lo que un currículo más liviano académicamente se complementaba, en el caso de las niñas, con clases de corte y confección o bordado. En todo caso, la educación no solía pasar de los estudios primarios. Recordemos las palabras del Inspector de Primera Enseñanza Adolfo Maíllo, deseoso de volver a una educación de principios medievales, quien instaba a que las mujeres no hicieran el bachillerato ya que esto las “*obligaba a un trabajo mental para ellas excesivo, que roba riego sanguíneo a las regiones orgánicas fundamentales para su porvenir de mujeres*”³.

Las jóvenes de clase acomodada complementaban su educación con clases de canto y piano o con clases de idiomas. Para el resto de las jóvenes era el momento de “colocarse” como ayuda doméstica o de colaborar en las tareas del hogar familiar, siendo el matrimonio la única vía para conseguir cierta “independencia”.

María de los Ángeles Acosta habla de su primer noviazgo que acabó, como solía ocurrir, en matrimonio:

Estaba estudiando, y salí de la escuela porque me hice novia de él. Mamá creyó que yo me iba a casar en ese mismo momento, y ella pensó que era lo mejor que me podía pasar en la vida. Mi marido es un hombre bueno y muy atento, pero la

³ Rafael Abella, *et al.* (1990a): *La vida cotidiana en la España de los 40*, Madrid: E. del Prado, p. 109.

diferencia de edad era mucha, y los primeros años no lo notas pero después sí. Y bueno, ¡llevamos ya más de 40 años casados!⁴

Dejar la escuela antes de finalizar el bachillerato o el casarse con un hombre con el que existía una considerable diferencia de edad era de lo más habitual en la España de los años sesenta.

La adolescencia



A pesar de ser la comunión religiosa un rito desarrollado en la infancia lo emplazaremos, en el caso de las mujeres, en los comienzos de la adolescencia por representar para el sexo femenino uno de los momentos clave de su vida y de transición hacia la edad adulta.

Alicia González Valido, entrevistada por Redescubre tu Ciudad, fue alumna del colegio de las Teresianas, y compartió estas palabras al recordar el día de su primera comunión:

Ese año [aproximadamente 1964] fue el primero que las monjas, por eliminar esa segregación económica que existía entre las alumnas, decidieron que todas hiciéramos la comunión con el uniforme de gala. Los trajes de comunión eran muy pomposos, y las monjas sintieron que esos trajes, y por tanto el subrayar la diferencia entre las familias pudientes y las que no eran, no encajaba en el dogma que ellas predicaban. (...) La comunión se celebraba en la capilla del colegio. Venía toda la familia y se sentaba en los bancos. Nosotras entrábamos por la parte trasera del colegio, por la calle que sube a Juan XXIII. Cuando entrábamos ya estaba la familia sentada y el coro cantando, y nos poníamos frente al altar. Allí nos quedábamos mientras que el cura daba la misa, tras la cual nos daba a todos la primera ostia. Una vez acabada la ceremonia se daba una tarjetita a los familiares y

⁴ María de los Ángeles Acosta y Acosta en la entrevista: *De Tazacorte a Vegueta, Vivencias y Recuerdos* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de marzo de 2009, pp. 2-3.

punto. ¡La comunión se ha convertido en algo mucho más complicado con el tiempo!⁵

La experiencia de la comunión para las niñas era equiparable con el paso de pantalón corto a pantalón largo para los niños, era un rito de la transición de la niñez a la adolescencia. Reflejo de este simbolismo como rito de paso es la recomendación de un manual de cortesía de principios del siglo XX: “*Un hombre de madura edad puede besar en la frente a una niña hasta que esta haga su primera comunión. Es una caricia personal, pero después lo mejor que puede hacer es abstenerse*”⁶.

Otro momento clave para las jóvenes de clase acomodada de antaño era la presentación en sociedad, siendo las más recordadas las celebradas en el Gabinete Literario. En ellas se anunciaba oficialmente la disponibilidad de la joven para el matrimonio. Por esta misma razón, y durante la adolescencia, el control paternal sobre la libertad de las hijas se reforzaba: se restringían aún más las salidas y los horarios, además de los entornos y las compañías que podía la joven frecuentar.

Ya se cubrió el cortejo en el apartado dedicado a los hombres. Quizás sólo quepa remarcar que los recursos de los que disponían los españoles para cortejar hace un siglo eran aquellos que habían aprendido de la literatura y del teatro, y más adelante del cine, por lo que, como comenta Amando de Miguel: “*los usos amatorios eran un tanto afectados, retóricos. ‘Hacer el amor’ era cortejar con bellas palabras*”⁷.

El primer periodo franquista representó una época de absoluta represión sexual. Existían todo tipo de prohibiciones, impuestas tanto por la dictadura como por la Iglesia, que condenaban las relaciones con propósito placentero. Las conversaciones sobre temas sexuales se daban exclusivamente entre varones adultos. Además, las relaciones sexuales debían practicarse únicamente dentro del matrimonio, aunque la premisa sólo se aplicaba al sexo femenino. Para los varones existían dos válvulas de

⁵ Alicia González Valido en la entrevista: *Creecer en Santo Domingo, Vegueta*, para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de junio de 2009, p. 17.

⁶ Amando de Miguel (2001). *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX*, Barcelona: Editorial Planeta, p. 55.

⁷ *Ibidem*, p.44.

escape, la prostitución o el frecuentar a las jóvenes de los barrios obreros en los bailes de las sociedades. La Casa de la Loreto, de mujeres de “vida alegre”, en la esquina de la calle García Tello con San Marcos (Vegueta) y, en un tono diferente, los bailes de las asociaciones deportivas como El Iberia en San Roque o El Sporting en San José eran los lugares donde los jóvenes podían lograr algún tipo de acercamiento. Como explica el entrevistado José Plácido al hablar de los barrios obreros que rodeaban Vegueta y los bailes en sus asociaciones deportivas:

(...) en los barrios que estoy nombrando las niñas que había eran las niñas de servicio, y como para nosotros las otras niñas eran difíciles porque estaban vigiladas nos íbamos a los barrios. Las chicas de servir gozaron de mucha más libertad que las otras⁸.



Inés García Morera de carabina en Mayor de Triana, 1950. Fuente: V y E

A pesar de las inevitables carabinas en las citas (normalmente una hermana o una amiga), los estrictos horarios o la negativa de las jóvenes a cualquier tipo de tocamiento por miedo a mancillar su honor, los jóvenes contraían matrimonio con mayor frecuencia que en la actualidad. Posiblemente, el elevado número de bodas tuviera lugar porque casarse era, en la mayoría de los casos, la única manera de “estar” en la intimidad con la novia de años, mientras que las mujeres conseguían con la boda independizarse de sus padres.

Un libro de urbanidad de 1915 instaba impedir a toda costa que los novios se pudieran ver a solas, incluso, hasta pocos días antes de la boda⁹. La norma empezó a alterarse con la práctica liberal de las clases obreras, y no queda otra opción (para entender que los noviazgos pudieran desarrollarse en esas condiciones) que pensar que las normas,

⁸ José Plácido Suárez en la entrevista: *Memorias de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de marzo de 2009, p. 12.

⁹ Carmen de Burgos (h. 1915). *Arte de saber Vivir (Libro de urbanidad)*, p. 16 (citado por Amando de Miguel, *op. cit.*, p. 58)

simplemente, no se cumplían. Como cita Amando de Miguel de un manual de cortesía de principios del siglo XX: “*Es casi un axioma que la vida social en España se ha podido sobrellevar gracias al general incumplimiento de las normas*”¹⁰. “Hace un siglo el matrimonio era una opción general y rígida”¹¹, dice Amando de Miguel, además de afirmar que muchos de los matrimonios (hasta aproximadamente los años 70) eran matrimonios por interés, y no matrimonios por amor. Es decir, existía un interés ya no sólo estrictamente económico, sino de acomodo social, pensando en la familia y por sentimiento de obligación. La mayor seguridad económica de las mujeres, sobre todo desde que estas se incorporan al mundo laboral, ha permitido que el matrimonio ya no sea “la única salida aceptable que se le ofrece a una mujer para triunfar en la vida”¹².

La edad adulta

La edad adulta venía marcada por el matrimonio y la vida en familia. En los casos de las mujeres de menos recursos existía la posibilidad de tener que ponerse a trabajar pero, normalmente, los trabajos de servicio doméstico los realizaban jóvenes “en edad de casarse”. Otros trabajos que realizaban las mujeres eran los de lavandera, costurera, panadera, alfarera o maestra de escuela¹³.

La mujer, llegada la edad adulta y tras pasar por el altar, tenía la obligación de dedicarse a su familia y a su casa. Se daban excepciones, como decimos, cuando la mujer se veía obligada a trabajar por extrema necesidad o cuando una de las hijas se quedaba soltera con el propósito de cuidar de los padres. Estas eran las chicas que se quedaban para “vestir santos”, expresión acuñada para hacer referencia a estas jóvenes por las prácticas piadosas (como vestir las imágenes de los santos) con las que la hija en cuestión compensaba la soledad.

¹⁰ Amando de Miguel, *op.cit.*, p. 58.

¹¹ Ídem, p.49.

¹² Ídem, p.48.

¹³ Vid. Texto “Los oficios y los comercios tradicionales”

Este era el ideal de mujer española que fomentaba el Régimen, la Iglesia y la Sección Femenina¹⁴, el de la mujer que tenía una total dedicación a “sus labores”. La revista Y, editada por la Sección Femenina, publica:

Tú no naciste para luchar, la lucha es condición del hombre y tu misión excelsa de mujer está en el hogar donde la familia tiene el sello que tú le imprimes. (...) Trabajarás, sí... mientras seas soltera, en tareas propias de tu condición. Después el trabajo será únicamente el de tu hogar, harto difícil y trascendente, porque tú formarás espiritualmente a tus hijos, que vale tanto como formar espiritualmente a la nación.

Por esta razón, emplazaremos el apartado dedicado a La Vida en Familia a continuación.

La Vida en Familia

La vida en familia era muy diferente en la España de hace medio siglo. Principalmente, la falta de viviendas era acuciante. Esto obligaba a los recién casados a instalarse en la casa de los padres hasta poder optar a una casa propia. Las viviendas se construían, de existir los medios, para que sirvieran de morada a más de una generación. Juan José Laforet comenta al respecto:

En Vegueta las familias no consistían sólo de padres e hijos; en las casas vivían los abuelos, los padres, los hijos y los tíos. Era una familia mucho más amplia la que antes vivía junta. No se entendían esas familias de sólo padres e hijos. Eso fue algo que se introdujo en los setenta, finales de los setenta y principios de los ochenta. La gente se fue comprando su pisito para el matrimonio y los niños, pero hasta ese momento toda la familia vivía junta. Las casas eran grandes, los hijos se casaban y se quedaban con los padres¹⁵.

¹⁴ La Sección Femenina (1934-1977) fue la rama femenina del partido político Falange Española. Dirigida por Pilar Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, hermana del fundador de la Falange, fue una asociación de carácter católico que adoptó las figuras de Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús como modelos de conducta a seguir por la mujer española.

¹⁵ Juan José Laforet en la entrevista: *Vivencias y Recuerdos de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, p. 3.

A las casas solariegas dedica Domingo J. Navarro unas líneas, que describe eran “*tan espaciosas como destartadas*”¹⁶. Es acertado el comentario sobre la ausencia de concierto que se daba en cuanto a orden arquitectónico tanto en el exterior como en el interior, como demuestran las fachadas carentes de simetría que aún podemos encontrar en el barrio de Vegueta.

Las casas disponían de zaguán, cuya puerta de acceso al exterior solía estar entreabierta permitiendo la libre entrada de amigos y vecinos. En el zaguán se podían encontrar, al igual que en la azotea, gallinas u otros animales domésticos. El espacio interior de los hogares se repartía entre las habitaciones, el salón, la cocina y el baño (este último en caso de que lo hubiera). Quizás la única diferencia respecto al uso del espacio en la actualidad es que la cocina no estaba destinada únicamente a cocinar, ya que “*allí hacía vida la familia entera (...) hasta la hora de acostarse*”¹⁷.

La azotea era otro elemento esencial de la vivienda, fuera esta solariega o de otro tipo. Allí se lavaba y tendía la ropa y se guardaba a los animales, sobre todo palomas, gallinas y una cabra. Los animales de la azotea representaban para las familias canarias el vínculo con un pasado rural reciente pero ya perdido y la posibilidad de tener leche, o



Niñas en la azotea, aprox. 1940. Fuente: Mario Viera Ortega

pichones para el caldito que curaba todos los males, en unos tiempos en los que la escasez y el racionamiento no garantizaban que se pudieran comprar estos productos en la tienda del barrio.

Además, y para las mujeres, la azotea era un lugar desde el cual se podían comunicar con las vecinas y otear el barrio, y donde los niños encontraban su lugar de

¹⁶ Domingo J. Navarro (1895). *Recuerdos de un noventón*, Las Palmas: Tipología de “La Verdad”, p. 119.

¹⁷ José Luis Concepción (1996). *Costumbres y tradiciones canarias*, Asociación Cultural de Las Islas Canarias, Tenerife: Editorial José Luis Concepción, p. 22.

esparcimiento y juego dentro de la casa pero sin molestar a los mayores. Juan José Laforet comenta al respecto: “En casa vivía gente mayor, mi abuela y más familia, por eso se procuraba hacer el menor ruido posible”.



Pero el tipo de casa más común en la ciudad no era la casa solariega, sino la casa terrera, la vivienda por antonomasia hasta la década de los sesenta. Las casas terreras disponían de una sola altura, y normalmente se encontraban dispuestas como las casas adosadas en la actualidad. En la fachada se disponían una puerta y una o dos ventanas alineadas arbitrariamente. Ejemplos de casas

terreras que perduran, aunque en la actualidad se encuentren “enterradas” entre construcciones más altas, son los números 13 y 15 de la calle Cano, en el barrio de Triana.

Otro tipo de vivienda eran los desaparecidos portones. Los portones eran edificaciones divididas en habitaciones en las que vivía hasta toda una familia, y que contaban con una cocina y, con suerte, un baño de uso comunitario. Un portón que paulatinamente se convirtió en taller de carpintería fue el de López Botas, 5 (Vegueta), conocido desde entonces como el taller de los Clemente. El padre de los actuales maestros, Bernardo Socorro, compró la propiedad para abrir un taller de carpintería. La vivienda estaba ocupada entonces por un portón con nueve habitaciones y un baño. En las habitaciones alquiladas encontrábamos a familias enteras, a hermanos que se habían trasladado a la ciudad para continuar sus estudios o hermanas que trabajaban en los comercios de Triana. A medida que los inquilinos decidían mudarse, los maestros iban ampliando el taller. Sobre las viviendas en España en los años cincuenta podemos leer:

(...) las viviendas de la época (...) están muy mal dotadas de equipamientos. Únicamente una cuarta parte de ellas posee cuarto de baño, y no llega a la mitad

que poseen agua corriente. Los lavaderos públicos, o simplemente las orillas de los ríos, siguen utilizándose por las amas de casa con profusión¹⁸.

Las relaciones entre padres e hijos han sido difíciles durante el último tercio del siglo XX en España. Las familias se han visto inmersas en una situación de convivencia en la que dos generaciones, la de los padres y la de los hijos, han tenido que entenderse viviendo con distintos horarios, con distintas ideas políticas y con valores morales muy diferentes. Las dificultades de entendimiento han afectado, sobre todo, a los hogares modestos en los que los hijos estudiaron más allá del bachillerato; esto implica que la *“movilidad social a través de los estudios puede ser una fuente de conflictos familiares”*. A esto debemos añadir la *“disonancia entre la intensa religiosidad de la madre y el descreimiento de los hijos”*¹⁹.

José Plácido Suárez comentó la devoción religiosa de su madre, un perfil que podría aplicarse a la gran mayoría de las familias de la época:

(...) mi madre es que era muy religiosa. Mi madre iba a misa a Santo Domingo todos los días. (...) era muy devota. Mi padre comulgaba una vez al año, pero mi madre iba todos los días. (...) Una vez crió a los niños, como decía ella, pudo ir todos los días²⁰.

Óscar Gutiérrez Ojeda también recuerda ir con su madre a misa, aunque su interés, y el del resto de amigos allí presentes, no estaba en el sermón, sino en otear a las jovencitas en edad de echarse novio que acompañaban a sus madres al acto religioso:

¹⁸ Rafael Abella, *et. al.* (1991). *La Vida Cotidiana en la España de los años 50*, Madrid: Ediciones del Prado, p. 28.

¹⁹ Amando de Miguel, *op. cit.*, p. 47.

²⁰ José Plácido Suárez, *op. cit.*, p. 22.

(...) alguna vez, el domingo por la mañana, ibas con tu madre para acompañarla a la misa, pero te esperabas fuera, le decías: “Es que me da mucho calor ahí dentro, yo te espero fuera”²¹.

Frente a la indiferencia de los hijos varones ante la religión, las féminas sí mostraban mayor fervor religioso. José Plácido Suárez cuenta que a pesar de haber sido todos los hermanos bautizados y de haber hecho la primera comunión, ninguno de los hijos, a excepción de la hermana que se metió a monja durante un tiempo, fueron devotos. El Sr. Plácido comenta, respecto al consagramiento de su hermana a monja, que era algo “*con lo que mi madre estaba encantada*”²².

La religión estaba tan presente en la vida de las mujeres que utilizaban los rezos como unidad medida de tiempo para hacer ciertas tareas:

En la vida cotidiana los rezos hacían las veces del reloj en la cocina. Las mujeres sabían cocer los huevos, hervir la leche, y darle el punto a ciertos guisos a base de credos, avemarías y salves. La hogaza de pan se partía haciendo previamente la señal de la cruz sobre ella, y si un pan caía al suelo había que recogerlo y besarlo como si fuera algo sagrado²³.

El hogar canario era predominantemente matriarcal; aunque la mujer no fuera la que traía “el pan” a casa sí solía ser quien lo distribuía. Así, eran muchas las mujeres que se encargaban de llevar las cuentas del hogar familiar y administrar el sueldo del marido, siempre, por supuesto, concediendo una parte al hombre para sus “vicios” y salidas.

También era la mujer quien educaba a los niños, aunque fuera bajo la amenaza de “¡Cuando llegue tu padre a casa verás!”. La educación de los hijos, tanto escolar, como moral y religiosa, era ocupación de la madre, quien revisaba las lecciones e imponía, cuando necesario, los castigos.

²¹ Óscar Gutiérrez Ojeda en la entrevista: *Memorias del Barrio de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de octubre de 2008, p. 23.

²² José Plácido Suárez, *op. cit.*, p. 22.

²³ Rafael Abella *et al.* (1990b). *La Vida Cotidiana en la España de los 60*, Madrid: Ediciones del Prado, p.81.



Familia de Inés García Morera (centro), 1947. Fuente: V y E

Muchas de las celebraciones y festividades, fueran religiosas o paganas, se disfrutaban en familia. La Iglesia y el Régimen eran fervientes defensores de la unidad familiar, y veían en ella la salvación del alma de feligreses y españoles. Prueba de la “obsesión” de la Iglesia, y en particular de sus obispos, fue el intento de fomentar el rezo del rosario en familia en 1953. Acción Católica dice: *“Las madres españolas desgranaban las cuentas del rosario al atardecer, rodeadas por la familia. No ha estado el marido, claro. Esté donde esté, estará haciendo cosas importantes”*²⁴.

Finalmente, se concluye que: *“La mujer debe ser de su casa, las cosas importantes quedan para el hombre”*²⁵.

Función parecida de “imán familiar” desempeñaron algunos objetos como primero la radio y más tarde la televisión, ¡y de manera más efectiva!, ya que esta vez el padre sí estaba presente.

La unidad familiar era, como se ha visto, la principal preocupación del Régimen y de la Iglesia, los dos motores que impulsaron a la sociedad española desde el fin de la Guerra Civil hasta la llegada de la democracia a mediados de los setenta. De mantener dicha unidad familiar era responsable la mujer, quien debía velar por la educación de sus hijos y pasar por alto las salidas del marido. Sin embargo, y gracias a la rebeldía de algunas de esas jóvenes, que no se conformaron con lo que les deparaba su “destino de mujer”, actualmente se vive en España una situación de igualdad de derechos, e incluso la presencia de las mujeres en muchas carreras universitarias sobrepasa a la masculina.

²⁴ Rafael Abella, *et al.* (1990). *La Vida Cotidiana de la España de los Años 50*, Madrid: Ediciones del Prado, p. 61.

²⁵ Ídem

En la actualidad se le concede al hombre baja por maternidad para que pueda compartir el cuidado del hijo recién nacido con la mujer y las mujeres, cada vez más, están presentes en todos los ámbitos laborales. Sin embargo, hechos como el promedio de sueldos más bajos por realizar el mismo trabajo recuerdan que aún queda camino por recorrer para conseguir la total igualdad.

EL MUNDO LABORAL

Los oficios y los comercios tradicionales



Se encuentra, a continuación, una relación de oficios artesanos, junto con algunos los oficios que a principios del siglo XX eran comúnmente ejercidos y que en la actualidad ya no lo son, la mayoría de las veces por no ser trabajos rentables o, simplemente, por ya no ser necesarios.

Se divide los oficios en dos categorías: los desempeñados por los hombres y los ejercidos por las mujeres. En la actualidad sería difícil hacer una clasificación como la que se propone, la mujer ha conseguido abrirse paso en el mundo laboral y a día de hoy puede ocupar cualquier puesto. Sin embargo, durante el periodo abarcado por el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad (entre 1940 y 70, aprox.) los oficios, y sobre todo los oficios artesanos, estaban marcados por el género.

También se recogen otros trabajos por su relevancia, ya fuera por lo novedoso del puesto (los primeros chóferes de los coches de hora y de los “piratas”) o por la “labor social” que llegaron a desempeñar (los cambulloneros o los tenderos de las tiendas de aceite y vinagre).

Esta no es una relación completa de oficios tradicionales. Aunque se mencionan a algunos de los hombres y mujeres que desempeñaron su oficio en los barrios de Vegueta y Triana, o en los Riscos circundantes, un futuro trabajo de investigación que sin duda rebosaría interés sería el de hacer una relación lo más completa posible de los hombres y mujeres que se dedicaron a estos oficios y que cada vez más son los últimos reductos de su conocimiento.

Introducción

Desde finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria experimentó un crecimiento poblacional importante. El incremento del consumo y la introducción de nuevas tecnologías resultaron en una mayor demanda artesanal y en una tendencia hacia la especialización en cada oficio.

La mayor parte de los oficios tradicionales de principios del siglo XX aparecen ligados a ciertas familias. Algunos ejemplos de familias de la ciudad dedicadas a un oficio durante generaciones (y que han perdurado hasta nuestros días) serían los Pichón,

maestros zapateros, los Parrilla, panaderos primero y pasteleros después en la calle General Bravo, los Vega, maestros zapateros con taller también en la calle General Bravo o los hermanos Socorro, conocidos como los Clemente, maestros carpinteros y ebanistas de la calle de López Botas, en Vegueta.

En muchos oficios tradicionales se produce una transmisión del saber de padre a hijo o de madre a hija, como en el caso de los zapateros, de los carpinteros, de los barberos o de las costureras. Además, parece que en muchos casos el maestro no era sólo capaz de hacer su trabajo, al que se dedicaba profesionalmente con pericia, también solía tener habilidad para realizar otras actividades artesanales o artísticas. Otros desempeñaban su oficio y a la vez eran comerciantes, como les ocurría a los panaderos que tenían horno y tienda.

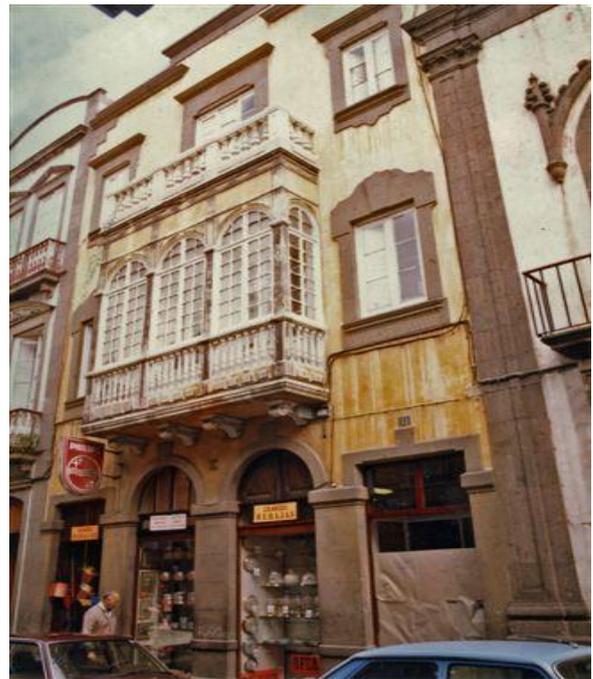
El género limitaba en la sociedad tradicional la posibilidad de dedicarse a un oficio u otro. A las mujeres les correspondían los trabajos de costura, confección y labores de aguja (los sastres sólo se dedicaban a la confección). Además, la mujer realizaba trabajos de cestería, sombrerería, y participaba en la fabricación de loza y en la panadería (oficios en los que también trabajaban los hombres).

Se destaca la labor social como punto de encuentro vecinal de muchos talleres y comercios. La escasez de lugares donde reunirse (los clubes parroquiales llegaron en la década de los cincuenta) convirtió a los talleres de carpinteros, las barberías, las reboticas y las trastiendas de los comercios de aceite y vinagre en lugares de reunión, en espacios donde uno se mantenía informado de las últimas noticias y compartía sus hobbies.

Los oficios tradicionales de los hombres

Los oficios del metal: los herreros y los latoneros

Los herreros desempeñaron una labor vital para el transporte tradicional y para todos aquellos oficios que necesitaban herramientas. Normalmente, el taller del herrero estaba situado en un cuarto contiguo a la vivienda familiar. En el taller podíamos encontrar la fragua y el yunque, además del resto de herramientas utilizadas para moldear y dar forma a la materia prima.



Tienda de don Antonio Roca de Armas en la calle de la Pelota, con cubos de latón expuestos en la entrada y bombillo publicitario de Philips, 1960 (izq.) y en 1990. Fuente: Antonio Roca de Armas.

Los latoneros podían trabajar con una infraestructura mínima. Fue un oficio muy demandado sobre todo para la reparación y fabricación de recipientes y cocinillas de petróleo. Don Adolfo Ramírez, colaborador del Redescubre tu Ciudad, comentó: “El latonero era el que le ponía el fondo a los cacharros, a los calderos, a los platos. Arreglaban las lecheras, hacían palanganas, todas esas cosas las hacían ellos.¹” Algunos latoneros de Vegueta fueron maestro Diego, con taller en la calle Pedro Díaz o maestro Ignacio, con taller en la calle San Vicente de Paúl.

Los oficios de la madera: los carpinteros y los ebanistas

Los oficios de carpintero y ebanista eran muy apreciados por la población. La tradición familiar destaca como razón para elegir este oficio, que se caracteriza por un largo aprendizaje, por el esfuerzo físico necesario antaño (antes de que llegaran las máquinas) para la preparación de los tablones de madera y por el peligro que corrieron todos aquellos carpinteros que hicieron la transición de la herramienta simple a la máquina (por la posibilidad de sufrir cortes y amputaciones).

¹ Adolfo Ramírez y Carmelo Santana en la entrevista: *Recuerdos y Memorias de dos Vegueteros* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de febrero de 2009, p. 5.



Carpintería de los Clemente, calle López Botas, Vegueta. Máquina Sinfín (1950), permite serrar tanto en recto como en volteo. La forma de la sierra (centro) es redonda, de ahí su nombre, sinfín, porque la sierra gira sin parar. Los Clemente siguen fabricando su propio pegue poniendo lámina de cola al baño maría en la “cafetera” (dcha.), 2009. Fuente: la autora.

Este es el caso de los hijos de Bernardo Socorro, carpintero y ebanista que trabajó primero en el taller de los Lisón, en la calle Remedios, y que luego abrió taller propio en la calle López Botas, hacia 1920. Los hijos de maestro Bernardo, los maestros Antonio, Eloy y Servando Socorro, comentan por qué se dedicaron a la carpintería:

Maestro Antonio: ¡No quedaba otro camino, la verdad! Las circunstancias en aquella época eran malas. No había trabajo porque a Franco le cerraron las puertas comerciales.

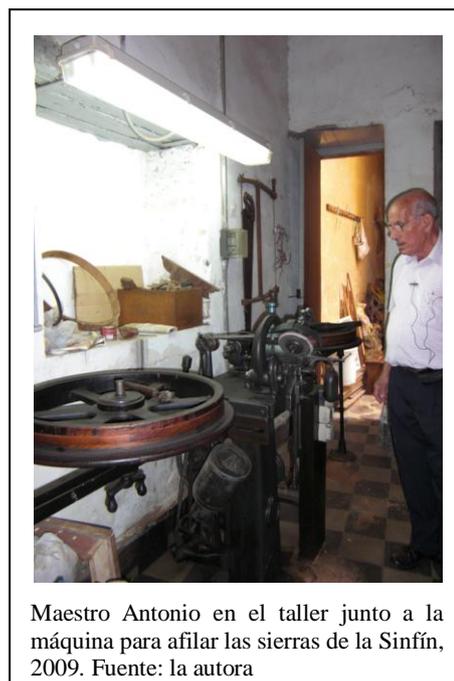
Maestro Eloy: Nosotros salíamos del colegio y veníamos derechos aquí. Entonces mi padre nos veía y nos decía: “Vete a la ferretería y tráeme un pliego de lija”, o una docena de tirafondos, lo que fuera, “¡Y vete enseguida!” –decía². [Ríen]

También nos comentaron los maestros como las máquinas tardaron en llegar al taller de los Clemente, ya en 1950, porque don Bernardo tenía miedo de que sus hijos, nuevos en el gremio, sufrieran una amputación. Maestro Antonio nos habla así de la llegada de las máquinas Universal, Sinfín y Turnpin:

² Antonio Socorro y Eloy Socorro en la entrevista: *El taller de los Clemente, tradición en carpintería desde 1920 en López Botas* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 18 y 28 de agosto de 2009, p. 3.

¡Aquello era toda una novedad! [Ríen] Y una comodidad. Nosotros cogimos la época en la que se utilizaba el serrote. El serrote era coger una madera, prensarla en la prensa del banco y ponerse a serrar. Dos hombres serrando la madera. Después había que alisar las tablas a mano. Cuando vinieron las máquinas, ¡ay, mi madre! Metíamos la tabla y de una pasada se preparaba toda la cara³.

El número de carpinterías desde principios del siglo XX hasta la llegada de la democracia, tras la dictadura, era enorme. No sólo existían las carpinterías legales y de renombre como Casa Talavera, en la calle Buenos Aires, la Casa Lisón en la calle Remedios o las carpinterías de los Barrera o de los Clemente, en la calle López Botas; maestro Antonio cuenta que el número de talleres clandestinos, sobre todo en las faldas del Risco de San José, generaba a estos talleres mayores mucho trabajo; los carpinteros no disponían de máquinas y acudían a los que sí las tenían para preparar las maderas. Con la llegada



Maestro Antonio en el taller junto a la máquina para afilar las sierras de la Sinfín, 2009. Fuente: la autora

de la democracia y con la intención, por parte del gobierno, de acabar con los talleres clandestinos a base de inspecciones, el número de talleres de Vegueta, Triana y sus barrios circundantes se vio drásticamente reducido.

De entre los maestros carpinteros mencionados por maestro Antonio tenemos al trompista Pancho Alonso, que trabajó primero en la Casa Talavera y después en el taller de los Barrera. Maestro Pancho ayudó a los Clemente con las dudas que les iban surgiendo una vez recibieron las máquinas. También se menciona al maestro Isidro en el Terrero, el taller de madera de don Justo en la calle José Feo, al maestro Pepe Cruz en la calle San Pedro, al ebanista Gumersindo o los talleres de Tomás González, Vicente Mato y Juan León.

³ Ídem, pp. 3-4.

Los maestros Antonio y Eloy comentan que todos estos talleres han desaparecido, y achacan gran parte de culpa al mueble prefabricado. Se vende tan barato que el carpintero no puede competir porque no le sale rentable. Además, con una sonrisa, dice maestro Antonio que los arquitectos le tienen “la guerra declarada a los carpinteros”, argumentando que las habitaciones de los pisos de hoy son tan pequeñas que no caben muebles grandes

El encarecimiento de la madera y la falta de herrajes también afectan a la supervivencia de este oficio, la carpintería, que teniendo que hacer frente a tantos contratiempos parece que esté llegando al final de sus días. El mismo taller de los hermanos Socorro, un reducto de patrimonio para este artesanal oficio, corre el riesgo de desaparecer ya que no tienen a nadie que siga sus pasos. Los maestros, ya retirados, gustarían de un grupo de jóvenes que desearan formarse y con quienes compartir sus conocimientos sobre la profesión para que este arte oficio, que tiene mucho de arte, no se pierda.

Los oficios del cuero: los zapateros

A principios del siglo XX la sociedad canaria se hallaba sumida en una grave depresión económica. Entre las clases humildes era habitual caminar descalzo o utilizar la alpargata de goma o de esparto. Hacerse calzado a medida era un lujo que sólo los más adinerados podían permitirse. Maestro Claudio Vega Cuervo, tercera generación de la familia de zapateros Vega (con taller en la calle General Bravo, en Triana) comenta:

[...] antes, el que tenía dinero, se hacía calzado a medida. No había tiendas de calzado, así que el pudiente, al igual que iba al sastre o a la sombrerería, también



Maestro Daniel Vega Hernández en su taller, en la calle General Bravo, cosiendo en una Singer cilíndrica K-22. La máquina, utilizada actualmente por maestro Claudio, fue traída por encargo de Inglaterra por uno de los clientes de maestro Daniel. Fuente: Claudio Vega Cuervo.



Don Pedro Morales González (al fondo a la derecha, en la oficina acristalada), padre de doña Teresa, y su padre, Pedro Morales Rodríguez (delante del mostrador) en el Almacén de Curtidos hacia 1920. Fuente: Teresa Morales.

iba al zapatero. ¡Y el que no iba o en alpargatas o descalzo!⁴

Los conocimientos del oficio de zapatero se adquirirían por tradición familiar, pasando de padre a hijo, o por padecer alguna minusvalía que no permitía al sujeto hacer grandes esfuerzos físicos.

La periodista Candy Díaz entrevistó a maestro Daniel, quien hace estas declaraciones sobre como aprendió el oficio: “*Yo estoy en esta zapatería desde muy niño, y he aprendido todo el oficio gracias a mi padre, que fue un gran maestro, ya que estuvo trabajando hasta los 81 años. Yo intento, y de hecho ocurre así, enseñar a mis hijos el oficio*”.

Antonio Roca de Armas, que desde pequeño frecuentaba la cacharrería de su padre, Exclusivas Roiz, en la calle de la Pelota (al lado del Almacén de Curtidos de Pedro Morales y Sucesores), hace la siguiente observación sobre el perfil de los zapateros de la época:

Este señor [don Pedro] compraba todos los cueros que le ofrecían para después venderlos; además, él tenía el negocio de la suela de zapatos, casi todos los zapateros de la isla compraban allí. Muchos eran cojos o tenían algún impedimento físico; don Pedro Morales les proveía del material que necesitaban para confeccionar los zapatos que vendían en sus zapaterías⁵.

Las herramientas utilizadas por los zapateros para cortar y coser el cuero fueron bastante rudimentarias hasta los años cincuenta, cuando subió la demanda del zapato de cuero y los zapateros adquirieron nuevos utensilios como las máquinas de coser, que solían ser de importación traídas del Reino Unido, o las hormas de madera.

⁴ Claudio Vega Cuervo en la entrevista: *Una zapatería sin cartel conocida por todos, el taller de los Vega* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 25 de agosto y 2 de septiembre de 2009, p. 7.

⁵ Antonio Roca de Armas en la entrevista: *Memorias de la cacharrería de la calle de la Pelota, Exclusivas Roiz, y otros recuerdos de Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de octubre de 2008, p. 4.

Don José Méndez (empleado en el Almacén de Curtidos de Pedro Morales y Sucesores desde 1964) comenta cómo se componía el calzado cuando él era aprendiz:

Nosotros hacíamos el corte en piezas, y luego mandábamos las piezas a otro artesano que se encargaba de pegarlas: los dos talones, las palas y el forro que llevaba por dentro. Se pegaba con almidón para que se mantuviera, porque en esa época no había cola ni pegamento, y luego ya se cosía a máquina. Después se le daba el acabado con la suela y demás partes del zapato⁶.

Zapateros reconocidos de los barrios de Vegueta y Triana fueron los maestros Pichón, el maestro Cipriano, con taller en la calle de los Reyes Católicos, el maestro Domingo, en Vegueta, o los ya mencionados Vega, en General Bravo.

En una canción compuesta por el escritor costumbrista canario Pancho Guerra se menciona a algunos de estos zapateros cuando se habla de unos señores reunidos en el Casino para tomar café. Los señores pasan un rato ameno mientras se miran los zapatos y comentan: “Este zapato te lo ha hecho Pepe Pichón, o Daniel Vega o Camilo”⁷.

Los guarnicioneros y talabarteros

También relacionados con el cuero están los oficios de guarnicionero y talabartero. El guarnicionero se dedica a la guarnición del arreo de carro y animales de carga, es decir, a elaborar todos los aperos que llevan los animales de tiro. La guarnicionería abarca desde el trabajo de la piel hasta el almohadillado de algunos de los aparejos, pasando por el enriquecimiento de las piezas con aplicaciones de tachuelas, adornos de cuero recortado, bordados y borlas, trenzados y flequillos. La talabartería es más específica del trabajo del cuero para diferentes usos.

Un ejemplo de taller de guarnicionería y talabartería que es una joya comercial en el barrio de Vegueta es el ya mencionado Almacén de Curtidos de Pedro Morales Rodríguez y Sucesores. El taller abrió 1830 y en la actualidad está en manos de doña

⁶ José Méndez en la entrevista *Almacén de Curtidos de Pedro Morales Rodríguez y Sucesores, comerciando en Pelota desde 1830* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 2009, p. 1.

⁷ Candy Díaz, *ibídem*.



Trabajo de guarnicionería en el Almacén de Curtidos de Pedro Morales, 2009. Fuente: la autora. Antes de que las sillas de montar se manufacturaran el taller tenía mucho trabajo haciendo y reparando sillas de montar.

Teresa Morales, quinta generación de la familia Morales en el negocio y primera mujer en ocupar este puesto. Con ella trabajan José Méndez y Pedro García, empleados desde 1964 y 1984 respectivamente.

El material básico que se utiliza en estos oficios es el cuero curtido, la piel de toro o de vaca y la badana para forrar y hacer almohadillas; para hacer piezas que tienen que ser flexibles se utiliza el cuero curtido de la piel de cabra.

Para trabajar el cuero don José sigue utilizando las mismas herramientas que cuando empezó, hace casi medio siglo, entre ellas el abridor, la cuchilla de doble filo, el fileteador, el contorneador, la máquina para hacer rebajes, la uña de cabra, los cinceladores, los buriles, el perfilador y el repujador. Además, en los últimos años se ha adquirido una máquina para cortar tiras grandes de cuero y otra para coser piezas muy gruesas.

La guarnicionería es hoy un oficio en vías de extinción debido a la desaparición de los animales de carga y tiro del sector agrario. La demanda se ha reducido a los arreos de montar y a los cabezales de los caballos de rejoneo. Por esta razón, y para poder seguir en el negocio, se ha ampliado la gama de productos fabricados en este tipo de talleres.

En el caso del Almacén de Curtidos la variedad de artículos no podría ser mayor, abarca desde una serie de fundas y útiles para el cuerpo de policía, pasando por cinturones y sandalias, hasta objetos fetichistas para sadomasoquistas, como látigos o hamacas de cuero. El cliente no tiene más que entrar y describir lo que quiere, o traer una fotografía, y los maestros se ponen manos a la obra.

Además del Almacén de Curtidos de Pedro Morales y Sucesores en Vegueta podemos encontrar en la actualidad en el casco histórico de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria otra guarnicionería en la calle Cano, en Triana.

Otros oficios del ayer

El historiador Hernández Gutiérrez⁸ señala que aunque en otras grandes ciudades europeas el comercio en tiendas especializadas, pongamos por caso al zapatero o el barbero, surgió entre los siglos XVII y XVIII este no fue el caso de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Debido a unas muy duras condiciones socio-económicas, la proliferación de comercios especializados no tuvo lugar hasta el último cuarto del siglo XIX. Por comercio entenderemos no únicamente el intercambio de mercancías, ya que este se sucedió en las islas desde la conquista española en el siglo XV. El comercio, en su sentido más amplio, englobaría en este caso la apertura de entidades comerciales o la consolidación de mercados. A continuación se ofrecen algunos de estos comercios o profesiones, tan representativos de su tiempo como la literatura o el arte.

Los barberos

Durante los siglos XVIII y XIX el barbero no se limitaba a afeitarse y a cortar el pelo. Los barberos hacían además la función de cirujano en una época en la que los médicos escaseaban.

⁸ Sebastián A. Hernández Gutiérrez (1992). *Triana, zona comercial histórica*, Colección Urbanismo Comercial e Industrial en Canarias, Las Palmas de Gran Canaria: Consejería de Industria, Comercio y Consumo del Gobierno de Canarias, pp. 18-22.

Un barbero podía sangrar al enfermo con sanguijuelas o haciendo una pequeña incisión, realizar una cura o llevar a cabo una cirugía menor (normalmente relacionada con un problema dental). A principios del siglo XX, y gracias al avance de la medicina, los barberos dejaron de ser sangradores, pero continuaron sacando muelas⁹.



Barbería del barrio de San Roque, aprox. 1950. Fuente: FEDAC

A raíz de este aspecto multifuncional de las barberías surgen los característicos postes giratorios rojos y blancos que, hasta muy recientemente, se encontraban en la puerta de estos establecimientos y que aún podemos ver en la entrada de algunas peluquerías de caballero: el blanco simboliza el oficio de barbero y el rojo el de cirujano, y es una metáfora de las vendas ensangrentadas que tras lavarse se ponían a secar sobre el poste. Además, los postes originales tenían un recipiente de bronce en la parte superior donde se guardaban las sanguijuelas, que se pueden encontrar, en su representación también metafórica, sobre algunos de estos postes en la actualidad¹⁰.

Pero la barbería no era únicamente un lugar de visita obligada para mantenerse aseado y solventar muchas dolencias. Sobre la función social de las barberías habla Juan José Laforet, actual cronista de Las Palmas de Gran Canaria:

Las barberías eran lugar obligado de visita para todos los hombres y, además, punto de encuentro vecinal del barrio en el que se ubicaban. Una costumbre muy

⁹ Ángel del Río López (2002). *Viejos Oficios de Madrid.*, Madrid: Ediciones la Librería (Madrid de Bolsillo), pp.69-70.

¹⁰ Kate Smith. "Why barber poles are red and white" [en línea], documento disponible en www.sensationalcolours.com [consultado el 23 de noviembre de 2009]

arraigada en el carnaval, y después a lo largo del año cuando hacían pasacalles y conciertos, era la de asistir a las actuaciones de rondallas. Ya no hay rondallas en el carnaval, pero antes había muchas. Algunas de las más importantes eran del barrio de San José [...]. Esas rondallas se reunían en torno a las barberías. Yo recuerdo, de pequeño, a un barbero que estaba en la plaza del Pilar Nuevo [Referencia a Francisco Trujillo con barbería en el nº 4 de la plaza del Pilar Nuevo]. Él murió hace poco, pero su hijo vive todavía. Yo iba ahí a cortarme el pelo y veía las bandurrias y los laúdes colgados de la pared, porque por la noche iban los músicos y ensayaban. En la calle Mendizábal había otra rondalla que después se reconvirtió en un trió folclórico y sacó algunos discos¹¹.

Esta asociación entre barbería y música se daba a menudo. Las barberías eran además



punto de encuentro del barrio y lugar de celebración de tertulias. Las barberías eran uno de esos comercios donde un hombre leía el periódico en voz alta para información de todos, y uno de los espacios donde circulaban las últimas noticias o donde se discutían temas de importancia para la comunidad.

Desde principios del siglo XX y hasta casi la mitad de la centuria no había otros lugares donde reunirse en la ciudad. Por esta razón las barberías, las boticas, los cafés las

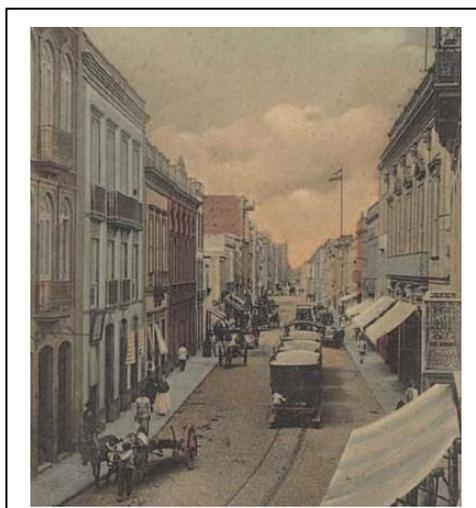
¹¹ Juan José Laforet en la entrevista: *Vivencias de Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, p. 11.

trastiendas de las tiendas de aceite y vinagre y otros establecimientos comerciales eran el lugar de reunión de los hombres.

Los conductores

Los tartaneros compartieron las carreteras con otros vehículos a motor hasta bien entrada la primera la mitad del siglo XX. Francisco González Díaz, antiguo cronista de la ciudad, escribió:

(...) Aquí [en LPGC] sin tartanas no podríamos vivir: la tartana sirve para todo, está en todas partes. Ese vehículo ligero, de escaso equilibrio, de



Tranvía en Triana, 1910. En Mayor de Triana podían coincidir las tartanas, el tranvía y más adelante también los vehículos a motor.

agradable contoneo, representa la gracia de la locomoción y es quizá lo más típico que tiene Las Palmas. Suprimida la tartana, la mayor parte de los habitantes de esta bendita ciudad nos quedaríamos a pie. (...) el pueblo soberano perdería, a su vez, el derecho de usar carroza, porque la tartana viene a ser la carroza del pobre¹².

La tartana fue sustituida como medio transporte público por los “coches de hora”, sin olvidar su eterna competencia, “los piratas”.

¹² Francisco González Díaz (1910). *Cultura y turismo*, Las Palmas: Tipografía de “El Diario”, p. 79.

Hernández e Iglesias¹³ relatan como estos vehículos eran el único medio de transporte público oficial que unía los pueblos del interior de la isla con la capital. En los años 30, el transporte público de viajeros estaba en la isla de Gran Canaria a cargo de Melián y Compañía LTD., según concesión del estado. Los chóferes de estos vehículos, que salían cada hora (de ahí su nombre) no eran meros conductores, también ejercían de mensajeros, de carteros y de transportistas de mercancías entre las tiendas mayoristas de Triana y las modestas tiendas de los pueblos (siendo de vital importancia el abastecimiento de las boticas de los pueblos del interior de la isla) y eran la persona de contacto entre los estudiantes jóvenes internos y los seminaristas (trasladados de los pueblos a la ciudad) y sus familias. Los conductores de los coches de hora realizaban, en definitiva, una “labor social”: facilitaban el intercambio, en su sentido más amplio, entre las localidades y contribuían a la comunicación de sus gentes. Todas estas tareas requerían un mayor esfuerzo por parte de los conductores, pero se veían recompensados con propinas y regalos que a veces suponían un sobresueldo mayor que el sueldo que recibían por sus labores oficiales.



Coche de hora, 1920. Fuente: FEDAC

¹³ Germán Hernández González y Miguel Luisa Iglesias (1999). *Los coches de hora: historia oral de vida del transporte en Gran Canaria*, Gobierno de Canarias, Salcai y Fulca, Las Palmas de Gran Canaria: Editorial Anaga.

En los años cuarenta la empresa Melián y Compañía se transformó en Autobuses Interurbanos Canarios S.A. (AICASA). Los vehículos que componían la flota de AICASA eran autobuses desahuciados provenientes de Inglaterra de marcas como Reo, Gardner, Panhar y Bedford. Cuando llegaban a la isla, los vehículos se sometían a un remozado intenso. A pesar de estas remodelaciones y reparaciones, nos relatan Hernández e Iglesias en su obra, el estado de las carreteras era tan deficiente, el tráfico tan escaso y la comunicación con la ciudad tan difícil que los conductores portaban en la cabina una caja con una paloma mensajera; en caso de avería se avisaba al taller en la ciudad mandando a la paloma.



Parada de los coches de hora en la calle Calvo Sotelo, 1920-30. Fuente: FEDAC

La influencia británica no sólo se notó en la flota de vehículos, también se hizo patente en los uniformes diseñados en los años treinta para los empleados; estaban inspirados en los que el propietario de la empresa canaria vio en el país anglófono en una de sus visitas para comprar vehículos.

Aunque la concesión para el transporte de viajeros la tuvo Melián y Compañía primero y AICASA después, la guerra civil española, su posguerra y el bloqueo internacional al que se sometió al país en represalia a la dictadura impuesta por Francisco Franco dio lugar a la aparición de unos transportistas clandestinos que supusieron una feroz competencia para los chóferes de los coches de hora; eran los vehículos popularmente

conocidos como “piratas”, que recibían dicho nombre porque le “robaban” la clientela a los coches de hora.

Los piratas aparecieron en la década de los cuarenta. Cualquiera que tuviera un coche podía transportar a gente y cobrar por ello. Se podía encontrar al menos un pirata en cada pueblo de la isla. Los piratas basaban su negocio en cubrir los horarios que los coches de hora no cubrían. Realizaban sus salidas un poco antes que los vehículos oficiales y utilizaban coches más pequeños y cómodos. Jorge Haddad, que vivió frente a la parada de los piratas en la calle Diego de Alcalá, comentó:

(...) los piratas era el nombre que recibían los taxis o transportes no oficiales, descapotables, de 5 a 8 plazas, que tenían parada de salida en la calle de San Diego de Alcalá, y que esperaban hasta llenarse para hacer servicio hacia los distintos pueblos de la isla, entre ellos Tafira, El Monte o Santa Brígida¹⁴.

Aunque sus tarifas eran algo más elevadas, alrededor de una peseta más caros, los piratas se hicieron enseguida con una buena clientela que disfrutaba de ventajas como la mayor rapidez y comodidad frente a los anticuados coches de hora.

El tranvía y la Pepa

Durante los años de la posguerra, cuenta el periodista Pedro González Sosa¹⁵, la escasez de combustible obligó a las autoridades a volver a hacer uso de un medio de transporte que se había dejado de lado con la incorporación de los coches, el tranvía.

El tranvía realizaba el recorrido desde la plaza del Mercado de Vegueta hasta el Puerto de la Luz. El primer tranvía fue de vapor, y los hermanos Antúnez le dieron vida en 1890. Fue sustituido en 1910, también por los hermanos Antúnez, por un tranvía eléctrico que realizó el mismo recorrido hasta que el servicio fue municipalizado en 1937.

¹⁴ Jorge Haddad Marrero en la entrevista *Haddad: historia de tres generaciones de comerciantes en la calle Mayor de Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de julio de 2009, p.11.

¹⁵ Pedro González Sosa (2008). *Crónicas de la ciudad y de la isla*, Parte I, “El tranvía, la Pepa y el tren” [en línea] en la publicación digital Ciudad de Guía disponible en: http://www.guiadegrancanaria.org/images/stories/P-G-SOSA-Cronicas_de_la_ciudad_y_de_la_isla-1.pdf, pp.13- 14.

En 1942, y a razón de la escasez de petróleo, el Ayuntamiento capitalino decidió volver a sacar una locomotora de vapor, que había circulado pocos años, y algunos vagones. La locomotora se bautizó con el nombre de “la Pepa” porque inició su servicio en el día de San José (19 de marzo). Del tranvía a vapor los ciudadanos decían que era “el blanco de la curiosidad y el negro de las fachadas”: blanco de la curiosidad porque un entretenido pasatiempo era ver quién viajaba del tranvía (o, en el caso de los jóvenes, conseguir robar la visión de un tobillo, cuando las damas se apeaban en su correspondiente parada), negro de las fachadas porque el humo negro del carbón tiznaba los frontis de los edificios a su paso.



La Pepa, 1950. Fuente: FEDAC La Pepa cubría la ruta de Vegueta al Puerto, contribuyendo a fomentar el comercio y conectando Vegueta y Triana con la zona de El Puerto.

Nota curiosa es la creación de la figura del “guardián de la Pepa” a raíz de un trágico accidente. Emilio Valle García recoge el desgraciado suceso. El tranvía a vapor, que tardaba una hora en recorrer el trayecto de cinco kilómetros de Vegueta al Puerto de la Luz, fue airadamente calificado como vehículo peligroso por exceso de velocidad dentro de la calle Mayor de Triana. La mujer implicada en el accidente fue arrollada por el tren al bajarse de la máquina en marcha. Se decidió tomar una medida eficaz para regular el tráfico sin riesgo en dicha calle Mayor y, al efecto, se ordenó que a lo largo del trayecto de más de un kilómetro desde el fondo de Triana hasta el parque de San Telmo marchara un hombre caminando normalmente por los raíles de la vía delante de la asmática “locomotora”, para que el artefacto no sobrepasara la velocidad de un peatón.



Tranvía en Mayor de Triana, 1910. Fuente: FEDAC. Tras un accidente, se contrató a Pepe para caminar delante del tranvía en Mayor de Triana y que no superara la velocidad de un viandante

Así apareció la peregrina estampa de “Pepe, el de Lola”, que con la “cachorra” (sombbrero canario) terciada sobre la enmarañada cabeza y armado de un adminículo de hierro avanzaba cautelosamente delante de “la Pepa”¹⁶.

Los panaderos y los confiteros

El consumo de pan era, hasta principios del siglo XX, un lujo reservado para los más pudientes, por lo que se preparaba en hornos domésticos y en ocasiones especiales. A partir del siglo XX empezaron a surgir los primeros hornos de pan para la venta al público en casas particulares. Estos panaderos y panaderas, ya que esta era una de las pocas profesiones a la que les estaba permitido dedicarse a las mujeres, seguían un proceso de amasado y cocido del pan que no había cambiado en siglos, aunque cada uno tuviera su secreto a la hora de amasar o guisar.

De entre los panaderos más recordados en Vegueta de la primera mitad del siglo XX están los que regentaban las dos panaderías que se podían encontrar en la calle Pedro Díaz. José Plácido Suárez, sobrino de uno de ellos, comenta:

¹⁶ Emilio Valle Gracia Emilio (1971). *Cuaderno de recuerdos triviales*, Las Palmas: Lit. Saavedra, La Naval, pp. 110-111.

(...) en Pedro Díaz había dos panaderías y ambas daban atrás, tenían el horno atrás. La de mi tío Suárez León y la de arriba, la de Isidrito, que hacía unos pasteles de carne que estaban buenísimos, típicos de navidad, y las milhojas¹⁷.

Estas panaderías solían tener el despacho del pan en el frontis de la casa, y el horno en la parte trasera. Entre el despacho y el horno encontrábamos las dependencias habitables del hogar.

También nos habló de las panaderías de Vegueta Alicia González Valido, vecina del barrio:

(...) estaba la panadería de Mingole. Si subes esta calle de Pedro Díaz te encuentras la sede de la Asociación del Cachorro, pues la casa de al lado era la panadería de Mingole. ¡El pan más rico que podías comer! Tenían el horno en la parte trasera. Por la mañana temprano íbamos a comprar el pan, y recuerdo que a ella le gustaban las revistas del ¡Hola!, ¡y allí tenían muchísimas! Cuando llegábamos a la tienda le tocábamos en el mostrador con la monedita, y ella salía de un cuartito que tenía allí. A lo mejor estaba acostada leyendo su revista y te salía en bata y te atendía.

(...) Muchos comercios eran comercio en el bajo y casa arriba o detrás. En el caso de Mingole estaba la panadería, donde despachaban, en medio la casa y en la parte trasera el horno. El pan estaba buenísimo, igual que los mantecados y las ensaimadas o los bizcochos. Recuerdo, ya de “galletona”, con veintitantos, que cuando llegábamos de salir de marcha, que llegábamos con el alba, siempre parábamos en la panadería a comprar, después café con leche y pan con mantequilla ¡y a dormir!¹⁸

¹⁷ José Plácido Suárez en la entrevista: *Memorias de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de marzo de 2009, p. 22.

¹⁸ Alicia González Valido en la entrevista: *Crecer en Santo Domingo, Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de junio de 2009, p. 13.

También encontramos en Triana panaderías centenarias, como la de Parrilla, en la calle General Bravo, que abrió sus puertas en 1906. Elena Parrilla, nieta del fundador y quien actualmente lleva el negocio, compartió la historia de Dulcería Parrilla. El abuelo de Elena, don José María Abreu, abrió el negocio con el nombre de Panificadora Parrilla en 1906 y se dedicó al pan. Treinta años más tarde instaló en un espacio contiguo una dulcería para cedérsela a sus hijas, que estaban solteras. En los años sesenta se unieron la panadería y la dulcería. Finalmente, en los ochenta, desapareció la panadería (excepto la elaboración de pan de molde) y toda la creatividad y el trabajo se centran desde entonces en la dulcería.

En Parrilla hay dulces que se elaboran tradicionalmente según la época del año. De Semana Santa se destacan los bollos de ánimas, los huesos de santo, los buñuelos de viento, que en Parrilla se rellenan únicamente de crema, como manda la tradición, y en general cualquier dulce hecho con almendras¹⁹.

En navidades tenemos los pasteles de carne de cerdo, cuya venta tradicionalmente empezaba el día de Santa Lucía (13 de diciembre) y duraba hasta el Miércoles de Cenizas, ya que después, durante la Cuaresma, estaba prohibido el consumo de carne. Los orígenes del pastel de carne de cochino canario no están claros: podría tener, como considera el Sr. Laforet, raíces arabescas por lo especiado de su condimentación, aunque si así fuera la carne habría sido de vaca o de pollo, y se habría adaptado al cerdo al llegar a canarias, ya que era la carne que más abundaba²⁰.

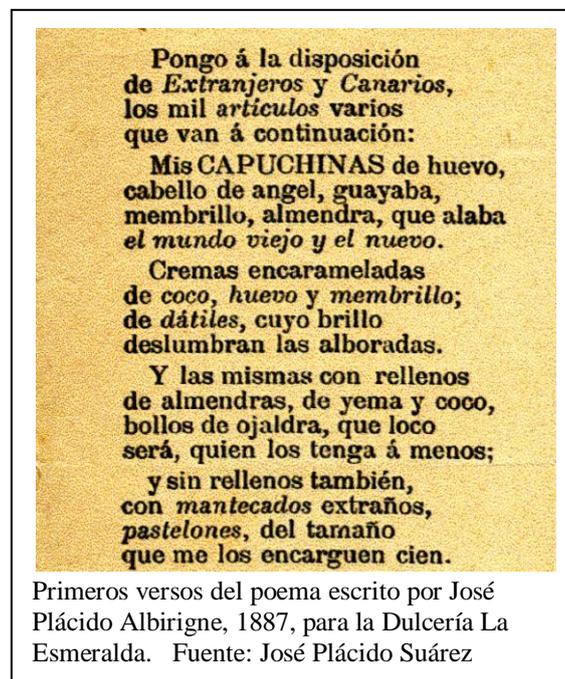
En época de carnavales, la familia canaria elabora las tradicionales tortas de Carnaval. Sin embargo, y por instrucción de sus tías, quienes llevaron el negocio de la dulcería antes que Elena, las tortas no se elaboran en el establecimiento, ya que ellas consideraban que este era un dulce que se había de elaborar en casa, en familia, y consumir recién hecho.

¹⁹ Elena Parrilla López en la entrevista: *Parrilla, más de un siglo de "dulce" tradición en Triana* para el proyecto de historia oral redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de agosto de 2009.

²⁰ Juan José Laforet, *op. cit.*, p. 18.

El historiador canario José Miguel Alzola²¹ habla sobre otras confiterías reconocidas en Vegueta y Triana. Entre ellas están La Perla, en la calle Cano, dulcería llevada por Agustín, hijo de un famoso pastelero de Vegueta que formó escuela (don Agustín Santana) y que tenía horno en su casa de la calle García Tello; la de Belén Ordoñez, que despachaba pasteles de carne y dulces en su propio domicilio primero en la calle de la Pelota y más tarde en la calle de Colón; la de los hermanos Juan, o los Juanes, mallorquines con dulcerías en las calles de Triana y de Viera y Clavijo y la de Ana González, que tuvo dulcería abierta al público mirando hacia el barranco Guinguada en el cruce de las calles Juan de Quesada con Frías, y de quien se comentaba la calidad no sólo de sus pasteles y dulces de carne, también de sus morcillas.

Hasta principios del siglo XX, en Mayor de Triana 106, se encontraba la Dulcería la Esmeralda. Fue regentada por el abuelo del Sr. Plácido, José Plácido Albirigne, hasta su muerte, a edad muy temprana. A continuación se presentan unos versos que escribió en 1887 para publicitar los productos a la venta en la dulcería:



²¹ José Miguel Alzola (1982). *La navidad en Gran Canaria*, Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria Patrocinado por El Museo Canario, Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid: Artes Gráficas Clavileño, pp. 40-46.

Para terminar una cita de Alzola sobre la comunidad de antaño, que “*temerosa siempre de ser depredada por los piratas, procuraba endulzar las penas y olvidar los peligros comiendo pasteles*”²².

Los oficios de las mujeres

Los de panadero y pastelero eran dos de los pocos oficios que durante el siglo XX desempeñaron tanto hombres como mujeres. A continuación, se ofrece una breve relación de los trabajos remunerados que podía realizar las mujeres. Las opciones eran pocas y los puestos estaban ocupados por chicas en “edad de casarse”. Era costumbre que la mujer, tras contraer matrimonio, dejara de trabajar para dedicarse enteramente al hogar.

Corte y confección, las labores de aguja

Las labores de aguja, aunque de predominante presencia femenina, no estaban exclusivamente reservadas a las mujeres. Pongamos por caso los afamados sastres, como Sanchís o Paiser, que antes del *prêt-à-porter* se



Alumnas de corte y confección, 1950. Fuente: FEDAC

encargaban de vestir a los hombres de las clases acomodadas de la ciudad. Pero conozcamos las labores de modistas, remendadoras y bordadoras. Los conocimientos de estos oficios, como el del resto de oficios tradicionales, también eran transmitidos oralmente y dentro de la familia. La actividad de estas trabajadoras se acentuaba en las épocas de estreno de ropa, como la Semana Santa, cuando toda persona que podía permitírselo se hacía confeccionar al menos un vestido o traje nuevo.

Es cierto que cualquier mujer, hasta entrada la década de los sesenta, dominaba las técnicas de zurcir, remendar, confeccionar trajes sencillos y hacer ganchillo o tejer. Sin embargo, se requerían habilidades más profesionales para confeccionar trajes de fiesta y otras prendas más elaboradas. Las tiendas de tejidos como Arencibia, Campos o Rivero

²² José Miguel Alzola González, *op. cit.*, p. 35.

en la calle Mayor de Triana disfrutaban de muy importantes cuotas de negocio en los años previos a la confección. También las mercerías eran lugar de visita obligada por todas las mujeres en ocasiones como las bodas o los bautizos, cuando era tradición que la novia tuviera un ajuar y que dicho ajuar estuviera adornado, donde posible, con ribetes, iniciales y bordados. Marisol González Brito, actual propietaria de la Mercería Vegueta comenta la evolución de la costura en los últimas décadas:

Antes la gente se hacía los vestidos, y los adornaba. Hoy en día no se cose. Se arregla, pero no se cose. La confección ya no es rentable. La ropa en las tiendas está lo bastante barata como para que no valga la pena hacerla. Antes sí valía la pena coser. ¡Pero nosotras vamos cambiando y así nos vamos manteniendo!²³

Las modas que la alta sociedad canaria seguía, ya que las clases humildes no tenían la posibilidad de preocuparse de dichos menesteres, venían dadas por los figurines de las revistas, por las actrices de cine y por las damas inglesas que descendían de los primeros cruceros a África del Sur, como el Yeoward, que hacían escala en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

Las labores de aguja siempre han sido muy populares entre las mujeres canarias. Entre estas labores se encuentra la de realización de calados, bordados, encajes y el ganchillo. Aunque cada vez son menos las que saben coser, bordar o tejer, iniciativas como el curso para encaje de bolillos impartido en 2010 en la Asociación de Vecinos de Santo Domingo (Vegueta) pueden contribuir a que estas técnicas no lleguen a estar en riesgo de perderse.

Las lavanderas del Guinguada

Un oficio desempeñado únicamente por las mujeres era el de lavandera. Las lavanderas realizaron un trabajo que no era nada fácil durante gran parte del siglo XX, cuando la única herramienta para lavar eran sus propias manos y una losa sobre la que extender y golpear la ropa.

²³ Marisol González Brito en la entrevista: *Mercería Vegueta, desde 1945 en el mundo de la mercería* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de julio de 2009, p. 2.



Lavanderas del Risco, 1930. Fuente: FEDAC.

Las lavanderas eran, en su mayoría, mujeres de los riscos o de las poblaciones que rodeaban la ciudad. Don José Plácido recuerda como una chica iba a su casa en Vegueta desde Tamaraceite los lunes para lavar y planchar. La muchacha realizaba el trayecto de ida, de unos 8 kilómetros, a pie.

Las lavanderas se reunían en las orillas de los barrancos, donde corriera un poco de agua o, más adelante, en los lavaderos dispuestos para tal fin en lugares públicos. También se lavaba en las piletas de las azoteas. Las mujeres utilizaban el jabón Swanston, o “suasto” tal y como lo pronunciaban los locales, una barra de jabón que tenía betas de añil. El jabón “suasto” se empleaba tanto para lavar la ropa como para el aseo personal hasta que en los años cincuenta llegaron las primeras pastillas de jabón Lux, al principio sólo a unos pocos afortunados, gracias al cambullón. Tras machacar y frotar bien la ropa se ponía a secar en las tuneras, por lo que no era raro que alguna púa se quedara pegada e incordiara a quien más tarde llevaba la prenda.

Las chicas “pa’ dentro” y las chicas “pa’ fuera”

Una salida para las jóvenes de clases sociales de bajos ingresos era “colocarse” en una casa de Vegueta como criada. Don José Plácido recordó también la ayuda doméstica en su casa:

Teníamos dos chicas, como se decía antes una “pa’ dentro” y otra “pa’ fuera”. La de dentro era la que estaba en la casa, la que hacía las camas y barría las alcobas, y la de fuera era la que estaba en la cocina. En aquella época [años cuarenta] ellas cobraban 30 pesetas mensuales, y comían y dormían allí²⁴.

Las chicas “pa’ dentro” se encargaban de limpiar la casa, cocinar y cuidar a los hijos de los señores. También eran las que, normalmente, salían a hacer los recados. Estas

²⁴ José Plácido Suárez, *op. cit.*, p. 3.

empleadas del hogar solían trabajar todos los días y sólo disponían de una tarde a la semana, normalmente la del domingo, para salir a pasear.

*EL OCIO
Y LOS DEPORTES*



En los textos dedicados a Los Hombres y Las Mujeres, se recalca que el hombre hacía vida “de puertas pa’ fuera”, mientras que la mujer, en contraposición, hacía vida “de puertas pa’ dentro”. Esto quiere decir que los hombres pasaban la mayor parte de su tiempo trabajando y socializando fuera de casa, mientras que las mujeres se encargaban de las tareas domésticas y del cuidado de la familia. Por ello, no es de extrañar que el ocio disponible a mediados del siglo XX fuera, a excepción del cine y el teatro, deportes o eventos disfrutados por hombres, ya fuera como espectadores o tomando parte activa en ellos. Además, la contemplación pasiva de estos deportes se solía acompañar de apuestas, siendo el binomio deporte-apuesta una constante en el ocio isleño durante gran parte del siglo XX.

En primer lugar se hablará sobre aquellos deportes o espectáculos deportivos que atrajeron a más público: la vela latina, el boxeo, el fútbol, la lucha canaria y las peleas o riñas de gallos, además de otros espectáculos que gozaron de gran popularidad en su momento como las peleas de carneros. El escritor local Martín Moreno¹ hace la siguiente enumeración de actividades ociosas disfrutadas por los hombres de la capital grancanaria:

Contados automóviles rodaban al servicio de particulares en esa época de fútbol-fútbol, lucha canaria en su pureza, peleas de gallos extraordinarias y pegadas de botes, siendo que empezaba el boxeo.

No se pretende un estudio exhaustivo de cada uno de estos deportes que ya, en muchas ocasiones, han sido objeto de profunda reflexión por otros autores. Tras ofrecer una breve introducción sobre la actividad en cada caso, se intentará plasmar lo que estas actividades ociosas significaron para la población de Las Palmas de Gran Canaria (aprox. entre 1940 y 1970) a la vez que se procederá a contextualizar cómo estos deportes o actividades ociosas interactuaron con el espacio ocupado por dicha población, contenida en lo que hoy son los barrios fundacionales de la ciudad.

¹ Martín Moreno (1999). *Siesta de memorias*, Cabildo de Gran Canaria, Madrid: Taravilla, p. 30.

Seguidamente, se dedican unas líneas al mundo del espectáculo propiamente dicho, esto es, al cine y al teatro. Para ello se hará un repaso de los recintos que dieron cabida a estas formas de ocio, a las que la población capitalina tenía gran afición.

El ocio

El teatro

Tal y como escribe Carlos Ramírez Suárez² en la obra *Latidos de mi Tierra*: “*Las Palmas siempre ha tenido una gran tradición teatral*”. La razón es su posición geoestratégica como plataforma entre continentes. Ramírez Suárez continúa: “*En nuestra ciudad se han oído las mejores compañías del mundo, formando parte de las Compañías de Ópera que recalaban en el Puerto de La Luz, camino de América o de vuelta del nuevo Continente*”.

El Teatro Cairasco, parte del Gabinete Literario y ubicado en el mismo edificio que ocupa el Gabinete hoy, en la plaza Cairasco, fue inaugurado en 1845. Sin embargo, pronto se vio la necesidad de construir un nuevo teatro, más grande, y se designó una Junta Directiva, como explica Ramírez Suárez en su relato, presidida por Juan Melián Caballero.



Gabinete Literario, antigua ubicación del Teatro de Cairasco, 1920. Fuente: FEDAC

Emilio Valle Gracia también rememora estos años en su obra *Cuaderno de Recuerdos Triviales*, cuando comenta: “*había de remplazar al Teatro Cairasco, que era parte del propio inmueble donde estaba instalada la referida Sociedad Gabinete Literario, en la plaza que aún lleva el nombre de aquel poeta canario*”³.

² Carlos Suárez Ramírez (1975). *Latidos de mi tierra*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, p. 237.

³ Emilio Valle Gracia (1971). *Cuaderno de recuerdos triviales*, Las Palmas de Gran Canaria: Lit. Saavedra, p. 102.

La ubicación elegida para construir el teatro, comenta Valle, por la comisión asignada para tal tarea fue motivo de gran controversia. Se decidió construir el edificio en lo que entonces era “*un lugar arrinconado y falto de urbanización que se llamaba peyorativamente ‘bocabarranco’ (...) por la proximidad del mar (apenas a quince metros de la nueva edificación)*”⁴, lo que resultó en numerosas complicaciones a la hora de realizar las obras y en un coste elevado de las mismas. La comisión se justificó alegando que construyendo el teatro en dicha ubicación los que viajaban en barco podrían verlo al entrar o salir de la ciudad. La construcción de este nuevo teatro, que recibió el nombre de Tirso de Molina, concluyó en 1888.

El Tirso de Molina fue objeto de numerosas críticas, como se dijo, por su ubicación. Incluso el poeta canario Benito Pérez Galdós llegó a realizar una serie de caricaturas en la que hacía referencia a irracional proximidad del edificio al mar.

Finalmente, y según Ramírez Suárez, el teatro Tirso de Molina se inaugura oficialmente el 8 de diciembre de 1890 con *La Traviata*. Sin embargo, los ciudadanos verían desaparecer su teatro antes de lo previsto a manos de un incendio intencionado, en 1918. Fue entonces cuando se comenzaron las obras para un nuevo teatro bajo la dirección de los hermanos canarios Néstor y Miguel Martín Fernández de la Torre, que se terminó e inauguró una década después, en 1928, y recibió el nombre del poeta que años atrás dibujó las arriba mencionadas caricaturas.

El Teatro Pérez Galdós

Las pinturas con las que Néstor Martín Fernández de la Torre decoró las paredes del Salón Saint Saëns del Teatro Pérez Galdós, en la que aparecían niños desnudos, causaron gran revuelo, como recuerda el autor José Benítez Bravo de Laguna en *Anécdotas de Gran Canaria*.

En vísperas de la inauguración del nuevo teatro tan sólo unas pocas personas habían visto las pinturas, pero toda la población hablaba de ellas. “*De todos conocida es la vehemencia con que en la isla se debaten ciertos temas*”, comenta Bravo de Laguna, “y

⁴ *Ibidem*, pp. 103-104.

ese de las tan comentadas pinturas de Néstor pasó, como suele decirse, de castaño oscuro”⁵.

El nuevo teatro se inauguró con *Aida*, y a medida que los isleños veían desnudez de las pinturas con sus propios los personajes de Néstor empezaron a suscitar “*sabrosas chanzas*”. Bravo de Laguna recoge la siguiente anécdota, que hace referencia a una “*simpática chica de nuestra buena sociedad*”, como la



Teatro Pérez Galdós visto desde el mar, 1920. Fuente: MdC

define el autor, que tenía una cantidad ingente de hermanos varones entonces en la edad de los niños retratados por Néstor. Cuando la joven vio las pinturas que tanto revuelo habían causado exclamó: “*¿Y aquí está la causa de tanto aspaviento? ¡Este es el patio de mi casa todos los días a las ocho de la mañana!*”⁶.

Actualmente, el Teatro Pérez Galdós comparte con el Teatro Cuyás y el Auditorio Alfredo Kraus, construido en 1997 al final del paseo de la playa de Las Canteras, las tardes y noches de teatro en la ciudad.

El cine

El cine supuso una de las principales vías de escape para una sociedad que durante gran parte del XX se halló reprimida por el franquismo y limitada en opciones a la hora de divertirse.

⁵ José Benítez Bravo de Laguna (1967). *Anécdotas de Gran Canaria*, Madrid: Artes Gráficas Larra, p. 123.

⁶ *Ibidem*, p. 124.

Un primer periodo de desarrollo de la cultura cinematográfica entre 1920 y 1935 se debió, según Fernando Betancor Pérez⁷, a dos factores fundamentales: el impulso que experimentó la actividad económica tras la primera guerra mundial y la expansión de la ciudad en estos años, que impulsó la creación de nuevos espacios para el ocio colectivo. La guerra civil española, seguida por la segunda guerra mundial, supuso un paréntesis de casi una década para el desarrollo de la industria en la ciudad. Pero aunque no se construyeron nuevas salas de proyección, la actividad en las ya existentes no se vio interrumpida. Durante estos años, las películas compartían la pantalla con reportajes propagandistas de apoyo a las tropas nacionales.

Una nueva etapa de expansión tuvo lugar entre 1945 y 1980, periodo en el que se abrieron nada menos que 27 nuevas salas de proyección en la ciudad, se fundaron varias sociedades cinéfilas y se organizaron numerosos ciclos cinematográficos.



De entre los cines más recordados por los informantes del proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad se encuentran los siguientes: el Torrecine en la calle Doctor Ventura Ramírez, en Vegueta; el Cine Avellaneda (hoy Teatro Guiniguada) en la calle de la Herrería; el cine Cairasco en la calle San Justo; el Cine Vegueta en la calle Padre José de Sosa; el Cine San Roque (donde también se celebraban bailes) en la

calle Real de San Roque (en la entrada del risco con el mismo nombre); el Cine Triana en la misma calle Mayor de Triana; el Cine Cuyás (donde también podíamos encontrar peleas de gallos, boxeo, etc.) en la calle Viera y Clavijo; el Cine Capitol en la calle Tomás Morales; el Cine Royal en la calle León y Castillo; el Cine Avenida en la calle Primero de Mayo; el Pabellón Recreativo en la calle Juan de Padilla esquina con

⁷ Fernando Betancor Pérez. “Las Palmas de Gran Canaria y sus cines olvidados: aproximación a la historia de la arquitectura cinematográfica a través de los proyectos que quedaron en el papel”, [en: en línea] disponible en: <http://www.americanistas.es/biblio/textos/08/08-208.pdf>, pp. 3033-3035 [consultado el 12 de febrero de 2009]

Perdomo y en la zona del Puerto los cines Rialto en la calle Presidente Alvear y Rex, en la calle Senador Castillo Olivares.

Mario Viera Ortega, informante del proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, habló durante su entrevista de los cines que recordaba frecuentar:

CP: ¿Dónde estaba el cine San Roque?

MV: Ahí, en la entrada de San Roque, justo donde comienza la rampa de ascenso; a la izquierda, ahí estaba el cine. El Torrecine estaba en la calle Doctor Ventura Ramírez, hacia lo alto, y el Vegueta estaba aquí en Padre José de Sosa. También estaba el Cairasco, poco antes de llegar a San Nicolás, el cine Avellaneda, el cine Triana, donde está hoy Cuadrado, me parece, el Cuyás y por supuesto el Capitol. Antes la calle del Capitol (calle Tomás Morales) llegaba hasta un poco más allá de donde estaba el cine, porque después había un muro gigantesco y detrás todo fincas de plataneras. Sin olvidar el cine Royal, en León y Castillo.

CP: Así que estaban rodeados de cines, entonces.

MV: Sí, había bastantes cines. Los cines de estreno: el Cuyás, el Avenida, arriba en la calle Primero de Mayo.

CP: Había cines de estreno y otros que eran de reposición.

MV: Sí, había cines de estreno y otros que eran más baratos y eran de re-estreno, como el Pabellón Recreativo en la esquina de Perdomo con Doctor Juan Padilla.

CP: También he oído hablar de los bailes del Pabellón Recreativo.

MV: Sí. El Pabellón Recreativo era de los cines baratos, el Torrecine también; esos eran quizás los más baratos. Luego estaban de medio pelaje el San Roque, el Vegueta y el Avellaneda, y los caros eran el Cuyás y el Royal. En el Capitol hubo también una época en la que ponían estrenos⁸.

Los colaboradores de Redescubre tu Ciudad también rememoraron sus salidas al cine. Jorge Haddad Marrero comentó que las salas de cine, sobre todo las del Cairasco y del San Roque, fueron muy importantes para él y la pandilla. La entrada costaba céntimos de peseta, y se iba sobre todo con los amigos. Una vez que el interés por las chicas surgía, a partir de los dieciséis años aproximadamente, también se iba con ellas. Las

⁸ Mario Viera Ortega en la entrevista: *Memorias de la Plaza de Santo Domingo* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de febrero de 2009, p. 15.

películas que recuerda ver Jorge cuando era niño con los amigos son, sobre todo, las de vaqueros, aunque también veía otras como las de Cantinflas, *Polyana* o *Tú a Boston y Yo a California*⁹.

Otro informante del proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Ángel Sosa Ortega, también habló de sus salidas al cine de la infancia:

AS: (...) Solíamos ver, sobre todo, películas del oeste, ya que los dramas y demás no nos llamaban la atención. En aquellos tiempos, en los que no se veían 400 películas a la semana, como ocurre ahora gracias a la televisión, sino que se veía, con suerte, una película a la semana, ir al cine suponía pasárselo en grande.

CP: Claro. Sería una gran ocasión.

AS: No teníamos preferencias, en principio, por ningún cine. Salíamos los amigos y según el artista que fuera protagonista de la película, Tony Curtis o el que fuera, pues allí íbamos a pasarlo bien y a aplaudir para animar al muchacho cada vez que tenía que salir de una encerrona.

CP: Porque en aquella época se aplaudía a los actores.

AS: Sí, pero no por lo bien que actuaban, sino para animarlos: “¡Venga! ¡Que tú puedes!”, les decíamos. [Ríen]

Ángel Sosa también habló sobre las tarjetas publicitarias que anunciaban la película que estaban proyectando o que iban a proyectar en una u otra sala. Las recuerda de gran belleza y en ellas se veía a los protagonistas en alguna escena que llamara la atención. También tiene en la memoria recuerdos de ver pintar a brocha gorda, en el recientemente desaparecido cine Royal (calle León y Castillo), los cartelones que colocaban en el frontis del edificio de las películas que se iban a proyectar, o los tiempos cuando era necesario interrumpir la proyección de la película con el anuncio de “Diez minutos de descanso para cambio de bobina” acompañadas de las subsecuentes “*escandaleras cuando se iba la luz, ¡los silbidos y pataleos en el suelo eran*

⁹ Jorge Haddad Marrero en la entrevista: *Haddad, historia de tres generaciones de comerciantes en Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de julio de 2009, p. 17.

mayúsculos!”¹⁰.



La mezcla de mensaje político y erotismo de la película, rodada en 1949, lanzaron a Silvana Mangano al estrellato.

Varios de los informantes del proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, entre ellos el mismo Ángel Sosa, Jorge Haddad, Mario Viera y Alicia González en las entrevistas arriba mencionadas comentaron la calificación moral con la que Acción Católica catalogaba las películas durante el franquismo. La calificación asignada a cada película aparecía no sólo en la prensa, también se encontraba en unas cuartillas que repartían en las parroquias. Las películas podían ser calificadas del 1 al 4: 1 para todos los

públicos, 2 tolerada para mayores y jóvenes pero no para niños, 3 tolerada para mayores pero no para jóvenes y 4 gravemente peligrosa para todos¹¹. También, en ocasiones, aparecía la calificación 3R, tolerada para mayores pero con “Reparos”. Películas como, *Arroz Amargo*, de 1947 protagonizada por Silvana Mangano, o *Helga: el milagro de la vida*, de 1967, un documental alemán sobre la concepción del ser humano desde el coito hasta el parto cuyas escenas de alto contenido “erótico” fueron permitidas en España por la censura debido a su valor didáctico, fueron calificadas como gravemente peligrosas y, según la iglesia, aquellos que las vieran corrían el riesgo, prácticamente, de ser excomulgados.

Los bailes y los guateques

La asistencia a bailes era la principal forma de entretenimiento, junto con ir al cine, de los jóvenes. Los bailes se celebraban en lugares de renombre como el Teatro Pérez Galdós o el Gabinete Literario, o en las sociedades deportivas de los barrios, como el Sporting de San José o el Iberia, en San Roque. Algo más tarde, a finales de los años sesenta y durante la década de los setenta, proliferaron los guateques o “reuniones”,

¹⁰ Ángel Sosa Ortega en la entrevista: *La tienda de comestibles de Antonio Cruz Mayor y otros recuerdos de Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, pp. 15-17.

¹¹ Esta calificación acompañaba diariamente al anuncio de las películas en los distintos medios informativos. En este caso hemos recurrido a un ejemplar [en línea] del periódico La Provincia publicado el 19 de noviembre de 1949. Fuente: Jable, archivo de prensa digital de la ULPGC.

como se conocían localmente, que se celebraban en casas particulares. Por otro lado, los más tradicionales bailes de candil y las descamisadas eran celebrados, sobre todo, en los campos.

Los bailes celebrados en las sociedades y recintos como el Gabinete Literario, el Teatro Pérez Galdós, el Hotel Parque en San Telmo o el Hotel Santa Brígida, en el Monte, eran frecuentados por las clases acomodadas. Estos se celebraban con motivo de fiestas como el carnaval o las navidades, y en ellos existía un estricto control sobre las jóvenes. Por ello, los muchachos en edad de amorío preferían asistir a los bailes de las sociedades deportivas de los barrios obreros que rodeaban Vegueta y Triana.



Adela García Morera y José Viera Montenegro (de novios) e Inés García Morera (carabina) en las fiestas del Carmen, 1955. Fuente: V y E.

De ello habló el entrevistado José Plácido Suárez:

JP: Sí. Es que mis amigos, la gente con la que yo me codeaba en el barrio, era más bien la gente obrera, entonces yo me iba a los bailes de los barrios. Me iba a El Racing en La Isleta, a El Arenas en Alcaravaneras, a El Iberia en San Roque o a El Sporting en San José. Después, alguna vez, frecuentábamos el Círculo Mercantil, que era ya de medio pelo, y había quien iba al Hotel Santa Brígida, pero eran niñas que no... Lo que pasa es que en los barrios que estoy nombrando las niñas que había eran las niñas de servicio, y como para nosotros las otras niñas eran difíciles porque estaban vigiladas nos íbamos a los barrios. Las chicas de servir gozaron de mucha más libertad que las otras¹².

¹² José Plácido Suárez en la entrevista: *Memorias de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de marzo de 2009, p. 12.

Los guateques proliferaron a finales de los sesenta, cuando la juventud empezó a gozar de mayor libertad para relacionarse y la situación de escasez derivada de la posguerra y de la segunda guerra mundial se vio paliada. En las reuniones eran imprescindibles el tocadiscos o *pick-up* y una buena selección de vinilos, además de ponche y algún refrigerio si la economía lo permitía. Aunque estas fiestas estaban contraladas por la madre del anfitrión o anfitriona los jóvenes gozaban en ellas de mayor libertad. José Plácido Suárez habló sobre los guateques a los que asistió:

JP: Sí. Además, en aquella época, nosotros no teníamos pandilla de chicos y chicas. Empezamos a juntarnos cuando teníamos 17 ó 18, con unas reuniones que luego se llamaron guateques en la península; aquí se llamaban reuniones. Entonces, las madres estaban allí con las niñas en las reuniones, a ver con quién bailaban y cómo bailaban.

CP: ¿Y había que pedir permiso a las madres para bailar con las niñas?

JP: No. Ya no. Tampoco había muchas madres, pero la de la que organizaba la reunión sí. El resto de madres confiaba en aquella que estaba vigilando.

CP: ¿Y dónde se celebraban los guateques, en el salón?

JP: En casa de quien tuviese espacio. También, teníamos un amigo que veraneaba en Tafira, y en invierno la casa estaba vacía. Entonces uno llevaba los discos, otro el toca discos, el *pick-up* (...) ¹³.

Alicia González Valido también compartió, entre otros, sus recuerdos de esas reuniones, a las que empezó a asistir a finales de los setenta, con 17 años:

AG: Con esa edad todavía íbamos en pandilla. Hacíamos excursiones a sitios de los alrededores, como Santa Brígida, para pasar el día. Íbamos, por supuesto, al cine. A mí siempre me ha gustado el cine, ¡y me sigue gustando! Hacíamos las reuniones en casas del amigo o amiga que podía disponer de espacio para ir todos, y bailábamos.

¹³ *Ibidem*, p. 10.

CP: Las reuniones serían los guateques.

AG: Exactamente. Estábamos en casa del amigo o amiga hasta una hora determinada y para casa, nunca muy tarde. Nos recogíamos sobre las nueve, más o menos. ¡Cómo mucho a las diez! Recuerdo que en esa época vivíamos en La Palma de Siete Puertas, de donde procede la familia de mi padre, y yo tenía que coger el famoso coche de hora y marcharme mucho antes. Las amigas no se quedaban mucho más, de todos modos; los chicos quizás sí, pero las niñas no¹⁴.

Bailes del ayer, el baile del candil y las descamisadas

Para terminar con los bailes, y aunque corresponden a tiempos algo anteriores que los comentados por los entrevistados de Redescubre tu Ciudad, se mencionan los bailes de candil y las descamisadas. Del primero, de los bailes de candil, habla el autor Isaac Viera en su obra *Costumbres Canarias*.

Los bailes de candil eran bailes populares que se celebraban en los campos. En su transcurso, los asistentes cantaban versos con los que daban a conocer sus intenciones amorosas. A menudo, en estos bailes, se apagaba “por accidente” el candil, dando así a los jóvenes, tras el cobijo de la oscuridad, la oportunidad de intimar, aunque fuera de manera fugaz.

(...) de un estacazo se hace saltar el candil con sus tres o cuatro mechas de algodón empapadas en aceite de oliva y de pronto suena la lúgubre, sacramental frase de ‘sálvese quien pueda’, como si se tratara de un naufragio¹⁵.

En estos bailes, como en todos, las jóvenes iban escoltadas por sus madres, hermanas o abuelas: “las viejas están acurrucadas detrás de las jóvenes, entretenidas en hilar; pero si hay buenos tocadores, entonces saltan al terreno y bailan folias y seguidillas (...)”¹⁶.

¹⁴ Alicia González Valido en la entrevista: *Crecer en Santo Domingo, Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de junio de 2009, pp. 6-7.

¹⁵ Isaac Viera, *op.cit.*, p. 62.

¹⁶ *Ibidem*, p. 64.

De las descamisadas nos hace una muy buena descripción el autor arriba mencionado Carlos Ramírez Suárez, a las que dedica uno de los primeros capítulos de la obra *Latidos de mi Tierra*, “La Descamisada”.



Descamisada en la finca de Osorio (en Teror), 1940. Fuente: MdC

Las descamisadas, esto es “*desnudar la piña*”, la mazorca de maíz, “*de su envoltura y dejarla al rojo vivo para poder llevarla al molino*”, era una actividad que se organizaba en los campos tras la recolecta del maíz¹⁷. Si se anunciaba una descamisada los jóvenes del lugar se ponían en marcha para acudir a la fiesta, armados de sus instrumentos musicales, sobre todo guitarras, timple y bandurrias.

El autor relata una descamisada que comienza en la solana de un mayordomo una vez que esta se ha llenado de jóvenes campesinos, jóvenes que acuden a trabajar voluntariamente con la única esperanza de encontrar un amor a cambio del trabajo realizado.

Los jóvenes comienzan a descamisar el maíz, mientras el señor de la finca y su mayordomo reparten entre los asistentes “*vinillo del Monte que alegró los corazones*” y más tarde más vino y “*bizcochos suculentos*”. Reunidos novios, pretendientes, los que se gustaban y los que habían roto sus relaciones comienzan los músicos a rasgar las guitarras y, al igual que en los bailes de candil, los asistentes lanzan versos a aquellos presentes a los que quieren dejar claras sus intenciones.

Citaremos dos tonadillas que plasma Ramírez Suárez en su relato, la primera lanzada por una chica a su ex novio cuando le ve con otra:

¹⁷ Carlos Ramírez Suárez, *op. cit.*, p. 16.

Si crees que tengo pena,
No tengo pena maldita;
¡Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita!

A lo que el chico contesta con la segunda:

Que te quise fue verdad,
Que te amé yo no lo niego;
Que te vuelva yo a querer,
¡Límpiate que estás de huevo!¹⁸

Así, los jóvenes se lanzaban versos hasta el filo de la media noche, cuando terminaba la descamisada, algunos de amor y otros de desamor, para después partir hacia sus hogares mientras “*En el pecho de aquella sana juventud ardía la ilusión escondida de un amor (...)*”.¹⁹

Los Deportes

La lucha canaria

La lucha canaria es uno de los deportes más típicos y arraigados de las Islas Canarias. Los orígenes de este deporte vernáculo, un asunto muy debatido que ha suscitado muchas conjeturas, parecen situarse antes de la conquista castellana, ya que se cree que era ésta una de las actividades lúdico-deportivas practicadas por los pueblos aborígenes que poblaban las islas antes de la llegada de los españoles.

En la lucha canaria “*la acción se libra cuerpo a cuerpo, sin emplearse más armas ofensivas que las que facilita el poder personal. Los factores únicos son las piernas y*

¹⁸ *Ibíd*em, p. 17.

¹⁹ *Ibíd*em, p. 18.

*las manos ayudados por la destreza*²⁰, según explica Ayala en su muy completa obra sobre este deporte titulada *La Lucha Canaria*. La luchada se realiza en un terreno denominado “terrero”, generalmente de arena o tierra batida, constituido por dos círculos concéntricos de 15 y 17 metros de diámetro, respectivamente.

En cuanto a la técnica, “*se agarra en las formas que representan los antiguos fotografados*”²¹, esto es, cogiéndose a alguna parte del cuerpo del contrario para tratar de derribarlo, y la lucha termina “*con la caída de uno de los dos atletas. Basta con que uno toque el suelo con la mano o con cualquier parte del cuerpo que no sea la planta de los pies*”²².



Jóvenes practicando lucha canaria, sin datar. Fuente: A.F. Jaime O'Shanahan

La lucha canaria fue muy popular en la antigüedad, y así fue hasta finales del siglo XIX y primer tercio del XX. Después, el deporte vivió momentos de mayor o menor esplendor hasta que decayó en su práctica, viviendo una crisis que duró, aproximadamente, hasta finales de la década de los setenta, cuando los medios de

comunicación se esforzaron por incluir páginas, secciones o emisiones especiales dedicadas a sus avatares, incluyendo la emisión de *La Luchada*, un programa de encuentros de lucha canaria que los espectadores pueden aún hoy disfrutar en Televisión Española en Canarias.

Pero volviendo a tiempos pasados, y según Antonio Ayala, antiguamente las “agarradas” (encuentros) de lucha canaria se producían espontáneamente: en las zonas rurales después de la jornada laboral; o en las playas y parques de las zonas urbanas donde existiese un terreno adecuado para la práctica del deporte, o en los pueblos por las fiestas patronales, cuando los hijos de un lugar desafiaban a los hijos de un lugar vecino. Más tarde, y al evolucionar el deporte, se formaron dos bandos, el Sur y el

²⁰ Antonio Ayala (1977). *La lucha canaria*, Mancomunidad de Cabildos, Las Palmas de Gran Canaria: Grafican, p. 52.

²¹ Ídem.

²² Ídem.

Norte. Así, la lucha canaria fue reglamentándose hasta la actualidad, con los encuentros entre clubs federados²³.

Uno de los primeros testimonios conocidos sobre este deporte es el poema escrito en 1604 por Antonio de Viana, hijo de uno de los Conquistadores que atracaron en Tenerife, titulado *Antigüedades de las Islas Afortunadas* que José Pérez Vidal incluye en sus *Estudios de Etnografía y Folklore Canarios*, en el capítulo dedicado a este deporte, en el que se encuentran estrofas que dicen como sigue:

Salen luego a la lucha dos mancebos
briosos, bien dispuestos y valientes,
desnudos, mal revueltos los tamarcos,
por bien de honestidad a la cintura,
demuestran lucios los nervosos brazos,
derechos muslos y vellosas piernas
untadas con manteca, porque siendo
asidos y apretados con las manos,
resbalasen mostrando más sus fuerzas.

(...)

Destaca el autor que cita estos versos la terminología en ellos empleada, que es igual a la que hoy en día se usa en este deporte, sobre todo el uso del palabro “terrero” como escenario de la contienda y la costumbre de salir al terrero por caída, para vengar a un compañero del mismo bando (“se opone a la venganza del vencido Arico, amigo suyo y su pariente”)²⁴.

Además, del poema de Viana se desprende en cuanto a la vestimenta de los luchadores, y tal y como comenta Ayala en la obra anteriormente citada, que “*los mozos salían en la antigüedad ‘desnudos’, mal revueltos los tamarcos* [prenda de cuero utilizada por los

²³ Ibídem, pp. 63-64.

²⁴ José Pérez Vidal (1985). *Estudios de etnografía y folklore canarios: Antecedentes, Análisis y Caracterización*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife: Litografía Romero S.A., pp. 191-192.

guanches] *a la cintura para practicar la lucha*²⁵. Más tarde, según aclara el autor, se uso el arriote, “*un antiguo fajín utilizado para practicar la Lucha Canaria, sustituido modernamente por la nagüeta o calzón*”²⁶.

Isaac Viera también dedica un capítulo a la lucha canaria en su obra *Tradiciones Canarias*: “*La lucha canaria es eminentemente artística*”, dice el autor, a diferencia de la “*greco-romana, producto de la acción muscular*”. En las líneas que siguen, el autor continúa la definición de este deporte como uno en el que la “*astucia, la travesura, la malicia, la fuerza y la maña*” son protagonistas. También se destaca la caballerosidad de los luchadores cuando “*el vencedor pregunta al vencido si se ha hecho daño al caer*”²⁷.

Otro autor, Francisco González Díaz, publica también en el mismo año (1910) la obra *Cultura y Turismo*. Esta es una obra vanguardista en la que el autor realza el papel que podría tener la cultura autóctona para crear un turismo de calidad que sirviera de motor a la economía isleña (adelantándose a su tiempo y aunque finalmente se impusiera el modelo del turismo de sol y playa). En el capítulo dedicado a la lucha canaria bajo el título “*Un Sport Canario, la Lucha*”, el autor, al describir el deporte, subraya esa contraposición de “*habilidad contra violencia, ingenio contra bestialidad, cautela y mala intención contra acometividad impetuosa y bravía*”²⁸ de la que también hablaba Viera a la hora de describir la lucha de las islas.

Por tener la lucha canaria estas cualidades no era inusual ver que un luchador que parecía más débil que sus contrincantes consiguiera tirarlos a todos. Así nos lo explica González Díaz²⁹ cuando comenta una luchada en la que había estado presente:

²⁵ Antonio Ayala, *op.cit.*, p. 53.

²⁶ Adargoma, Argot Luchístico [en línea] disponible en <http://adargoma.com/foro/viewtopic.php?f=1&t=3335> [consultado el 12 de julio de 2009]

²⁷ Isaac Viera, *op, cit.*, p. 238.

²⁸ Francisco González Díaz (1910). *Cultura y turismo*, Las Palmas: Tipografía del “Diario”, p. 38.

²⁹ *Ibíd.*, p. 42.

Hace pocos días, en una función emocionante, un jovencito de apariencia débil se dio el lujo de tirar sucesivamente a siete campeones herreños, y quedó él mismo proclamado campeón en una sola tarde.

Tanto Pérez Vidal³⁰ como Isaac Viera³¹ parecen estar de acuerdo en el carácter popular de la lucha canaria. El primero cita al profesor Alejandro Cioranescu subrayando la espectacularidad del deporte y su popularidad entre las clases trabajadoras:

(...) los deportes de mayor aceptación popular fueron, como en todas partes, los que sirven de espectáculo. Entre ellos no podía faltar la lucha canaria, que parece haber sido espectáculo bastante corriente a mediados del siglo XIX. Debía ser diversión de arraigo popular, porque no la apreciaba mucho la burguesía.

Esta es una idea apoyada también por Isaac Viera, quien destaca lo popular de este deporte cuando comenta:

Antiguamente se luchaba entre nosotros, casi todos los días; en predios, en caminos, en cualquier sitio en donde se encontrasen dos mozos quedaban pegados como moluscos. Allí se daban media docena de “caídas”, sin más testigos que Dios, y después de “amorosar” las costillas, como ellos decían, se apretaban las manos en señal de buenos amigos despidiéndose con frases de extremado cariño.

Lo mismo da a entender Nicolás Martín Betancort, dueño del sexagenario comercio Comercial y Pinturas Nimabe, ubicado en la calle de la Herrería, en Vegueta y entrevistado por Redescubre tu Ciudad, quien afirmó haber practicado el deporte con sus amigos en las arenas del cauce seco del barranco Guinguada³².

³⁰ José Pérez Vidal, *op. cit.*, p. 194.

³¹ Isaac Viera, *op. cit.*, p. 238

³² Nicolás Martín Betancort en la entrevista: *Comercial y Pinturas Nimabe: tradición comercial en la calle de la Herrería* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 2009, p. 5.

Así, vemos que este era un deporte que se practicaba (tanto oficial como extraoficialmente) allí donde se dispusiera de un terrero, siendo el primero y más popular, dentro del casco histórico de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, aquel frecuentado por el Sr. Martín Betencort durante su infancia. Este terrero se hallaba ubicado en la planicie que se podía encontrar en la margen izquierda del cauce seco del barranco de Guiniguada, próximo al que fue el puente de Verdugo



Agarrada en el campo, 1910. Fuente: FEDAC

(popularmente conocido como de Piedra), a la altura de la actual calle del Terrero, que recibió dicho nombre en honor al deporte practicado en sus proximidades. Es tal la relevancia que tuvo en su momento el deporte de la lucha canaria en esta zona que no sólo la calle que lleva el nombre de Terrero es así conocida, sino que una amplia zona de la margen de poniente del barranco es conocida como el barrio del Terrero, al igual que la margen de nacimiento opuesta es conocida como el Toril por haberse guardado allí las bestias que participaban en las corridas de toros que hubo en la ciudad, sobre todo en el siglo XVIII.

Juan del Río Ayala destaca la importancia de este terrero en el texto incluido en la obra de Antonio Ayala, arriba mencionada, que lleva el título “*Las Palmas tenía un ‘terrero’*”. En estas líneas, Juan del Río empieza por destacar la importancia de la lucha canaria en los tiempos del Real de Las Palmas, cuando conquistadores y canarios se entretenían con la práctica de este deporte, lo que daría lugar a la creación del terrero del Guiniguada:

A tanto llegó la práctica de la lucha en el Real de Las Palmas, que los conquistadores y los canarios, un día, despedregaron y allanaron poniéndole arena traída de las dunas de las Alcaravaneras a una amplia planicie que había en la

margen izquierda del Guinguada, casi enfrente del mismo Real, cabe las laderas del Risco de San Nicolás³³.

Dicho terrero aguantó el paso del tiempo, el repartimiento de tierras y la expansión de la ciudad hasta que finalmente sucumbió bajo el alquitrán cuando se encauzaron las aguas del Guinguada y se cubrió el barranco para la construcción de la carretera que uniría la ciudad con los pueblos del centro de la isla en los setenta.

Antes de la definitiva desaparición del terrero del Guinguada, donde durante muchos años se celebraron las luchadas durante las fiestas patronales de la ciudad, el Campo de Deportes España (Campo España para los locales), un recinto deportivo con capacidad para 5.000 espectadores y ubicado “fuera de la portada” (situados los límites de la portada en la calle de Bravo Murillo) tomó el relevo del barranco como espacio en el que desarrollar estas competiciones deportivas. Sin embargo, y tras su demolición para dar paso a la construcción de un edificio de viviendas en los años sesenta, el deporte vernáculo y sus seguidores vieron que carecían de un lugar apropiado donde practicar el deporte.

Viera también se lamenta de que la lucha canaria pasara en sus tiempos de la plaza pública al coliseo o al circo, con lo que el autor cree que el deporte perdió en autenticidad:

Desde que quitaron la lucha de la plaza pública para encerrarla entre cuatro paredes, con el móvil de sacar dinero, aquella perdió la gallardía y la nobleza de su histórico abolengo³⁴.

Otras localizaciones de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria en los que se han celebrado y celebran luchadas son el complejo polideportivo Municipal López Socas, en el barrio de Escaleritas, o el Estadio Insular, un recinto deportivo actualmente en desuso que se halla ubicado en la zona del Puerto.

³³ Antonio Ayala, *op. cit.*, p. 62.

³⁴ Isaac Viera, *op. cit.*, p. 239.

En cuanto a la participación femenina en la lucha canaria, y como bien señala el autor Antonio Cardona Sosa³⁵ en *Juegos y Deportes Vernáculos Tradicionales Canarios*:

(...) el que la mujer canaria haya practicado la Lucha Canaria es fiel demostración que no es deporte de fuerza, no es un ejercicio de simple poder sino que impera la habilidad, “geito”, “maña” o destreza para deshacerse de un contrario (...).

Otro autor, Ayala³⁶, cita los casos de mujeres como María Antonia de Chiñama, en una ocasión vengadora de la derrota de su hermano, o el de la esposa del luchador Juan Manuel Fajardo, al que tiró después de este quedarse invicto en el terrero³⁷. Aunque en los años 80 la actividad femenina en la lucha canaria vivió un momento de esplendor con varios equipos femeninos por provincia, no es tal la situación en la actualidad. Cardona considera que la actividad femenina “*bien pudiera recuperarse*” si se ofrecieran facilidades y medios para ello³⁸.

Cabe comentar, a continuación, un aspecto ligado a este deporte de la lucha canaria, como al resto que se cubren en este apartado: el de las apuestas entre los espectadores (todos hombres) que se saldaban, por lo general, con galantería y premura. Sin embargo, y en el caso de la lucha canaria, se destaca además una tradición tan vieja como el mismo deporte relacionada con el dinero y mencionada en el libro de Antonio Ayala³⁹ que Juanito Mújica se vio en la necesidad de interpretar, ya que a ojos de los extranjeros la costumbre se antojaba extraña:

Parece ser tan tradicional como este vernáculo deporte, nos dice Mújica, que cuando un luchador realizaba una agarrada de gusto del público éste lo llamara para estrecharle la mano y al hacerlo dejara en ella, en forma de admiración, una peseta o un duro (tengamos en cuenta que el texto data, aproximadamente, de los años cincuenta). Habiendo quienes consideraron dicho gesto como la donación de una limosna, Mújica

³⁵ Antonio Cardona Sosa (1995). *Juegos y deportes vernáculos tradicionales canarios*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Gran Canaria: Linca, p. 69.

³⁶ Antonio Ayala, *op. cit.*, pp. 69-71.

³⁷ *Ibíd.*, pp. 72-75.

³⁸ Antonio Cardona Sosa, *op. cit.*, p. 70.

³⁹ Antonio Ayala, *op. cit.*, p. 57.

se vio en la obligación de explicar que estos dineros no eran “*gratificaciones metálicas por un servicio prestado, sino como premio a su arte, a su valor y a su hombría*”. Así, se considera este regalo como el que se realiza al torero cuando se le concede las orejas del toro, o como el que se realiza al cantante de ópera cuando se le lanzan flores al terminar la función. El luchador, que realmente no necesita dichos dineros, jamás los rehusaría ya que entre entendidos del deporte se consideraría un desprecio.

Las riñas de gallos

Las peleas o riñas de gallos, siendo esta segunda denominación más comúnmente usada en las islas, fueron clasificadas a principios del siglo XX por el ya mencionado autor Francisco González Díaz como “*nuestro espectáculo regional por excelencia, el que comparte con las luchas la predilección de este público*”⁴⁰.

Su instauración en las islas data de después de la conquista castellana, como espectáculo deportivo importado disfrutado por los conquistadores en sus tierras de origen. Las riñas eran disfrutadas por hombres pertenecientes a todas las clases sociales y de toda condición. Domingo J. Navarro menciona en su *Recuerdos de un Noventón*, al hablar de los jóvenes que veían cómo salía a principios del siglo XIX entrar a formar parte del clero, que:

(...) Estos y otros señoritos bagamundos cuando se cansaban de peleas de gallos y luchas concertadas, promovían frecuentes parrandas e intervenían en los bailes del candil del menesteroso pueblo⁴¹.

A estas palabras añade, ya al final de su obra y cuando comenta las mejoras en cuanto a ocio experimentadas por la ciudad a finales del XIX que los ciudadanos han pasado de:

⁴⁰ Francisco González Díaz, *op. cit.*, p. 63.

⁴¹ Domingo J. Navarro (1895). *Recuerdos de un Noventón. De lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a principios de siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes*, Las Palmas: Tip. de “La Verdad”, p. 140.

(...) la negación de centros de distracciones públicas; [a disponer de] varios casinos de recreo, sociedades filarmónicas, dos teatros, un circo de gallos y paseos amenizados con música⁴².

También el autor Pedro Cárdenes Rodríguez⁴³ menciona en su obra, *Peleas de Gallos*, que “en el año 1856 o antes, la casa de gallos estaba situada en el número 5 de la calle donde hoy se encuentra la Casa de Colón”; mientras que las peleas “se celebraban en un local del ‘Callejón de San Francisco’”. Así, y gracias a las contribuciones de ambos autores, se confirma que tanto al principios del siglo XIX como a mediados las riñas de gallos estaban muy presentes en la sociedad capitalina.

Con anterioridad a estas fechas también existían riñas de gallos en Gran Canaria y las restantes islas del archipiélago canario, como comenta seguidamente Cárdenes en la obra arriba citada, pero no se caracterizaban por ser un espectáculo totalmente público. En ese entonces las riñas se celebraban en los patios (o incluso en el interior de las casas) de las familias pudientes y para un número de espectadores limitado. Al respecto tenemos una descripción de las riñas en época feudal del historiador Tresguerras citada por el autor:

Una habitación lujosamente alhajada; en forma de círculo descansaba en el pavimento una especie de taza de madera de dos metros de diámetro, con sus caras internas forradas de rica tela roja; la rodeaban series de sillas en círculos concéntricos. Ocupaba estos asientos lo más linajudo de la nobleza feudal; siervos de los grandes amos soltaban en aquel anillo los gallos combatientes; acometíanse estos con salvaje fuerza; a cada acometida surgían mil exclamaciones de entusiasmo y traducíanse en mutuas apuestas⁴⁴.

Pasados los años en los que tenían lugar estas “riñas privadas” y durante el periodo de esplendor alcanzado en la isla por algunos terratenientes gracias al cultivo y exportación de la cochinilla en la década de 1860, tanto ellos, los canarios acaudalados, como los obreros asistían a las peleas que se celebraban en el local del callejón de San Francisco

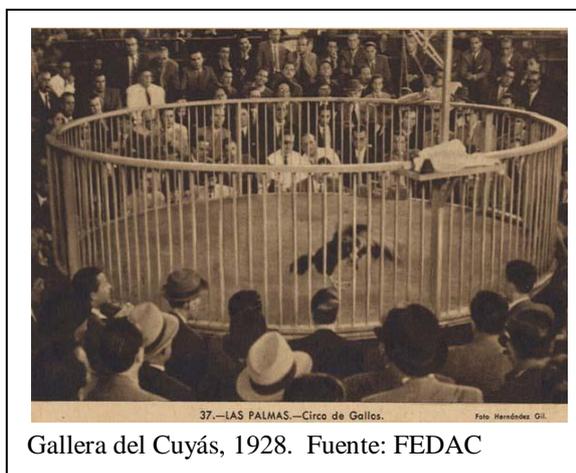
⁴² *Ibíd.*, p. 170.

⁴³ Pedro Cárdenes Rodríguez (1987). *Peleas de gallos*, Las Palmas de Gran Canaria: Edirca, p. 111.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 111.

y “se sentaban juntos para discutir las alternativas de las riñas y la calidad de los gallos combatientes”⁴⁵. Este tipo de convivencia entre clases no se daba en ninguna otra actividad de las que disfrutaban ociosamente los isleños y continuó presente durante el siglo XX.

Una vez desaparecida la gallera del callejón de San Francisco se construyó una en el número 15 de la calle Santa Bárbara, también en Vegueta. El recinto se utilizó hasta 1899, fecha en la que se inauguró la gallera del Circo Cuyás. Hasta 1906 las riñas se celebraron en la gallera del circo, que ofrecía “la comodidad adecuada para presenciar el espectáculo”⁴⁶, llenándose las gradas cada domingo a las doce en punto de la mañana.



Gallera del Cuyás, 1928. Fuente: FEDAC

En 1907, tras un año sin gallera en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, se finalizó la construcción de una nueva gallera de madera con capacidad para mil personas construida sobre un talud (que permitiera ver las riñas desde cualquier asiento) en la calle de Bravo Murillo, en el actual emplazamiento del Palacio del Cabildo Insular.

Ya en 1932, derribado el circo gallera de Bravo Murillo y habiendo levantado en dicho solar el edificio actual del Cabildo Insular, se construye e inaugura la que fue clasificada como la mejor gallera de España, denominada ‘Circo Gallera Cuyás’, en la calle Viera y Clavijo 17. La gallera tenía capacidad para 1.500 personas y fue diseñada por el hermano del gran pintor Néstor, Miguel Martín Fernández de la Torre. El estudioso Pérez Corrales también calificó la gallera del Circo Cuyás como “el mejor escenario gallístico que ha habido nunca”⁴⁷.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 113.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 120.

⁴⁷ Antonio Henríquez Jiménez (2006). “De gallos con Alfonso Canella” [en línea] disponible en: Bienmesabe, Revista Digital de Cultura Popular Canaria en <http://www.bienmesabe.org/noticia.php?id=12098> [consultado el 12 de enero de 2009]

De esa época habló José Plácido Suárez. Al preguntar al Sr. Plácido si él frecuentaba las riñas de gallos en el Cuyás, este responde:

Sí, claro. Yo dejé los gallos, porque le he dado a todo, cuando me casé. Una vez que me fui a Telde lo dejé. Yo iba con un grupo de gente de allí, gente mayor para la edad que yo tenía. Con ellos iba y apostábamos: “¡20 al colorao!”. Era al mediodía, los domingos. Y el boxeo los sábados por la noche⁴⁸.

Posteriormente, y una vez cerrada y derribada la gallera del Circo Cuyás en 1966, las riñas se celebraron en los lugares más diversos al mismo tiempo que se daba una intensa búsqueda para encontrar un emplazamiento adecuado para construir un nuevo circo gallera para la ciudad. “*Se improvisaron galleras e incluso se utilizaron sótanos de casonas de la ciudad de Arucas para no interrumpir unas costumbres tan arraigadas en nuestra isla*”⁴⁹. Sin embargo, y por falta de acuerdo entre los distintos partidos a la hora de aceptar una buena oferta de cesión de terrenos del Ayuntamiento, los aficionados a las riñas se vieron obligados a la peregrinación desde 1967 hasta 1979: el Campo de España, un circo, un frontón e incluso locales anexos a las iglesias de Santa Teresita y San Pablo sirvieron como galleras provisionales. En 1979, finalmente, se inaugura el recinto al aire libre para la celebración de riñas y luchadas del complejo polideportivo Municipal López Socas, en el barrio de Escaleritas, donde se celebran riñas y luchadas hasta nuestros días⁵⁰.

Dos partidos destacaron sobre todos los demás en el panorama de riñas de gallos de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria: el llamado histórico partido de San José, con su casa de gallos en este populoso barrio, que hizo su debut en 1863, y el partido de Triana, fundado en la temporada de 1919. Otro partido que también fue relevante de los nacidos en la ciudad fue el de Vegueta, que debutó en 1931. En los años setenta, cuando la afición a los gallos pasó por uno de sus peores momentos a raíz de la falta de locales donde celebrar las riñas, los partidos de San José y de Triana se fusionan bajo el nombre de partido de Las Palmas.

⁴⁸ José Plácido Suárez, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁹ Pedro Cárdenes Rodríguez, *op. cit.*, p. 167.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 168-171.

La cría de gallos para pelea a principios de siglo XX era una actividad reservada a los señores de las clases acomodadas. Hacía falta disponer no sólo de dinero para la cría, cuidado y entrenamiento del gallo, al que se le dedicaban todo tipo de atenciones, sino que también era necesario disponer de amplios terrenos; los gallos son muy territoriales, y de no tener cada uno de una amplia parcela se corre el riesgo seguro de que se ataquen. De la popularización de la cría de gallos de pelea habla el cronista experto en la materia Asdrúbal Bethencourt, más conocido por el seudónimo “Pica y Bate”, en un artículo publicado en el periódico El Día en 1989:

Si bien a principios de siglo la cría de gallos se la tenía reservada un grupo muy reducido de agricultores, en la actualidad el número de casteadores es muy elevado y cualquier muchacho con escasos medios económicos lleva a su partido un reducido, pero buen plantel de gallos.

Entendamos como “casteador” a la persona encargada de preparar y cruzar gallos de pelea, que a principios de siglo XX era una labor realizada por hombres contratados por los “señores” de Vegueta (los patrocinadores) que poseían grandes fincas en distintas zonas de la isla.

De entre todas las razas de gallos de pelea criados en las islas destacaremos la llamada raza de “gallo inglés”. El origen de esta raza se debe a los británicos. Según el ya citado autor Pedro Cárdenes: “(...) fueron los británicos los primeros en obtener este cruce de gallos malayos”⁵¹. Esta raza, cruce entre la pequeña y aplomada gallina británica y el corpulento y fiero gallo malayo proliferó en Gran Canaria por ser muy superior a la raza local, llamada “de la tierra”.

Sobre la preparación de los gallos y el desarrollo de los “domingos casados” (domingos de riña) habla Cardona Sosa⁵². Los domingos casados comienzan, en la actualidad, el primer domingo de febrero y terminan el último de mayo. Antiguamente los domingos casados eran de tres a cinco y en marzo o abril, el mejor momento para que los gallos se

⁵¹ Pedro Cárdenes Rodríguez, en el artículo “Las peleas de gallos en Canarias”, disponible en el Diario Las Palmas de 3 de febrero de 1982 [en línea] en Jable, Archivo de Prensa Digital de la ULPGC disponible en: <http://jable.ulpgc.es/jable/>

⁵²

pongan en celo, pero por cuestiones de supervivencia de las Casas de Gallos los domingos de compromiso se extendieron hasta llegar a diecisiete. Antes, en el mes diciembre, se da la recogida de animales por las distintas Casas de Gallos y se les descresta y desparasita, además de atusar las plumas de los animales recogidos.

Cabe mencionar que antiguamente, de entre las Casas de Gallos de más renombre de la ciudad encontrábamos dos, las de los arriba mencionados partidos de San José y Triana. También se destaca, en la obra de Cardona, “la casada”, que una vez comienza la época de encuentros se da cada viernes: “*cada gallero lleva a un lugar convenido una lista con siete pesos que deberán diferenciarse en una sola onza (...) con los pesos que han correspondido se entregan las listas poniendo el color del gallo, el nombre del propietario, el del casteador y el número de peleas hecho en la temporada anterior*”⁵³. El arreglo de las espuelas, que son postizas, se realiza el mismo día de la pelea, que normalmente empieza a las doce de la mañana.

A menudo, para defenderse de las críticas que tildan a este deporte de sangriento alegando maltrato hacia los animales, destacan los criadores de gallos las condiciones en las que viven estos animales durante todo el año hasta que llega la temporada de riñas. Los gallos viven en Gran Canaria en fincas y al aire libre, no en jaulones como se cría en Andalucía. El animal dispone de un terreno amplio en el que recibe entrenamiento diario por parte del casteador y masajes después de cada entrenamiento. Además, también tiene a su disposición un gallinero repleto de gallinas para el apareamiento. Se alimenta de los gusanos que encuentra en sus lindes, alimento que prefiere al grano, y durante la época de riñas se le proporciona un amasijo de gofio, almendras molidas, hígado de vaca fresco, carbón vegetal, azúcar morena, huevos duros y plátanos. La desparasitación y atusado de las plumas son también aspectos elementales a los que se presta mucha atención una vez se trasladan los gallos a sus Casas respectivas⁵⁴.

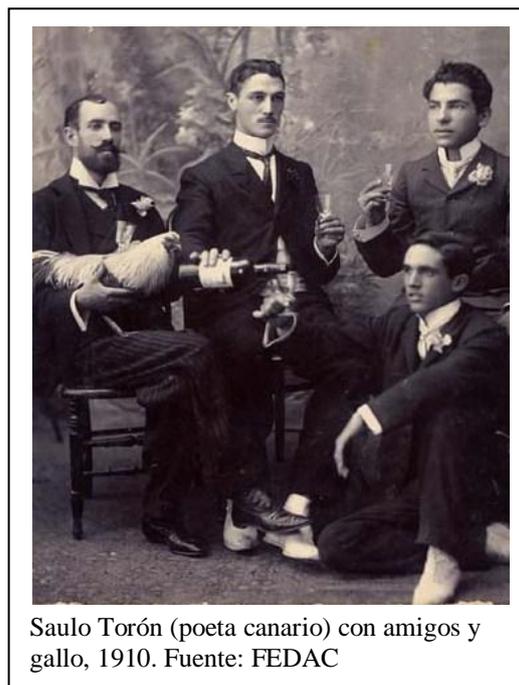
Al igual que en otros espectáculos deportivos, y como señala Francisco González Díaz en el ya citado artículo “Las riñas de gallos” es un hecho compartido el creer que: “Las

⁵³ Antonio Cardona Sosa, *op. cit.*, p. 304.

⁵⁴ Pedro Cárdenes Rodríguez (1987), *op. cit.*, pp. 178-181.

riñas de gallos perderían la mayor parte de su interés si se dejara de llevar apuestas”, siendo las apuestas una parte fundamental de este deporte. Ya en 1859, año en el que se celebraban las riñas en el local del callejón de San Francisco, se fijaron en una ocasión las apuestas en “50 duros a cada riña y 300 a la ventaja general”⁵⁵, cantidades realmente importantes para la época. También en el recinto de Santa Bárbara, utilizado hasta 1899, “se jugaba mucho dinero en las apuestas a los gallos contendientes”⁵⁶.

A la hora de realizar las apuestas, los animales se identificaban por su color. Los colores más comunes y el término utilizado para identificarlos por los apostadores eran los siguientes: colorados (plumaje rojo y marrón), giros (plumaje blanco que puede ir a tonos amarillos y dorados), melados (de color miel), canabuey (blanco con manchas meladas) y blancos. Tal y como recordó el Sr. Plácido, que asistió a las riñas de gallos celebradas en la histórica segunda gallera del Circo Cuyás, a la hora de apostar los asistentes a las riñas levantaban el brazo y en



Saulo Torón (poeta canario) con amigos y gallo, 1910. Fuente: FEDAC

voz alta lanzaban un: “¡20 al colorao!”⁵⁷. Finalizada la riña, el perdedor se levantaba y se dirigía hacia el vencedor para saldar el pago de la apuesta.

En la actualidad, y como se puede leer en el artículo “Rechazo de los políticos a las peleas de gallos pero no abolición”: “*Canarias es una de las dos regiones de Europa, además de Andalucía, en la que sigue siendo legal la celebración de peleas de gallos*”⁵⁸. Aunque la Ley Autonómica Canaria 8/1991 señala que se prohíbe la

⁵⁵ *Ibíd.*, p.111.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 119.

⁵⁷ José Plácido Suárez, *op. cit.*, p.21.

⁵⁸ N. Pérez y D. Millet, artículo “Rechazo de los políticos a las peleas de gallos pero no abolición” [en línea] publicado en el periódico digital La Opinión, disponible en: <http://www.lapinion.es/tenerife/2010/07/31/políticos-rechazan-peleas-de-gallos> [consultado el 31 de junio de 2010]

utilización de animales en peleas, fiestas, espectáculos y otras actividades que conlleven maltrato, crueldad o sufrimiento, se hace una excepción con aquellas peleas de gallos que se circunscriben a los lugares donde hay tradición. El Gobierno Regional legalizó la actividad en 1991 con varios condicionantes, además de que se pudiera celebrar las riñas tan solo en lugares con solera, la imposibilidad de ayudas públicas o la prohibición para que accedan menores de 16 años a los recintos. Sin embargo, y tal como podemos leer al final del citado artículo, en 2010 las instalaciones en las que se celebran estos espectáculos, con aforos no menores a 200 personas, se llenan, y hay cerca de 9.000 personas directamente vinculadas a galleras y asociaciones en toda Canarias.

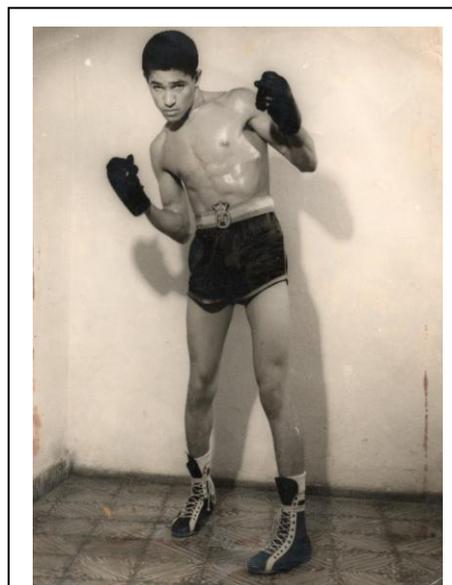
El boxeo

El boxeo fue otro de los espectáculos deportivos que despertaron pasiones a mediados del siglo XX. El proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad tuvo el privilegio de contar, entre sus informantes, con el púgil y quinto excampeón de España natural de Gran Canaria Miguel Ángel Calderín Liria, más conocido entre los aficionados de este deporte como “Kimbo”.

A continuación, se comparten las vivencias de este púgil canario haciendo un recorrido por su trayectoria como aficionado, como amateur y como profesional, y se sacan a la luz los recuerdos

que Kimbo compartió con el proyecto sobre el ambiente que se vivía en una noche de pelea en el Circo Cuyás, principal escenario de este tipo de espectáculo en la capital grancanaria.

Miguel Ángel Calderín Liria empezó a boxear a la edad de 15 años en combates extraoficiales en las fiestas de los pueblos, en los que era costumbre que los asistentes



Miguel Calderín Liria (Kimbo) preparado para el boxeo profesional. Debutó en el Cuyás en 1858.

hicieran pequeñas apuestas. El boxeador comentó lo siguiente sobre sus principios en el deporte:

MC: [Ríe] ¡Los primeros combates que yo hice los hice en la calle! [Ríen]

CP: Y, además, me dijo que se celebraban en las fiestas de los pueblos.

MC: Sí. Ahí estaba Montaña, un ex-boxeador, que elegía a un par de chiquillos de los que él entrenaba en el colegio del ABU, y nos llevaba a las fiestas para que nos pusiéramos los guantes. Allí nos daban dos o tres perras, ¡y en fin!

CP: Era costumbre, entonces, celebrar combates en las fiestas de los pueblos.

MC: Sí. Íbamos a Valsequillo, al Sur a Tirajana, a donde nos llamaran. En las fiestas se organizaban siempre un par de combatillos, a la gente le gustaba mucho el boxeo. No había ring de boxeo, ¡era en el tabladillo de la música! [Ríe]

CP: Eso es lo que me habían dicho, ¡que donde tocaban los músicos allí mismo boxeaban! [Ríen]

MC: Sí. En el tabladillo de la música y, a veces, en la misma plaza, que había más espacio. La gente se entusiasmaba, realmente le gustaba.

CP: ¿Y la gente del pueblo apostaba en esos combates?

MC: Había algo, pero cantidades pequeñas. Lo pasábamos bien⁵⁹.

Kimbo debutó en 1953 en la gallera del Circo Cuyás, que en aquel entonces también contaba con un cine, edificio ubicado (como lo está en la actualidad) en la calle Viera y Clavijo, en el barrio de Triana, aunque la gallera se perdiera hace mucho; hoy encontramos en su lugar el Teatro Cuyás.

Al recordar el ambiente vivido esa noche de debut don Miguel compartió las siguientes palabras:

MC: ¡Aquello era una maravilla! ¡Entrabas a la gallera y parecía que estabas entrando en Hollywood!

CP: ¿De la gente y la ovación que recibía?

⁵⁹ Miguel Calderín Liria en la entrevista: ¡Kimbo!, un campeón canario en el mundo del boxeo para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 8 de julio de 2009, p. 3

MC: Todo el mundo se ponía de pie y daba gritos de ánimo. Esos fueron buenos ratos.

CP: Tuvo que ser emocionante.

MC: ¡El Cuyás! La calle misma del Cuyás se llenaba de gente.

CP: ¿Viera y Clavijo se llenaba de gente?

MC: ¡Sí! La calle, la entrada, la cafetería, todo se llenaba de gente. ¡Aquello era una maravilla!⁶⁰

Al preguntarle a don Miguel por las apuestas, este exclama que por supuesto que se apostaba, al igual que en las riñas de gallos que allí se celebraban. “*¡Hasta la sombra del gallo estaba apostando!*”, contestó sonriente.

El debut de “Kimbo” en la categoría profesional fue también en el Circo Cuyás, en el año 1958. Respecto a la idoneidad del Circo Cuyás para este tipo de espectáculo el púgil comenta:

MC: A la gente le gustaba ir allí porque aquello era muy acogedor. El recinto era muy acogedor y tenía todo ese graderío, que se alzaba hacia arriba. Veías a uno en lo alto con una bandera, al otro moviendo los brazos, animando, la verdad es que había ambiente, allí. ¡Sólo entrar en el ring parecía que todo el mundo se te echaba arriba!⁶¹

Queda constancia de que el boxeo levantaba pasiones entre los isleños capitalinos a mediados del siglo XX. Aunque en la actualidad la situación sea bien distinta, en la ausencia de afición y combates, “Kimbo”, cuyo apodo fue tomado prestado de aquella película, Los Peligros de Nyoca, en la que uno de sus protagonistas “era igual que él o él era igual que el protagonista”, por usar las palabras del



Kid Tano felicitando a Kimbo tras victoria nacional en la categoría peso Pluma, 1963 en el Estadio Insular. Fuente: M.C.L.

⁶⁰Ibídem, p. 4.

⁶¹ Ibídem, p. 7

entrevistado, nos ha acercado, breve pero intensamente, a lo que fue ese mundo del boxeo, con su afición, en Las Palmas de Gran Canaria.

La vela latina



Pega de vela latina frente a Vegueta (al fondo la catedral), 1935. Fuente: FEDAC

La vela latina se manifestó oficialmente como deporte en Las Palmas de Gran Canaria en 1904, año en el que se celebró la primera regata oficial con un recorrido que abarcó “*desde La Puntilla al viejo y desaparecido muelle de Las Palmas con retorno al Castillo de San Cristóbal*”⁶². Una versión más detallada del recorrido actual

(que es prácticamente igual a ese primer recorrido) es la descrita en *Los Juegos y Deportes Tradicionales de Canarias*: “La línea de Salida se sitúa en la Mar Fea, junto a la Potabilizadora de Las Palmas de Gran Canaria, en las inmediaciones del antiguo Túnel de La Laja. El recorrido sigue frente a puntos del litoral como La Laja, Cardoso, Castillo de San Cristóbal, Las Cañas, Muelle de Las Palmas y Cidelmar, hasta concluir en las aguas de la bahía, en la mitad norte del muelle Deportivo”⁶³.

La gran superficie del velamen de estos botes hace que estas embarcaciones puedan navegar únicamente en el recorrido señalado y con unas condiciones de viento y mar específicas.

Una de las claves del éxito de esta modalidad de vela como deporte en Las Palmas de Gran Canaria es la posibilidad que ofrece la costa de la ciudad para que los miles de

⁶² Antonio Cardona Sosa, *op.cit.*, p. 82.

⁶³ José Hernández Moreno, Ulises Castro Núñez y Vicente Navarro Adelantado (2001). *Los juegos y deportes tradicionales de Canarias*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife: Litografía Romero, p. 271.

aficionados sigan a los botes “*en el tiempo que dura la competición, invadiendo el litoral desde la Mar Fea en La Laja hasta Las Alcaravaneras, (...) marcan el paso desde tierra en un recorrido, a pie o en cualquier clase de vehículos más allá de la docena de kilómetros, (...) apasionados por las maniobras que continuamente se ven obligados a realizar los patrones (...)*”⁶⁴. En el seguimiento de las regatas encontrábamos también, antiguamente, la realización de gran cantidad de apuestas, algunas de coche a coche y otras entre los asistentes que contemplaban y seguían las regatas a pie. Fuera el que fuera el medio de transporte utilizado para disfrutar del espectáculo, y al igual que sucedía en las apuestas de las riñas de gallos, el perdedor buscaba al ganador para saldar su deuda una vez finalizada la carrera.

Con anterioridad a las regatas oficiales se daban “regatías” y desafíos espontáneos, los cuales siguieron celebrándose, conjuntamente con las regatas oficiales, hasta los años setenta⁶⁵.

La práctica del deporte de la vela latina en Gran Canaria decayó durante y tras la guerra civil española, años en los que los practicantes del deporte “se refugiaron en asociaciones populares de ámbito local muy vinculadas a los barrios portuarios”.⁶⁶ Finalmente, resurge la actividad en las últimas décadas del siglo XX, resurgimiento que perdura hasta la actualidad.

Junto a este centenario papel de la vela latina dentro del deporte se recuerda que hasta la aparición de las embarcaciones a motor el uso de la vela latina destacaba, principalmente, dentro de la actividad laboral.

En los siglos XVIII y XIX la vela latina se utilizaba en Canarias, como en muchas otras partes del mundo, en embarcaciones pequeñas (de entre 4 y 15 metros) para uso litoral y costero dedicadas a la pesca, la carga o el cabotaje. Estas eran embarcaciones “que

⁶⁴ *Ibíd*em, p. 86.

⁶⁵ Alejandro Buenafuente Rodríguez, (2001). *La vela latina canaria*. Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife: Litografía Romero, pp. 15-16.

⁶⁶ *Ibíd*em, p. 15.

tenían al necesidad de arbolar (izar velamen) y desarbolar muy a menudo, para utilizar el remo y dejar sitio a las maniobras de carga”⁶⁷.

En el archipiélago, la actividad en la que más se ha conservado el uso de la vela latina es la pesca litoral. Hasta la llegada de los motores de gasolina, en la década de los sesenta, el uso de la vela latina era habitual y obligado en las embarcaciones pesqueras.



Grupo de aficionados a la vela latina, 1940.
Fuente: FEDAC

En el caso de Las Palmas de Gran Canaria, la vela latina también fue muy utilizada para “la visita” a los barcos fondeados en el Puerto de la Luz. Los “*botes, lanchas y falúas*”⁶⁸ sólo desplegaban las velas cuando el lugar de fondeo estaba lejos, aunque por lo general costaba menos arribar a la embarcación a remo. Las visitas podían tener diversas razones: salvar las tres

millas de navegación que separaban la antigua ciudad, Vegueta y Triana, del puerto refugio; contratar carga o pasaje o la visita del práctico o de autoridades o el comercio.

Ahondaremos en este último punto ya que el “libre comercio” con los barcos fondeados dio lugar a una figura aún recordada por aquellos que hicieron uso de sus servicios: el “cambullonero”. El cambullonero trabajaba en el “cambullón”, como se denominaba a esta actividad de libre comercio, vocablo resultado de la adaptación fonética local del inglés: “*Can buy on?*” (¿Puedo comprar a bordo?), la expresión que utilizaban nuestros oportunistas marineros para saludar a los de abordó⁶⁹. Otros autores barajan que la expresión utilizada era otra, aunque muy similar: “*Come buy on*” (Vengan a comprar a bordo).⁷⁰ Fueran los locales o los tripulantes de los barcos extranjeros los que invitaban al otro a comerciar, en lo que sí parecen estar de acuerdo los autores es que la expresión

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 51.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 55.

⁶⁹ José A. Alemán (1991). *Guía de Vegueta y Triana*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones Municipales, p. 6.

⁷⁰ Antonio Cardona Sosa, *op.cit.*, p. 79.

anglosajona dio lugar, tras su adaptación fonética, a la palabra utilizada hoy para denominar a estos peculiares comerciantes.

El contrabando ligado al oficio del cambullonero surgió a raíz de la crisis económica existente durante la posguerra y la consecuente carencia de alimentos que obligaba a recurrir al trueque de mercancías con los barcos extranjeros. Los cambulloneros intercambiaban las preciadas mercancías (galletas, chocolates, pastillas de jabón, medias de nylon y penicilina entre muchas otras) por canarios de El Monte, pájaros muy cotizados entonces, u otros productos locales, como frutas o verduras, y después revendían la mercancía tanto a particulares como a comerciantes locales.



Cambulloneros subiendo a un barco y mostrando mercancía, 1930. Fuente: FEDAC

El cambullón tuvo una notoria repercusión económica entre las clases trabajadoras de muchos barrios de la capital en unos años en los que la población se encontraba desabastecida, y cuando ganarse la vida era un trabajo harto difícil. *“Con el crecimiento del Puerto de la Luz en el último cuarto del siglo XIX y su conversión en puerto de servicios para el tráfico internacional se llegaron a acumular al menos un centenar de botes dedicados a esta faena (...).”*⁷¹ Además, la competitividad entre los cambulloneros era extrema, sobre todo *“entre los llamados ‘bombistas’, el cambullonero a quien el capitán del buque autorizaba a servir a la tripulación de todo lo necesario menos bebidas alcohólicas, pues era el primero en acercarse a la borda el que tenía el derecho exclusivo de realizar intercambios”*⁷².

Aunque la figura del cambullonero fue desapareciendo gradualmente de nuestro puerto a medida que avanzaba el siglo XX, muchos, entre ellos el autor Leandro Perdomo,

⁷¹ Alejandro Buenafuente Rodríguez, *op. cit.*, p. 55.

⁷² Antonio Cardona Sosa, *op. cit.*, p. 80.

cuyo relato “Los cambulloneros” es uno de los integrantes de la obra *Las Palmas de Gran Canaria, Memorias de la Ciudad*, consideran que los cambulloneros:

(...) constituyen lo más típico del Puerto de Luz, y reclaman una estimación adecuada, justa, para los cambulloneros; (...) los cambulloneros son substancia, meollo del Puerto. (...). El Puerto sin sus cambulloneros pierde expresión, arte, vida; no sería el Puerto⁷³.

El fútbol

A continuación, y haciendo uso de la muy completa obra sobre los inicios del fútbol en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria *Etnografía del Fútbol Canario*, de Javier Domínguez García⁷⁴, se expone la llegada y asentamiento de este deporte en la isla de Gran Canaria a manos de la colonia británica aquí asentada, como ocurrió con muchos otros deportes como el tenis o el golf.

El fútbol moderno nació en la localidad de Rugby, en las Islas Británicas, adoptando inicialmente el deporte el nombre de dicha localidad. Eran los tiempos de la Revolución Industrial, lo que permitió a la población inglesa disfrutar de gran cantidad de tiempo libre para dedicar al ocio, algo inexistente hasta la época, que a su vez suscitó el surgimiento de distintos deportes entre los que encontramos, además de los anteriormente mencionados, el cricket y el golf. Las Palmas de Gran Canaria fue pionera en España en este último deporte al contar con el primer campo de golf del país, ubicado para disfrute de los turistas británicos en el barrio capitalino de Escaleritas, desde 1891.

Canarias se incorporó a la fiebre futbolística al mismo tiempo que otros puertos europeos, cuando tras la invención de los navíos a motor se da una revolución en el transporte marítimo. Las compañías navieras extranjeras se vieron obligadas a buscar

⁷³ Lázaro Santana (1999). *Las Palmas de Gran Canaria, Memorias de la Ciudad*, Servicio Insular de Cultura, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones el Umbral, p. 193.

⁷⁴ Javier Domínguez García (2001). *Etnografía del Fútbol Canario*, Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario.

lugares donde establecer puntos de avituallamiento para el suministro de carbón necesario para esos barcos. Las islas, gracias a su posición geo-estratégica, se convirtieron desde entonces en un enclave de gran importancia para el suministro de combustible.

Paralelamente a la revolución marítima se construye en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria el Puerto Refugio de La Luz, una obra proyectada inicialmente por el ingeniero local Juan León y Castillo y adjudicada, años más tarde, a la firma Swanston & Company, de nacionalidad inglesa, siguiendo el proyecto inicial.

Fue en este contexto en el que los marineros británicos propagaron el deporte por todas aquellas localidades en cuyos puertos la flota británica tenía parada obligada. Además del contacto con los marineros británicos, también el entusiasmo de los muchos estudiantes isleños que habían cruzado el Canal de la Mancha para mejorar su formación contribuyó al asentamiento de este deporte en la isla. En Canarias, nos dice Domínguez García, el deporte encontró *“el terreno abonado, pues el flemático ‘mister’ era quien predicaba con el ejemplo, amparado en el poder que ejercía en la sociedad insular de entonces”*⁷⁵.

Los primeros equipos o *“teams”*, recordemos que en principio se procedió a la adopción de muchos de los términos anglosajones utilizados en este deporte, se formaron entre los trabajadores de las compañías navieras y la empresa del cable y entre los miembros de la colonia británica. El Sr. Swanston, concesionario de las obras del Puerto de La Luz, fue promotor de uno de los primeros equipos de la colonia inglesa, el Las Palmas Football Club⁷⁶. Otros equipos pioneros en Gran Canaria fueron el Grand Canary Football Club y el British Club.

⁷⁵ Javier Domínguez García, *op. cit.*, p. 14.

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 12.



Equipo de fútbol de El Marino, 1940. Fuente: FEDAC

Durante esos primeros años del fútbol en Gran Canaria no se celebraron partidos oficiales, sino partidas espontáneas a menudo en campos ubicados en los arenales aún existentes entre Vegueta y la nueva zona de expansión de la ciudad, en el Puerto. El primer partido del que se tiene referencia documental es aquel que se disputó el 10 de febrero de 1894 en el que

se enfrentaron el Gran Canary Football Club, formado por súbditos británicos y muchachos canarios, contra el Puerto de La Luz. Un poco después, en 1905, nace el equipo del Marino F.C. en Las Palmas (entonces los ciudadanos consideraban que el conjunto Vegueta-Triana era Las Palmas de Gran Canaria, zona que se diferenciaba del Puerto), y los equipos Artesano (formado mayoritariamente por artesanos de profesión) en 1909 y Sporting Club Victoria (en honor a la reina Victoria) en 1910 en el Puerto de La Luz⁷⁷. La rivalidad entre el Puerto y Las Palmas vino representada, desde muy temprano, por tanto por los equipos del Marino y el Victoria como resultado de las “diferencias” entre los súbditos británicos asentados en la ciudad: a las familias que llevaban años residiendo en las islas se les oponían los que se asentaron en el emergente núcleo urbano, resultado de la construcción del Puerto de La Luz⁷⁸.

Entre los canarios que se destaca como promotores del deporte a principios del siglo XX en Gran Canaria está José Gonçalves García, quien realizó sus estudios en Newcastle y trajo del país anglosajón los reglamentos y demás equipamiento del juego. También aportó el primer equipaje del que haría uso el Victoria, equipo que desde entonces adoptó los colores albinegros del equipo de Newcastle.

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 19-23.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 40.

Los primeros campos de fútbol fueron el conocido como Campo de los Británicos, en el lugar donde aún hoy podemos encontrar la sede del Bristish Club, y la explanada del rompeolas del Muelle Grande. En la zona de Triana podíamos encontrar el campo conocido como El Picadero, ubicado en unos terrenos próximos al Circo Cuyás. El primer campo amurallado fue el del Sagrado Corazón, en el barrio de los Arenales,



Amigos con balón, 1940. Fuente: FEDAC

inaugurado en 1914 y que permitió a los clubs empezar a ingresar dinero por las entradas. Entre los años veinte y cuarenta, el campo que destacó entre todos los demás fue el Campo España, aunque a partir de esa fecha diferencias de opiniones entre los dueños de la sociedad hicieron que se pasara de la actividad futbolística a otros deportes como la lucha canaria y corridas de toros⁷⁹.

Estos fueron tiempos en los que el deporte era practicado por pura afición. Los jugadores, ataviados con su equipaje, se paseaban desde primeras horas de la mañana por las calles para reclamar a los ciudadanos su asistencia, por la que no se cobraba dinero alguno, y los espectadores debían traer su propio asiento.

Durante los años veinte y treinta las canteras capitalinas dieron jugadores reconocidos a nivel nacional, cuya destreza se basaba, en parte, por a menudo practicar en los campos de los arenales. Tras años difíciles para los clubs de la ciudad durante y tras la guerra civil española, cinco clubs: Real Club Victoria, Marino C.F., Club Deportivo Gran Canaria, Atlético Club y Arenas Club se fusionaron para formar la Unión Deportiva Las Palmas, el equipo grancanario por excelencia hasta nuestros días.

A nivel no profesional el deporte del fútbol era practicado por niños y jóvenes en cualquier explanada que se prestara a ello. El informante José Plácido Suárez, quien colaboró con el proyecto Redescubre tu Ciudad, como mencionamos anteriormente,

⁷⁹ *Ibidem*, p. 30.

compartió con el proyecto recuerdos sobre este deporte, siendo el principal que estaba prohibido jugar al fútbol prácticamente en todas las plazas y parques:

JP: ¡Es que al fútbol no se podía jugar en ningún sitio! Prohibido.

CP: ¿Y cómo hacían para jugar al fútbol?

JP: Pues íbamos a un solar que estaba por el cementerio, que hoy está edificado.

CP: ¿A dónde iban a entrenar los niños con Antoñito “el Queque”, que también tenía un carrito? [Referencia a un vendedor y su carrito de chucherías que se situaba frente al Torrecine, en Vegueta]

JP: Hubo un Antoñito el Queque, que tenía un carrito, exactamente, que vivía en San José y entrenaba allí, en el cementerio⁸⁰.

Seguidamente, don José comentó que el “campo oficial” para que los jóvenes jugaran al fútbol era el cauce seco del barranco Guiniguada:

JP: ¿Tienes fotos del barranco? Bueno, aquí tenemos una [Señala a la fotografía que aparece en el dossier sobre el proyecto que se le entrega a los informantes antes de la entrevista]. Aquí estaba El Suizo, primero El Suizo y después El Polo [Señala al puente de López Botas en la fotografía], estaba el Deportivo, y había un puesto de flores, también. Y por aquí, por encima del puente de Piedra, que es este de aquí, y que fue de piedra en un momento dado, después ya no, aquí había, incluso, un campo de fútbol. Los niños jugaban al fútbol aquí.

CP: ¿Debajo del puente?

JP: Sí. Había un campo de fútbol y los infantiles jugaban allí⁸¹.

Óscar Gutiérrez Ojeda, también recordó para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad los entrenamientos en el campo que se improvisaban en la calle de tierra colindante al cementerio para los más pequeños:

OG: (...) En esa calle a todo el mundo le daba miedo a entrar. A los chiquillos nos daba no sé qué entrar porque estaba el cementerio. Además, siempre había

⁸⁰ José Plácido Suárez, *op. cit.*, p. 24.

⁸¹ *Ibidem*, p. 26.

algún gracioso, más grande que nosotros, que decía que había estado no sé quién por allí, y que se había abierto una tumba, y que se había visto no sé que... Y a los chiquillos se nos ponían los pelos de punta, como es lógico. Entonces, no entrábamos ni amarrados. Pero, un tal Antoñito el Queque, un personaje...

CP: ¿El que les entrenaba a ustedes al fútbol?

OG: Exacto, en esta calle.

CP: ¿En esa misma calle?

OG: Íbamos allí porque la calle estaba completamente vacía, no había un alma. No había más casas, además. Por aquí era todo plataneras, aquí estaba el cementerio y aquí seguía otro tramo de plataneras. Allí es donde entrenábamos con el equipo de fútbol que teníamos nosotros, que se llamaba el Nivaria. Las voces de mando del entrenador, de Antoñito, eran: “¡Empeníquese! ¡Desempeníquese!”. [Ríen]

CP: Sí. Un entrenador muy atípico. ¿Y no les daba miedo entrenar allí?

OG: No, porque estaba Antoñito.

CP: Vale. Así que si iban con el entrenador no había problema.

OG: No, con él no había problema. Nosotros nos poníamos todos aquí arriba hasta que llegara Antoñito, y entonces bajábamos a la calle.

CP: Y después entrenaban.

OG: Sí, sí. Porque además, sólo había un par de farolas, nada más, y no alumbraban nada. ¡Aquello estaba más oscuro que el demonio!

CP: ¿Y entrenaban de noche?

OG: Porque es que Antoñito de día no podía. Él era el que tenía el carrillo frente al Torrecine. Entonces, cuando había alguna tarde que él entendía que la película estaba repetida y no iba a ir nadie al Torrecine, no llevaba el carrillo.

CP: E iba a entrenarles a ustedes.

OG: Eso es. Era un hombre, con un verano que rajaba las piedras, y con su cachorro, su corbata, su chaqueta; no faltaban nunca.

CP: Hiciera el calor que hiciera.

OG: Hiciera el calor que hiciera⁸².

La elaboración de pelotas para jugar al fútbol (y a cualquier deporte que requiriese balón) era del todo necesaria en una época en la que los balones de goma eran,

⁸² Óscar Gutiérrez Ojeda en la entrevista: *Memorias del barrio de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de octubre de 2008, pp. 14-15.

prácticamente, inexistentes. De estos años son las pelotas elaboradas con medias y rellenas de trapos. Mario Viera comentó al respecto lo siguiente:

MV: (...) La pelota era, generalmente, de trapo, ¡el que tenía una pelota de goma era casi un señor! Y de las pelotas de trapo, quienes hacían unas pelotas excepcionales eran los chicos que estaban aquí, en el Colegio de San Antonio, que estaban internados. ¡Hacían unas pelotas tan bien hechas que brincaban cuando las tirábamos al suelo! O bien, las hacíamos nosotros con calcetines, y les metíamos dentro trapos y no sé qué más, y luego las cerrábamos con hilo⁸³.

Las peleas de perros y las peleas de carneros

Se aborda a continuación, y muy brevemente, las peleas de perros y las peleas de carneros, según la información recopilada por Antonio Cardona Sosa⁸⁴, en la que se dedica un capítulo a las peleas de perros y otro a las peleas de carneros.

Las peleas de perros, tal y como confirma Cardona Sosa, fueron comunes en las islas hasta mediados de los años cincuenta, pudiendo encontrarlas como parte del programa oficial de las fiestas populares de las distintas localidades de la isla o celebradas por sí solas cuando los propietarios de los perros de pelea organizaban desafíos entre ellos. Por supuesto, las apuestas eran, en este caso también, uno de los principales alicientes para los espectadores que asistían a estos espectáculos.

En las Islas Canarias la afición era tal que se desarrollaron razas autóctonas destinadas a la lucha. El perro de presa canario, la raza usada principalmente antaño para las peleas, se cría en la actualidad como perro de guarda y compañía.

Las peleas de perros se prohibieron en las islas en 1991, así que de celebrarse alguna es de manera ilegal y clandestina. Sin embargo, y a pesar de la prohibición, la afición a

⁸³ Mario Viera Ortega en la entrevista: *Memorias de la plaza de Santo Domingo* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de febrero de 2009, p. 2.

⁸⁴ Antonio Cardona Sosa, *op. cit.*, pp. 309-319.

estos perros, especialmente al perro de presa canario, “no sólo se ha mantenido sino que se ha incrementado”⁸⁵.

En cuanto a las peleas de carneros, y aunque estas se celebraran en el campo, se considera oportuno incluirlas ya que muchos de los hijos de los señores de Vegueta las guardan en el recuerdo por haber asistido a ellas cuando eran niños en su finca, lugar a donde la familia solía trasladarse para pasar las vacaciones de verano.

Según Cardona Sosa, y a fecha de publicación de 1995, “*las peleas de carneros se dan en todas las islas, por la presencia de ganado ovino en ellas, aunque no en todas se haga actualmente en público*”⁸⁶. Según las averiguaciones del autor, los carneros poseen una agresividad innata que se pone de manifiesto en la época de celo, con la llegada de un nuevo macho a la manada o tras ser los animales trasquilados porque, según los entendidos, los animales no se reconocen sin la lana, algo que también les ocurre a las ovejas.

Lo ideal para la pelea, según los comentarios de ganaderos grancanarios entrevistados por el autor, es que los carneros tengan una sola vuelta de cornamenta. En cuanto al entrenamiento de los carneros de pelea, se destaca, en primer lugar, que estos animales han de estar separados del resto del ganado. Los propietarios de estos animales los incitaban para que fueran a toparlos, para que embistieran contra ellos.

Parece ser, además, que tanto las peleas de perros como las peleas de carneros eran tradicionales como espectáculo telonero o para los intermedios de los encuentros más importantes de lucha canaria, prefiriéndose las peleas de carneros por ser menos sangrientas. De hecho, los espectadores de este tipo de espectáculo insisten en que los animales rara vez morían en combate, siendo la única manera de producirse la muerte del animal que se rompa el cuello “por un golpe mal dado” al colisionar contra su oponente. Los mismos propietarios comentan que al ser estos animales los sementales

⁸⁵ Ídem, p. 340.

⁸⁶ Ídem, p. 310.

de sus manadas, ellos mismos procedían a terminar la pelea separándolos si veían que se estaban dando muy fuerte y había peligro de que se hicieran daño.

LOS ESPACIOS DEL AYER

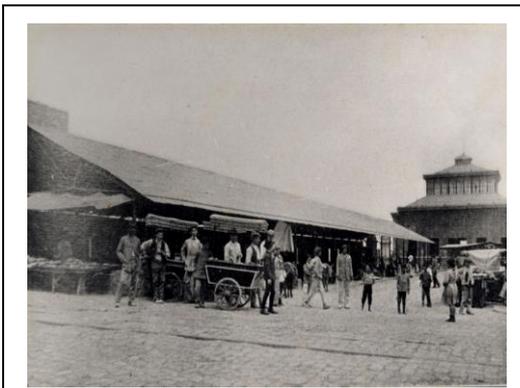


Cuando se habla de espacios del ayer se hace referencia, a continuación, a aquellos lugares que o bien han desaparecido íntegramente para dar lugar a nuevos espacios, como pudiera ser el caso de las pescaderías antaño contiguas al mercado (en cuyo lugar se encuentra hoy un aparcamiento) o de los comercios tradicionales, o a espacios cuyo uso ha decaído con el tiempo, como pudiera ser el caso de las plazas y parques como lugar de juego de los más pequeños.

Se ofrece un recorrido por los espacios perdidos de los barrios primero de Vegueta y después de Triana, sin olvidar un espacio perdido intermedio que ha sido muchas veces calificado como una de las señas de identidad (perdidas) más significativas de la población de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, el tramo del barranco de Guinguada que separaba a estos dos barrios. Triana y Vegueta estaban separados por el barranco pero unidos por sus puentes: el de López Botas y el de Verdugo, y el cauce del Guinguada se abría paso hasta su desembocadura en la zona localmente conocida como “bocabarranco”, donde el barranco muere en el océano Atlántico.

Los espacios del ayer de Vegueta

Los tinglados del Mercado de Vegueta



Tinglados frente al mercado, 1890. Fuente: FEDAC

El Mercado de Las Palmas (conocido como de Vegueta) fue construido por iniciativa pública. Antes de su construcción, hacia 1840, a excepción de algunos edificios religiosos y un número reducido de casas solariegas en Vegueta la ciudad no contaba con ninguna construcción de relevancia que sirviera de centro de reunión social. Eran los años de la desamortización de Mendizábal,

cuando tierras pertenecientes a la Iglesia y sometidas a un uso mínimo, también llamadas “tierras muertas”, fueron confiscadas por el Gobierno que después usó el dinero obtenido de su venta para financiar la construcción de instalaciones de uso

público. El mercado se alza en una de esas parcelas confiscadas a la Iglesia, y una de las calles paralelas al mercado se llama de Mendizábal.

Este enclave no albergó solamente el mercado y las Pescaderías (a la derecha del mercado), también se encontraba aquí el Matadero Municipal (1860), ubicado detrás del mercado y el Puente de López Botas (1862)¹.

Los primeros tinglados, muy rudimentarios, los montaron los agricultores que bajaban del campo para vender su producción en la ciudad. Los artesanos y otros particulares también vendían sus productos delante del mercado; se podía comprar cualquier cosa, desde flores hasta alpargatas. Con el tiempo, esos tinglados rudimentarios se sustituyeron por estructuras de hierro. Los dos primeros puestos oficiales se colocaron delante del mercado y datan de 1875. Pronto siguieron cientos de peticiones al Ayuntamiento para montar nuevos puestos.

Don Alfred Ernst, propietario de la centenaria Joyería Oscar Ernst, ubicada en la calle Mayor de Triana, recuperó del recuerdo, para el proyecto Redescubre tu Ciudad, la visión de esos tinglados frente al mercado:

AE: La gente iba mucho a comprar el día anterior, cuando llegaba la mercancía de los campos ya estaban los puestos por fuera de la plaza, vendiendo papas u otros productos que a veces no se conseguían.

CP: ¿Quién se ponía en esos puestos, fuera del mercado?

AE: Los mismos campesinos, agricultores, que traían su mercancía y ya empezaban a vender, y vendían más barato que dentro del recinto.

CP: Así que tendría, un poco, aspecto de mercado marroquí.

AE: Marroquí no. Sería, hoy en día, como el Mercado de San Mateo. Si el día del sábado era el día de mercado, la gente el viernes por la noche ya estaba allí colocando su mercancía².

¹ A. Sebastián Hernández Gutiérrez (1994). *Arquitectura empresarial e histórica*, Consejería de Industria y Comercio, Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria: Cámara Oficial de Comercio, Industria y navegación, pp. 11-40.

Sin embargo, y a medida que surgieron nuevos formatos de comercio, sobre todo con la aparición de los centros comerciales, esta forma de venta dejó de ser rentable. Los tres últimos puestos eran una tienda de flores, una tienda de reparación de electrodomésticos y una tienda de venta de pájaros, y se hallaban bajo el puente que unía la zona sur de la isla con la ciudad. Estas tres tiendas desaparecieron en 2006 con las obras de demolición del puente, del “scalextric” como lo denominaban los lugareños, que han permitido a ciudadanos y visitantes recuperar el contacto con el mar, un contacto que durante muchos años se vio obstaculizado por un continuo ir y venir de coches entre el Sur y Las Palmas de Gran Canaria.

El Matadero Municipal



Matadero Municipal, 1940. Fuente: FEDAC

El Matadero Municipal, que entró en funcionamiento en 1860, era otro de los puntos clave para el abasto de la población de finales del siglo XIX y principios del XX. El autor Domingo J. Navarro, nos regala en su obra recuerdos de un Noventón unas líneas sobre sus recuerdos de la carnicería, ubicada al final de antaño llamada calle de la Carnicería (hoy

de Mendizábal) y del matadero anexo al establecimiento. Sus palabras nos permiten una aproximación a lo que podía ser un matadero a principios del siglo XX, un lugar donde los gritos de hombres y bestias, el olor a sangre y la insalubridad en forma de moscas y malos olores estaban a la orden del día; al mismo tiempo, las últimas líneas son un recordatorio de la fuerte división que existía entre las distintas clases sociales y de cómo esta división se hallaba presente de manera constante en el quehacer diario:

En el término de la calle de la Carnicería se veía el local de su nombre, donde por la mañana se vendía carne y por la tarde pescado fresco. La Carnicería era poco más que un cobertizo separado del público por una reforzada reja de madera de tea.

² Alfred Ernst y Alfred Ernst Gironés en la entrevista: *Oscar Ernst, más de un siglo de tradición comercial en la calle Mayor de Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 3 de febrero de 2009, p. 18.

En el interior se descubrían fijados en las negras paredes, cubiertas de moscas, varios garfios destinados á colgar las carnes.

Al través de la reja se presenciaba diariamente, el repugnante espectáculo de la matanza, que no es posible describir con todos sus detalles. El fiero aspecto de los carniceros manchados de sangre, con piernas y brazos desnudos, pesada maza en la mano, cuchillo largo y puntiagudo al cinto y afilada hacha al costado (...)

Al sol, á la lluvia y á todas las inclemencias se agrupaba desde muy temprano junto á la reja numeroso pueblo que se cansaba de esperar impaciente y que en vano lo demostraba con su gritería; porque antes que al pueblo era preciso atender à las clases privilegiadas (...)³.

Finalmente, se recuerda una anécdota sobre el matadero y sus vacas narrada por Óscar Gutiérrez Ojeda, economista nacido en y residente del barrio de Vegueta que en los últimos años ha desarrollado su faceta de autor con la publicación de dos libros que giran en torno al costumbrismo canario, *De Cuando Era un Chiquillo* y *La Jarca*, ubicándose sus relatos en el barrio de Vegueta. Cuando durante la entrevista concedida al proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad se habla de los personajes que se podía encontrar en el barrio, uno de los nombres mencionados es el de Alejito. Alejito vivía en un chamizo que él mismo se había construido ubicado en la playa que lindaba con el final del camino que pasaba frente al cementerio, un terreno que con los años se le ganó al mar. Allí, por la voluntad, Alejito daba cobijo “a las niñas que fuman”. Pero además nuestro personaje tenía otras maneras de ganar dinero:

[Alejito] Siempre estaba por la zona del Mercado de Las Palmas, en los cafetines que había ahí, chupando ron, hablando con uno y con el otro. Allí estaba el Matadero Municipal, y cuando llegaban las vacas para matarlas, por lo visto, les llegaba el aroma a sangre y no querían caminar. Alejito le hablaba a las vacas al oído, en el tronco del oído, y las vacas caminaban con él. (...) ¿Qué les diría Alejito a las vacas que ellas caminaban con él? Y lo acababan de conocer...⁴

³ Domingo J. Navarro (1895). *Recuerdos de un noventón*, Las Palmas: Tip. de “La Verdad”, pp. 23-24.

⁴ Óscar Gutiérrez Ojeda en la entrevista: *Memorias del barrio de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de noviembre de 2008, pp. 10-11.

Las Pescaderías

El edificio que albergaba las Pescaderías, cuya construcción finalizó en 1874, fue originariamente concebido “*como un gigantesco quiosco, un quiosco chino*”⁵. Sin embargo, y tal y como nos aclara Hernández Gutiérrez en su obra *Mercados, Tiendas, Kioscos y Hoteles en Gran Canaria*, el diseño original del arquitecto Ponce de León no era práctico, ya que carecía de ventilación, presentaba falta de higiene y el coste era excesivamente alto en opinión de las autoridades. Finalmente el proyecto, con modificaciones, fue realizado por el arquitecto municipal del momento, José Antonio López Echegarreta; éste sería el primer proyecto público en la ciudad “*redactado de acuerdo con la normativa impuesta por las academias de la arquitectura*”⁶.

El edificio tenía capacidad para un total de cuarenta puestos de despacho, y fue construido en hierro, madera y zinc. La mala calidad de los materiales empleados para su construcción y la revalorización de los terrenos en los que se encontraba este edificio hicieron que se declarara ruina total y demoliera en los años sesenta⁷.

A pesar del romántico aspecto del edificio el recuerdo que guardan la mayoría de las personas que conocieron y vivieron el Mercado, las Pescaderías y los servicios circundantes no es tan romántico. Don Alfred Ernst también compartió con Redescubre tú Ciudad ese recuerdo más realista de la zona del Mercado confiándonos que “*En cuanto a la higiene, había moscas por todos lados*”⁸.

Los portones

Los portones eran viviendas que se caracterizaban por tener un número de habitaciones que eran ocupadas a razón de una por familia, estuviera la familia en cuestión compuesta por una, dos, tres, cuatro o, en ocasiones, incluso más personas. Estas habitaciones carecían de baño o cocina, y por lo general existía un baño exterior que era de uso comunitario para todos los inquilinos, mientras que se cocinaba en un fogón portátil en la misma habitación o en el patio central, de disponer la vivienda de uno.

⁵Sebastián A. Hernández Gutiérrez, *op. cit.*, p. 33.

⁶Ídem, p. 34.

⁷Ídem, pp. 37-39.

⁸ Alfred Ernst y Alfred Ernst Gironés, *op. cit.*, p. 18.

Los localmente conocidos maestros (y hermanos) Antonio y Eloy Socorro, de la carpintería de los Clemente, en la calle López Botas en el barrio de Vegueta, recuerdan para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad el portón que existía en el número 5 de la arriba mencionada calle cuando su padre compró el inmueble para instalar en él una carpintería. El portón contaba con un total de nueve habitaciones, además de “una manguera” para el aseo en la parte trasera del inmueble.

AS: En el año 42 fue cuando se compró esta casa. Poco a poco se fueron los inquilinos. Algunos se fueron por falta de pago, otros por subarriendo, otros porque se les compensó con unas pesetas, y dos se marcharon voluntariamente.

Los hermanos Socorro continúan su descripción con las siguientes palabras:

AS: En el año 1950 hicimos la escalera. Cuando mi padre compró la casa, el inquilino que estaba aquí era Teniente de la Guardia Civil, y el retiro de la Guardia Civil en aquella época era una porquería, 30 ó 40 duros para un Teniente. Lo que hacía el Gobierno es que sí le daba la facilidad de que podía emplearse en otra oficina del estado, y se metió en paquetería y le dieron un buen sueldo. Antes le pagaba un mes a mi padre y un mes al dueño del edificio, por eso el hombre estaba agradecido y nos dio facilidades para quitar las escaleras antiguas, de piedra, y poner por el patio otra escalera. Esa fue la primera ampliación. La segunda fue cuando se marchó una familia del Carrizal que estaba aquí porque estaban estudiando sus hijos. (...)

ES: En este edificio había 9 viviendas, y las nueve viviendas rentabilizaban todos los meses 700 pesetas. ¡Eso no daba ni para los gastos! [Ríen]

AS: Había uno que pagaba 20 duros, otro que pagaba 50 pesetas... [Ríen]

ES: Incluso había una señorita que iba a pagarle a mi padre al taller de enfrente y mi padre le decía: “Angelita, ¡me vienes a traer la limosna!”. Hubo una guerra siempre por los alquileres. Esa señorita, por ejemplo, y su hermana, trabajaban en Triana, y tenían buenos sueldos, ¡y pagaban una porquería de alquiler!⁹

El actual cronista de la ciudad, Juan José Laforet Hernández, también compartió con Redescubre tú Ciudad unas palabras sobre los portones, comentarios que surgieron al

⁹ Antonio Socorro y Eloy Socorro en la entrevista: *El taller de los Clemente, tradición en carpintería desde 1920 en la calle de López Botas* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 18 de agosto de 2009, pp. 5 y 13-14.

hablar de la paulatina pérdida de “familiaridad” que ha experimentado el barrio de Vegueta desde los años setenta:

Mucha gente de la de toda la vida en el barrio se fue a vivir fuera de Vegueta, tanto los que tenían casa propia como los que vivían alquilados. Había casos en los que muchas familias vivían en una casa solariega, antigua, que había sido, en principio, pensada para una sola familia. Incluso había lo que se llamaba portones, casas en las que una familia vivía en una sola habitación y compartía baño y cocina con el resto de las familias. Todo eso fue desapareciendo porque se construyeron las nuevas urbanizaciones y se facilitó vivienda de protección oficial, y la gente mayor que quedaba fue falleciendo. Por eso vemos muchas casas cerradas y prácticamente cayéndose. Algunas se han rehabilitado para oficinas, y puntualmente alguna para vivienda. Por lo general, el que ha venido nuevo es alguien con dinero que se lo ha podido permitir pero que no es conocedor de las costumbres del barrio¹⁰.

Como comenta el cronista, se puso fin al hacinamiento y falta de vivienda que experimentaba gran parte de la población (en unos tiempos en los que era habitual casarse y mudarse a casa de los suegros) y que tenía su máximo exponente en la existencia de los portones, gracias a la iniciativa municipal de expandir la ciudad con la construcción de nuevos barrios y torres de edificios.

Los talleres de los os artesanos

Los talleres en los que se desarrollaban oficios de artesanos eran muchos y variados a mediados del siglo XX en el barrio de Vegueta. El incremento poblacional experimentado en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria desde finales del siglo XIX y, sobre todo, durante la primera mitad del siglo XX derivó en un incremento del consumo y en una mayor demanda de los productos elaborados por los artesanos.

Entre los primeros talleres desaparecidos que merecen mención están los de los herreros y los latoneros.

¹⁰ Juan José Laforet en la entrevista: *Vivencias de Vegueta y Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, p. 6.

Los herreros desempeñaron una labor vital para el transporte tradicional, basado en la utilización de carros y tartanas, además de para todos aquellos oficios que necesitaban de herramientas para poder desempeñarse. El taller del herrero solía estar ubicado en un cuarto contiguo a la vivienda familiar. En el taller podíamos encontrar la fragua y el yunque, además del resto de herramientas utilizadas para moldear y dar forma al metal. El desplazamiento de los carros y tartanas por el vehículo a motor acabó con gran parte de la demanda de la que vivían estos talleres.

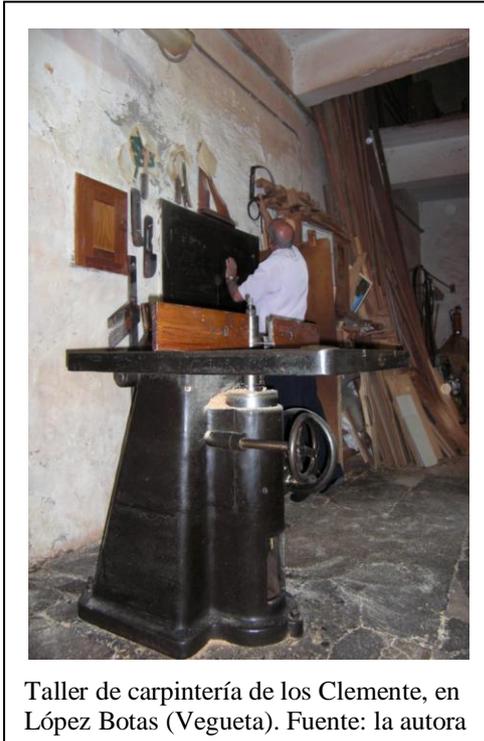
Los latoneros podían trabajar con una mínima infraestructura. Fue un oficio muy demandado sobre todo para fabricación y reparación de recipientes en unos tiempos en los que el reciclaje estaba al orden del día por pura necesidad y para las cocinillas de petróleo. Adolfo Ramírez, residente del barrio de Vegueta durante casi siete décadas, compartió con el proyecto Redescubre tu Ciudad sus recuerdos sobre los distintos talleres de la zona de la plaza de Santo Domingo: “El latonero era el que le ponía el fondo a los cacharros, a los calderos, a los platos. Arreglaban las lecheras, hacían palanganas, todas esas cosas las hacían ellos”¹¹.

Ángel Sosa, quien también fue entrevistado por el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, dijo las siguientes palabras en referencia a las cocinillas y los latoneros:

Como las cocinillas de petróleo se tupían, se vendían los destupidores, que eran unas varillas de latón, supongo, con una hebra fina colocada al final que permitía destupir los quemadores. Y claro está, estaban los talleres en los que se reparaban las cocinillas, y al frente de ellos los latoneros que además te podían hacer un farol o un fonil, o te arreglaban un caldero¹².

¹¹ Adolfo Ramírez y Carmelo Santana en la entrevista: *Recuerdos y Memorias de dos Vegueteros* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de febrero de 2009, p. 5.

¹² Ángel Sosa Ortega en la entrevista: *La tienda de comestibles de Antonio Cruz Mayor y otros recuerdos de Vegueta y de Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, pp. 8-9.



Taller de carpintería de los Clemente, en López Botas (Vegueta). Fuente: la autora

Los talleres de carpintería también abundaban tanto en Vegueta como en Triana. Además, no sólo se podía encontrar los talleres oficiales y de renombre como la Casa Talavera en la calle Buenos Aires, el taller de los Lisón en la calle Remedios o las carpinterías de los Barrera o de los Clemente, en la calle López Botas; existía, sobre todo en las faldas del Risco de San José, un gran número de talleres clandestinos que generaban a estos talleres mayores mucho trabajo, ya que los talleres pequeños no disponían de máquinas y sus carpinteros acudían a los que sí las tenían para preparar los tablones de madera. Los maestros Antonio y

Eloy Socorro, tercera generación en el taller de carpintería de los Clemente, en la calle López Botas, en Vegueta, compartieron sus opiniones sobre las razones que han llevado a la casi desaparición de este gremio cuando fueron entrevistados por el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad: el encarecimiento de la madera y la dificultad de encontrar apliques, la guerra que los arquitectos le tienen declarada a los carpinteros, ya que dicen los maestros que las habitaciones de las viviendas son tan pequeñas hoy en día que apenas caben muebles, la clausura de todos los talleres clandestinos que tanto trabajo daban a los talleres oficiales y, sobre todo, la incursión en el mercado del mueble prefabricado son las principales razones alegadas por estos maestros carpinteros¹³.

Otros tipos de talleres que se podía encontrar antaño eran aquellos en los que se trabajaba el cuero, ya fuera en forma de trabajo guarnicionería o talabartería o en de taller de zapatería.

El guarnicionero se dedica a la guarnición del arreo de carro y animales de carga, es decir, a la elaboración de todos los aperos que llevan los animales que tiran de carros. La guarnicionería abarca desde el trabajo de la piel hasta el almohadillado de algunos de

¹³ Antonio Socorro y Eloy Socorro, *op.cit.*, pp. 11-12.

los aparejos, pasando por el enriquecimiento de las piezas con aplicaciones de tachuelas, adornos de cuero recortado, bordados y borlas, trenzados y flequillos. La talabartería es más específica del trabajo del cuero para diferentes y muy variados usos.

Un taller, de los muy pocos que quedan, de guarnicionería y talabartería que es una joya comercial en el barrio de Vegueta es el Almacén de Curtidos de Pedro Morales y Sucesores situado en la calle de la Pelota. El taller fue inaugurado en 1830 y en la actualidad está en manos de doña Teresa Morales, quinta generación de la familia Morales en el negocio y primera mujer en ocupar este puesto. Con ella trabajan José Méndez y Pedro García, empleados en el taller desde 1964 y 1984 respectivamente¹⁴.

La guarnicionería es un oficio que hoy en día está en vías de extinción debido al cese de uso de los animales de carga y tiro del sector agrario. La demanda se ha reducido a los arreos de montar y a los cabezales de los caballos de rejoneo. Por esta razón, y para poder permanecer en el negocio, este tipo de taller, caso del Almacén de Curtidos de Pedro Morales, ha ampliado la gama de productos que fabrica hasta abarcar, prácticamente, cualquier tipo de encargo.



¹⁴ Para saber más leer a José Méndez en la entrevista: *Almacén de Curtidos Pedro Morales Rodríguez y Sucesores, comerciando en Pelota desde 1830*, con José Méndez, empleado del almacén desde 1964, para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de junio de 2009.

Los talleres de zapatería, ya fuera de zapatero que elaboraba zapatos a medida o de zapatero “remendón”, abundaban en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a principios del siglo XX. La depresión económica en la que se hallaba sumida la ciudad hizo habitual, entre las clases humildes, el uso de la alpargata con suela de goma o de esparto, un tipo de calzado que necesitaba de constantes arreglos. Al respecto podemos leer las siguientes palabras en el artículo “Un Calzador de Viejas Glorias, escrito por Candy Díaz y publicado en el periódico La Provincia en 1985:

Todos nos acordamos de aquellas zapatillas veraniegas, ¡sí!, las de tirillas que casi toda Las Palmas de Gran Canaria utilizaba en épocas de calor. El lugar conocido por todos, la zapatería de Daniel Vega, situada en la calle del Cruz Mayor, cerquita del kilo de San Bernardo: “¿Te acuerdas tú de cuando había aquí en la entrada unas mesas con cantidad de zapatillas de esas características? Teníamos hasta que poner número para evitar problemas. Fíjate si había jaleo que la hija de un amigacho, Félix, se desmayó una vez ante tal mogollón”¹⁵.

Además de los talleres arriba mencionados estaban los locales en los que trabajaban sastres y modistas, las panaderías y pastelerías o los cuchilleros, además de un sinfín de isleños que desarrollaban su labor en su propio hogar donde atendían a su clientela entre ellos los sombrereros, cesteros, y bordadoras y caladoras.

Las tiendas de aceite y vinagre

Juan Martel Alayón¹⁶, cuya familia ha regido la tienda de aceite y vinagre conocida como la tienda de Martel, en la calle Armas de Vegueta, desde los años treinta, habla sobre este tipo de comercios.

Las tiendas de aceite y vinagre abundaban en los barrios de Vegueta y Triana antes de la aparición de los supermercados y de las grandes superficies comerciales. Estos comercios eran denominados así en sus inicios por no ofrecer más que productos básicos de alimentación, como el aceite y el vinagre. Juan Martel tiene otra teoría sobre

¹⁵ Candy Díaz. “Un calzador de viejas glorias” [en línea], en el Periódico Canarias 7 el 2 de septiembre 1985, en Jable, Archivo de Prensa Digital, disponible en: <http://jable.ulpgc.es/jable/> [Consultado el 10 de septiembre de 2009]

¹⁶ Juan Martel Alayón en la entrevista: *La tienda de aceite y vinagre de Martel* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 6 de julio de 2009.

el origen nombre aceite y vinagre, ya que mientras las mujeres se quedaban en la parte de los comestibles realizando la compra, en el aceite, los hombres pasaban a la trastienda a tomar un pizco, en el vinagre.

Una vez pasadas las penurias y escasez ocasionadas por la Guerra Civil y la Posguerra las tiendas de aceite y vinagre eran pequeños establecimientos donde ya se podía comprar de todo, y donde, tal y como nos comentó Óscar Gutiérrez, hijo de la propietaria de una de estas tiendas en Vegueta, la tienda de Emilita o “la Botica”, porque de todo había, si el cliente necesitaba algo en particular que no se despachaba podía tener la seguridad de que o bien esa misma tarde o a la mañana siguiente el producto solicitado estaría disponible, ya que el tendero iría a Triana a comprarlo.

Los tenderos de las tiendas de aceite y vinagre eran muy conscientes del estado de la economía de la mayor parte de las familias que acudían a sus establecimientos. Muy relacionado con estas tiendas, y con todos los comercios de antaño de la zona, pero sobre todo con estas tiendas, las de aceite y vinagre, por ser las del tipo que más se visitaban y las que ofertan productos de primera necesidad, está el sistema de fiados de la libreta. Este sistema, que vino a ser sustituido por las tarjetas de crédito, convertía a los comerciantes en bancos a pequeña escala. “Apuntar en la libreta” era costumbre para prácticamente todas las familias. Cuando se realizaba una compra y no se disponía de efectivo, el tendero apuntaba en su libreta, en la página correspondiente al cliente en cuestión, el importe adeudado. Este importe iba creciendo a medida que avanzaba el mes hasta que, normalmente a finales de mes, el cabeza de familia cobraba y se saldaba la deuda. Sin embargo, y en ocasiones, un cliente no saldaba su deuda a final de mes. En estas ocasiones, y dependiendo de la cantidad de la deuda, de la confianza del tendero en el cliente o de la propia necesidad del tendero en ese momento, el comerciante debía negarse a despachar nuevos productos hasta que la deuda quedara saldada, lo que dejaba en evidencia del resto de clientes el estado de la economía familiar de la persona en cuestión.

Las tiendas de aceite y vinagre también eran centros de información para los residentes del barrio. Debido a la estrecha relación entre tenderos y clientes nunca podía faltar preguntar por el estado de salud de la familia, lo que a su vez propiciaba conversaciones sobre otros temas. Además, al ser sobre todo las mujeres las que venían a hacer la

compra, el que la tienda de aceite y vinagre se convirtiera en su pequeño centro de intercambio de noticias de barrio era inevitable. Sin embargo, fueron los hombres los que físicamente ubicaron en estas tiendas su centro de reunión social, en las trastiendas. Se recuerda que la mujer era prácticamente invisible en estos tiempos, que vivía “de puertas pa’dentro” y que sus salidas eran muy escasas. Por el contrario, el hombre vivía “de puertas pa’ fuera” y gozaba de total libertad para hacer con su tiempo libre lo que desease. Así, fue el hombre el que disfrutó de las trastiendas montadas en las tiendas de aceite y vinagre. Estas trastiendas se localizaban, normalmente, al final del mostrador, y estaban separadas del resto del local por una cortina. En la trastienda los hombres tomaban el aperitivo, esto es sus “pizcos” de ron, y también alguna tapa. Gil Arribato¹⁷, antiguo cronista de la ciudad, publicó en 1919 un cómico relato en relación a esta costumbre, en el que dos amigos, al encontrarse en la puerta de una trastienda, tienen la siguiente conversación:

—¡Lo que he pescado, mi amigo! —dice uno— ¡Y yo también lo he pescado! - añade el otro.

—Estoy jeringadillo de apetito. Me vengo a tomar una copeja de ron por ver si puedo comer algo.

—Pues yo tengo un catarro horrible, y por eso vengo a copearme un poco.

Sin embargo, y a pesar de lo común que era la trastienda en las tiendas de aceite y vinagre, la tienda de Martel no tuvo una. El Sr. Martel nos comentó que su padre nunca fue amigo de mezclar el alcohol con los negocios, y que por respeto a las señoras prefirió no tener trastienda en su comercio. Las trastiendas fueron desapareciendo a medida que proliferaron los cafés y los bares.

A pesar de que la variedad de productos ofrecidos por la tienda haya aumentado con el tiempo aún podemos encontrar en la tienda de Martel algunos de esos productos básicos de ayer, entre ellos la barra de jabón de medio metro de la marca Sovena, producto que antaño se utilizaba tanto para el lavado de la ropa como para el aseo personal, o los granos a granel, los cuales se llevaban antes las señoras en unas talegas blancas.

¹⁷ Gil Arribato (1919). *Crónicas de la ciudad y de la noche*, Las Palmas de Gran Canaria: Tipografía del Diario, p. 101.

Ángel Sosa Ortega, quien trabajó en la tienda de Comestibles de Antonio Cruz Mayor cuando era tan solo un niño, compartió las siguientes palabras con el proyecto Redescubre tu Ciudad hablando de la venta de productos a granel en dicho establecimiento:

(...) en todas las tiendas de aceite y vinagre de la época, y por tanto en las de Vegueta y Triana, se despachaba a granel el petróleo y el aceite. El petróleo se usaba, que yo sepa, para alimentar las cocinillas (antes de que las cocinas de gas butano llegaran a todas las casas), y el aceite era, por supuesto, el aceite para cocinar. Para vender estos productos se colocaba debajo del mostrador de las tiendas los bidones que los contenían, y con una bomba-surtidor se extraían para llenar las botellas. Es posible que se vendieran ya latas de aceite traídas desde la Península, pero de ello no me acuerdo, de los surtidores sí¹⁸.



Juan Martel Alayón tras el mostrador, 2009. Fuente: la autora

La tienda de Martel es uno de los últimos ejemplos de tienda de aceite y vinagre, junto a la que podemos encontrar en la calle Luis Millares, anexa a la plaza de Santo Domingo, que persisten en el barrio de Vegueta. El Sr. Martel, que pronto podrá jubilarse, no sabe cuál es el futuro que le espera al comercio, ya que el propietario del local al que él paga alquiler está ansioso por recuperar ese espacio para darle otro uso, y si no hay quien siga con el negocio lo recuperará.

¹⁸ Ángel Sosa Ortega, *op. cit.*, p. 9.

El callejón de la Horca y otras calles y callejones

A continuación se recuerdan algunas calles que eran reconocidas por otro nombre antaño, nombre cuyo uso en la actualidad ha decaído o prácticamente ha desaparecido (aunque aún queden lugareños que se refieran a estas calles con sus antiguos topónimos. Para ello nos serviremos de la obra escrita por Óscar Gutiérrez Ojeda¹⁹, *De Cuando era un Chiquillo*, en la que se nombran estas calles y callejones:

El callejón de la Horca era el nombre con el que era conocida la actual avenida de Eufemiano Jurado. En los tiempos en los que recibía tal denominación, la actual avenida era un callejón estrecho de tierra al final del cual se encontraba la horca en la que el tribunal inquisidor de la Iglesia impartía la pena de muerte cuando lo consideraba necesario.

La calle del Agua es el nombre por el que se conocía la calle de Fernando Galván. En esta calle se destaca la presencia del convento de las monjas Adoratrices, junto a su colegio e iglesia, ubicados en el número 3 de la vía y ocupando más de la mitad de la acera de nacimiento. Además, las Adoratrices disponen en esta misma calle, en otro edificio, de un centro de acogida para madres solteras²⁰.

La calle de los Reyes es el nombre con el que los más mayores aún denominan a la calle de los Reyes Católicos. Varios entrevistados del proyecto Redescubre tu Ciudad expresaron su sentir respecto a esta nueva denominación, entre ellos el antaño político y abogado Diego Cambreleng Roca:

Creo que esta calle, antiguamente, fue la “calle de los Reyes”. Siempre, en todas las ciudades, ha habido una calle de los Reyes, y yo, con perdón de Isabel y Fernando, creo que esta debería de llamarse “calle de los Reyes”. De hecho, el otro día en una conversación que cogí al vuelo oí que la gente se refiere a ella como “calle de los Reyes” (...)²¹.

¹⁹ Óscar Gutiérrez Ojeda (2007). *De cuando era un chiquillo*, Las Palmas de Gran Canaria: Domibari Editores, pp. 27-30.

²⁰ Para saber más sobre las Hermanas Adoratrices leer el extracto realizado a partir de la entrevista *Las Adoratrices de la calle del Agua*, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de junio de 2009.

²¹ Diego Cambreleng Roca en la entrevista: *Un recorrido por Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 23 de enero de 2009, p. 6.

La calle General Mola es en la actualidad la calle de Mendizábal, y antes de eso fue la calle de la Carnicería, ya que al final de la misma se encontraba un establecimiento que por las mañanas vendía carne y por las tardes pescado, según las palabras del antiguo cronista de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria Domingo J. Navarro.²²

El actual nombre de Mendizábal corresponde a la quinta desamortización de las llamadas “tierras muertas” gracias a la cual se obtuvo el solar para la construcción del mercado que en la actualidad bordea la calle.

Callejón de los Majoreros era el nombre por el que se conocía la calle Dr. Hernán Pérez de Grado. Óscar Gutiérrez Ojeda, compartió durante su entrevista el porqué de dicho nombre para la mentada calle:

Se decía como “callejón de los Majoreros” no porque tuviera ese título, si no porque, al parecer, por lo que yo recuerdo, esa calle la hicieron, precisamente, un grupo de majoreros. Un grupo de hombres que trajeron de Fuerteventura para acá fueron los que abrieron esa calle. Por eso se llama callejón de los Majoreros²³.

Las Tenerías

Las Tenerías era la zona donde se curtían las pieles de las bestias a las que se había dado muerte en el matadero municipal, entonces ubicado al lado del mercado, en Vegueta. Según Carlos Navarro Ruiz²⁴, quien fue cronista oficial de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y autor de la obra *Nomenclátor de Calles y Plazas de la Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria*:

En la carretera de “Nuestra Señora de los Reyes”, nos conduce al barrio de San Cristóbal, al terminar los terrenos cultivados de su margen izquierda, comienza una larga fila de casas que con dicha carretera forman una calle. En el principio de ella, antes de esta edificación, se curtían los cueros de las reses sacrificadas en Las

²² Domingo J. Navarro, *op. cit.*, pp. 22- 23.

²³ Óscar Gutiérrez Ojeda (2007), *op. cit.*, p. 2.

²⁴ Carlos Navarro Ruíz (1943). *Nomenclátor de las Calles y Plazas de la Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria: Tipología del “Diario”, p. 142.

Palmas, y por eso este sitio se le llamó “Las Tenerías”, nombre extendido a esta calle o paseo que termina en el “Barranco de San Cristóbal”.

María de los Ángeles Acosta y Acosta, una palmera que recién casada se trasladó a Vegueta, donde se asentó definitivamente, recordó para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad como eran aquellas tenerías y las gentes que allí residían:

MA: [...] Después las llevaba por aquí, por donde estaban quitando las plataneras, las llevaba para que vieran las cabras, para que conocieran la tierra. Siempre las sacaba por las tardes sobre todo dirección sur, donde no había casas. Las llevaba para allá, hasta las tenerías, les daba un paseo por zonas de campo, de tierra, por donde pudieran jugar.

CP: ¿Cómo eran las tenerías?

MA: Era un sitio próximo al mar, aunque separado por una carretera, donde vivía gente que secaba cuero, cuero de vaca, y daba muy mal olor. Allí vivían familias de las que yo me hice amiga, y me paraba a hablar, me estaba un ratito. Las tenerías quedaban al fondo, tenías que bajar unos escalones y quedaban al fondo, todo lo demás eran plataneras, aunque en ese entonces ya las estaban arrancando.

CP: ¿Las familias de las que me habla residían allí?

MA: Sí.

CP: ¿Y eran ellos los que trabajaban el cuero?

MA: Sí, creo que sí. Allí había cuero, y había familias. Pero por ejemplo, uno de los señores que vivía allí trabajaba en Lantigua.

CP: ¿En la tienda de Miguel Lantigua?

MA: Sí. En Miguel Lantigua²⁵. Él se casó y vivió allí, y después se mudaron a la calle de los Reyes Católicos.

CP: ¿Y me puede hablar de otras familias que vivieran allí?

MA: Conocía a otros señores que vivían cerca de mi casa hoy [Referencia a la calle Eufemiano Jurado], Victorita y Manuelito, que eran los dueños de las cabras, unos señores muy mayores, él con esos bigotes y ella con un moño grande en la nuca. Era mujer alta, de Agüimes; ella era muy agradable y sabía calar muy bien. Teníamos gran amistad, yo llevaba a mis hijas, y si faltaba un día me decía: “¡No

²⁵ Para saber más sobre la tienda leer a Jesús Colina Lantigua en la entrevista: *Hermanos de Miguel Lantigua González, 79 años comerciando en la calle Lentini*, con Jesús Colina Lantigua para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de agosto de 2009.

viniste ayer!”. Ellos no tenían hijos y les gustaba mucho los niños. Yo llevaba a mis hijas cuando tenían “baifitos”²⁶.

Los espacios perdidos entre Vegueta y Triana

El barranco de Guiniguada

El barranco Guiniguada era el linde de los barrios de Vegueta y Triana, y discurría a lo largo de las calles de El Toril (Vegueta) y El Terrero (Triana). Este desaparecido tramo de barranco, que como se ha dicho antes era una de las señas de identidad más representativas de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y sus ciudadanos, quedó sepultado bajo el alquitrán a mediados de los setenta en nombre del progreso y en justificación de la necesidad de construir una carretera, la GC-15 (antaoño GC-811) o carretera del centro, que uniera el centro de la isla con su capital. Aunque en 2006 se dieron los primeros pasos para enmendar este, para muchos, “error” con el Proyecto Guiniguada, la situación, a día de hoy, es la de una ciudad ya no dividida por su barranco y unida por sus puentes, si no la de una urbe segmentada por un río de asfalto y una corriente de tráfico rodado, cuyos pasos de peatones son el único nexo de unión.

Las calles de El Toril y El Terrero pasaron a denominar no sólo a las calles en sí, sino también los barrios donde estaban las calles ubicadas. El que la calle de El Toril haya sido remplazada por la calle Doramas no ha sido impedimento para que se siga conociendo el margen de poniente del barranco como el Toril. La calle de El Terrero sigue presente en el nomenclátor de calles actual de la ciudad.

A continuación, y entre otras obras literarias y recuerdos de aquellas personas que cooperaron con el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, citaremos varios fragmentos de la obra *Añoranza del Viejo Guiniguada*, un libro escrito por varios autores centrada en el barranco de Guiniguada a lo largo de su historia y publicada con motivo de las fiestas fundacionales de la ciudad en 2007 por el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

²⁶ María de los Ángeles Acosta y Acosta en la entrevista: *De Tazacorte a Vegueta, vivencias y recuerdos* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 4 de marzo de 2009, p. 8.

En cuanto al nombre del barranco, cabe destacar que: “los filólogos no se ponen de acuerdo en si es árabe el origen de ese término usado para denominar a nuestro barranco y si, a su vez, hace alusión o significa ‘agua corriendo’”²⁷.



Postal del barranco Guinguada, 1900. Fuente: FEDAC

El Guinguada fue responsable, en la ciudad capitalina, no sólo de los asentamientos aborígen primero y conquistador después, este barranco y sobre todo sus aguas fueron responsables del “reparto de tierras y aguas, de la creación de heredamientos, la explotación de cultivos para la exportación y el autoabastecimiento” de la ciudad en una isla donde, recordemos, el agua era y es un bien muy preciado por lo escaso²⁸.

El barranco de Guinguada era un barranco seco la mayor parte del año; las aguas del Guinguada tan sólo corrían, y muy discretamente, en época de intensas lluvias. Sin embargo hubo ciertas ocasiones, ocasiones puntuales, en las que el barranco corrió con la fuerza de un gran río, ocasionando inundaciones en las calles que bordeaban el barranco y, en ciertas ocasiones, incluso arrastrando la fuerza del agua los puentes que unían los barrios fundacionales de la capital grancanaria. Pero, como decimos, estas ocasiones eran muy raras y, de hecho, se destacan tan sólo cinco fechas en la historia escrita del barranco en la que las aguas ocasionaran daños: “diciembre de 1615, enero 1713, noviembre de 1879, abril de 1901 y noviembre de 1950”²⁹.

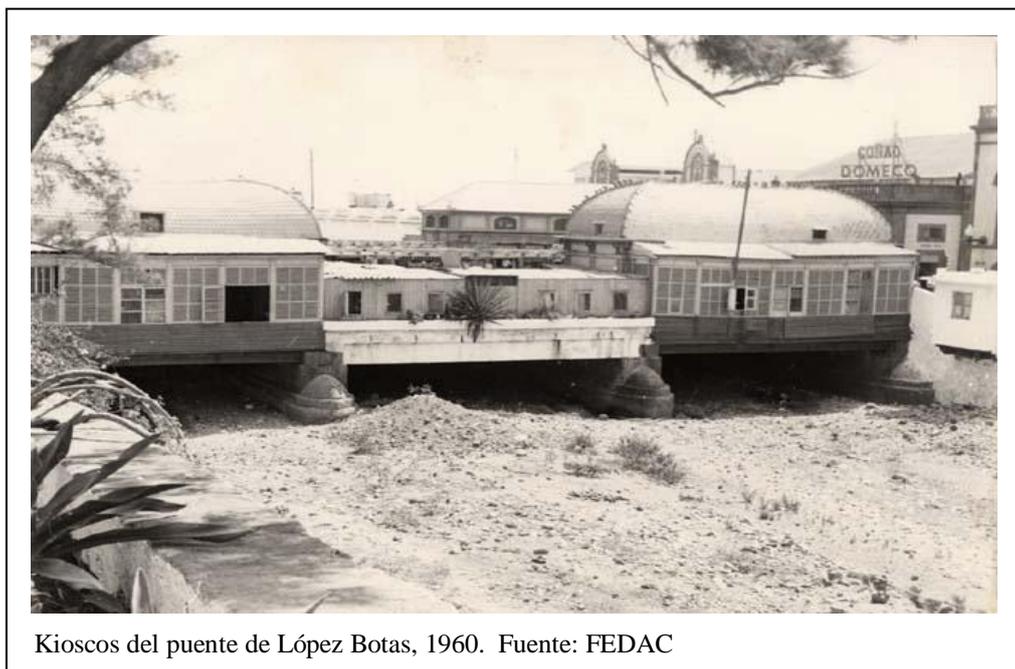
²⁷ VV.AA. (2007). *Añoranza del Viejo Guinguada*, p. 13.

²⁸ *Ibíd.*, p. 15.

²⁹ *Ibíd.*, p. 18.

El puente de López Botas (puente de Palo)

El Puente de López Botas (1862) o puente de Palo, como era popularmente conocido, estaba localizado entre el Mercado de Vegueta y el Teatro Pérez Galdós, y recibió el nombre del alcalde que impulsó su construcción. El puente de Verdugo (1815), bautizado tras el obispo que lo financió, también era llamado puente de Piedra por el material del que se construyó el primero (veremos su pasada localización más tarde). Estos dos puentes eran las dos únicas vías de pasaje a través del barranco Guiniguada entre Vegueta y Triana.



El barranco de Guiniguada y sus dos puentes eran señas de identidad de la ciudad y sus habitantes. Para verlo sólo usad vuestra imaginación y sustituid la carretera asfaltada por el cauce de un barranco, ¡pero que sea un cauce seco! El cauce del barranco permanecía seco la mayor parte del año, y corría modestamente, trayendo agua desde las montañas, en época de lluvia. Sin embargo, y en contadas ocasiones tras fuertes lluvias, las aguas bajaban el barranco con increíble fuerza. Estas eran ocasiones memorables grabadas en la memoria de aquellos fueron testigos, congregándose la ciudadanía sobre el puente para ver el raro espectáculo. Ángel Sosa, que participó en el proyecto de historia oral que dio lugar a estas visitas, grabó una película en Súper 8 de las aguas corriendo modestamente bajo los puentes en 1966. Ángel definió el color del agua como “achocolatada”. Otros testigos recuerdan ocasiones en las que las aguas

corrieron con fuerza y arrastraban de todo, desde árboles hasta animales de las granjas alineadas a lo largo del cauce del barranco, para acabar en el mar. Para aquellos que sientan curiosidad, pueden acceder a la grabación realizada por Ángel Sosa, en la que se ven tanto el puente de Palo como el de Piedra unos 6 años antes de su derribo, a través de la página Web: www.descubrelaspalmasgc.com.

El puente de López Botas, o de Palo, tuvo que ser reconstruido en aquellas ocasiones en las que no resistió la fuerza del agua, y el puente de Verdugo, también llamado Piedra, fue ensanchado cuando creció el número de vehículos motorizados para poder soportar este tipo de transporte. El último puente de Palo construido podría ser considerado como el primer centro comercial de la isla de Gran Canaria, ¡y probablemente del archipiélago! Una vez se hubo ejecutado la base en 1862 el puente permaneció sin modificar durante casi 30 años.

En 1895, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria decidió construir sobre el puente el primer kiosco de la ciudad. Con el tiempo se construyeron otros tres kioscos idénticos al primero, cada uno coronando una de las cuatro esquinas del puente y dejando un espacio entre ellos. Sobre el puente podíamos encontrar, hacia los años 50, los siguientes comercios: la tienda de Santiago Said, un negocio de venta de uniformes de hostelería; a Socorro, que tenía una tabaquería-bazar donde los niños gustaban de comprar chucherías; dos floristerías en los dos espacios al descubierto, el único lugar del barrio donde se podían comprar flores para los difuntos; el Bar Polo, también conocido como el Suizo, una cafetería restaurante que fue punto de reunión de bohemios, intelectuales, artistas y cualquiera que deseara participar en una tertulia; el comercio de tejidos de El-Mir, un caballero de origen sirio; El Deportivo, una tienda de deportes donde se compraban las entradas de los partidos de la Unión Deportiva y la tienda de Calzados Lozano.

El puente de Verdugo (puente de Piedra)

Ya hemos hablado de la importante función que tenían los dos puentes que permitían el paso entre Vegueta y Triana, cruzando el Guinguada.

El coste de construcción del puente de Verdugo fue sufragado por el entonces obispo de la diócesis de canarias, don Manuel Verdugo y Albiturría, quien en 1814 se dirigió al Ayuntamiento de la ciudad, donde informó de su proyecto:

Hace ya algún tiempo que yo tenía proyecto de fabricar a mi costo, con rentas de la Mitra, un nuevo puente para la comunicación de Vegueta con Triana en esta ciudad, a cuyo efecto encargué plano a don José Pérez Luxán [Referencia a José Luján Pérez]³⁰.

Las obras del primer puente de Piedra se finalizaron tan solo un año después. En 1927, el puente de piedra financiado por el obispo Verdugo fue sustituido por otro de hormigón armado. Años después, 1965, se inauguró un tercer puente en bocabarranco con amplitud suficiente para dar cabida al tráfico rodado³¹.

Los puentes no eran solamente plataformas que permitían el paso entre dos barrios. El Sr. Laforet, actual cronista de la ciudad, explicó al proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad que el puente era el lugar donde todos se saludaban: “El puente era el lugar en el que todo el mundo se saludaba. Quizás en otro lugar no, pero todo el que se cruzaba por el puente se saludaba”³². Por otro lado, y a pesar de haber desaparecido físicamente, la referencia de “quedamos en el puente de Piedra”, “o te espero en el puente de Piedra”, también ha perdurado. El puente de Verdugo era uno de los principales lugares de encuentro de la ciudad, y se sigue quedando aquí, en un puente dibujado en el imaginario de aquellos que lo conocieron mientras sólo unos pocos de aquellos que no lo conocieron se cuestionan “¿de qué puente habla?”.

Para entender lo ligada que estaba la población a sus puentes basta con saber que al puente de Piedra se le dedicó un último adiós. El Sr. Laforet lo llamó un “Adiós al Puente”, y nos contó en qué consistió: fue en 1973, cuando el barranco estaba ya prácticamente cubierto por un río de alquitrán. Se reunieron muchas personalidades locales de relevancia: el que nos cuenta esta historia, el cronista Juan José Laforet, el profesor Reina, la cantante María Mérida y algunos de sus músicos, Luis Armando

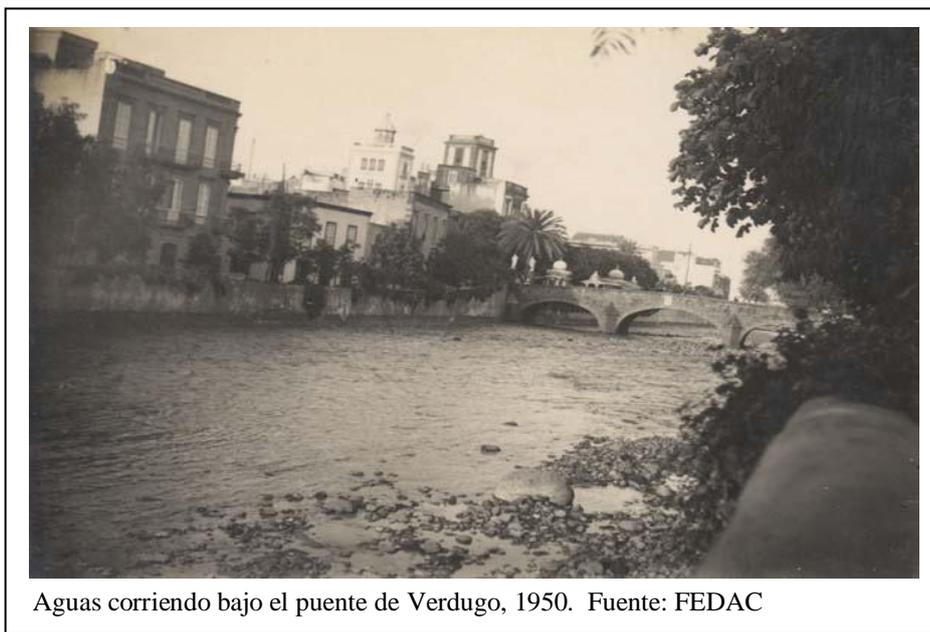
³⁰ VV.AA. (2007). *Añoranza del Viejo Guiniguada*, p. 43.

³¹ *Ibíd.*, pp. 47-48.

³² Juan José Laforet, *op. cit.*, p. 17.

Doreste, el de la tertulia de Víctor Doreste, el cineasta Félix de la Huerta y muchísimas otras personas se congregaron, de noche, sobre el puente. El profesor Reina dijo unas palabras de despedida, de homenaje, en cuantos idiomas hablaba, que no eran pocos. Después María Mérida y sus músicos le dedicaron una canción. Después, el resto de asistentes se turnó para decir unas palabras.

Fue una despedida al puente y al barranco, un barranco que casi ya no se veían por que los túneles de canalización de las aguas avanzaban hasta casi el mismo puente, el único tramo que quedaba por construir. Al día siguiente lo derribaron.



De los puentes ha quedado el recuerdo, grabado en la memoria de muchos, y las cuatro estatuas que bordeaban el puente de Piedra que el obispo Verdugo hizo traer de Nápoles. Las estatuas, como pueden observar, representan las cuatro estaciones del año: la primavera, en forma de una mujer portando un cesto lleno de flores; el verano, un joven que en la mano lleva un haz de espigas; el otoño, un personaje femenino que porta un gran racimo de uvas y el invierno, un hombre anciano que atesora el fuego del hogar. Además, y si se fijan, podrán observar que una de las estatuas es de distinto color que el resto, más oscura. Esto se debe a que la estatua original sufrió daños y tuvo que ser remplazada.

Los espacios perdidos de Triana

El paseo de la Alameda de Colón

La Alameda de Colón fue durante mucho tiempo el lugar preferido para el paseo de los ciudadanos de la capital grancanaria. La antigua Alameda disponía de un enorme pórtico de entrada delimitado por columnas a ambos lados que le daban cierta majestuosidad. Además, el número de árboles de la especie Laurel de indias (*Ficus benjamina*) era más numeroso del que en la actualidad da sombra a los escasos paseantes, lo que sin duda le dio a este enclave, en el pasado, su nombre. La división de clases estaba muy presente a la hora del paseo en la Alameda. Las gentes adineradas caminaban en el interior de la Alameda, mientras que las gentes de clase humilde se veían relegadas a pasear por el exterior.

Para captar el sabor de lo que fue la Alameda de Colón hasta principios del siglo XX citaremos las palabras de Manuel Socorro en su obra *Ratos Perdidos*, un autor que optó por “entrevistar” a las estatuas de ciertos enclaves de la ciudad para preguntarles qué cambios habían experimentado en aquellos lugares en los que las habían ubicado.

Al preguntarle al busto de Cristóbal Colón si se encontraba satisfecho de su vida de estatua en la Alameda de Colón esta comenta que no está en la actualidad (en 1949, fecha de publicación de la obra) muy contento, y argumenta lo siguiente:

Paso muchos días de soledad. Días de hastío. Muy vulgares. Antes había aquí algunas tocatas de la banda municipal, acudía bastante gente a dar vueltas por esta alameda. Se oían risas y alabanzas. Hoy todo esto parece un cementerio. Los árboles han perdido su cabellera. Los árboles, cuando están ocupados, lo están por soldados y niñas. La vida ciudadana se ha desplazado a otras zonas. Hasta las fiestas anuales, llamadas de la Raza, han desaparecido. Usted no sabe el placer que sentía yo el 12 de octubre de cada año. Venían los niños de las escuelas con banderitas, se oían discursos y poesías sobre la hispanidad y las veinte naciones hijas de España, y hasta me tiraban pétalos de rosa los angelitos. Ahora todos los días del año son iguales. Grises a más no poder. Pasa la gente a sus asuntos sin mirarme siquiera. Mi vanidad de descubridor ha sufrido un rudo golpe. Es mi

sino. Descubrí un mundo, y desde él me trajeron al viejo encadenado. No me extraña que los canarios paguen con el olvido la simple visita que les hice³³.

Cuando el entrevistado pétreo dice que la vida social se ha desplazado a otras zonas hace referencia, sobre todo, al paseo de Triana, que sustituyó a la Alameda de Colón como lugar de reunión y paseo de la ciudadanía, eliminándose, eso sí, esa distinción de clases según lugar de paseo y sustituyéndose esta, en horario de tarde y cuando la calle se convertía en el lugar donde conocer a un futuro novio o novia, por una distinción marcada por el tener o no tener pareja y, por ende, estar o no en el mercado amoroso. Más adelante durante la entrevista el profesor Socorro le pregunta al busto del Almirante por el turismo, a lo que contesta:

¡Ay amigo! El turismo huele a negocio. Una fuente que sepa aprovechar esta fuente de ingresos habría hecho aquí una ruta de Colón que despertara la curiosidad de los viajeros³⁴.

Estas palabras las pronuncia el busto antes de que Gran Canaria experimentara el boom económico que supuso la llegada del turismo de masas en los años 60, pero aún así supo detectar el Almirante el negocio implícito en el turismo. Además, sería tan sólo unos años después de la publicación de la obra que el artista Néstor Álamo emprendió el proyecto de construcción de la Casa Museo de Colón, en Vegueta, una de las atracciones principales destinadas al turismo en relación a Colón, el descubrimiento del nuevo mundo y su paso por las islas en esta gesta.

El paseo de la calle Mayor de Triana

Del arte del cortejo y sus espacios cabe destacar el que se denominó “paseo de Triana”, gracias al cual varias generaciones dispusieron de la oportunidad y del lugar donde encontrar pareja.

El paseo era realizado por jóvenes solteros en busca de pareja. Don José Plácido nos comenta al respecto que:

³³ Manuel Socorro (1949). *Ratos perdidos*, Las Palmas de Gran Canaria: Tipografía Alzola, p. 45.

³⁴ *Ibíd.*, p. 46.

Hubo una época en la que yo iba al paseo todos los días. Además, yo que me enamoraba con facilidad, de lejos. Si le echaba el ojo a una chica que sabía que estaba en Triana yo estaba allí todos los días³⁵.

Antes de pasar al código de señales utilizado por los jóvenes para establecer contacto situemos el contexto espacial del paseo. Recordemos que la calle Mayor de Triana era una calle abierta al tráfico rodado, que durante un tiempo fue en dos direcciones, y que era transitada tanto por coches privados como por el transporte público, según la época el tren o los autobuses. Además, el paseo no se realizaba en la totalidad de la extensión de la calle, empezando en el reloj de Pflüger, en el número 35 de la calle, y prolongándose hasta el actual edificio de oficinas del Cabildo ubicado en el número 83, donde los paseantes daban la vuelta. También era el reloj de la antigua relojería Pflüger el que marcaba el final del paseo a las nueve de la noche. Entonces se utilizaba una expresión que una vez más nos parece muy reveladora sobre el distinto tratamiento que recibían hombres y mujeres; la expresión era “entregar a las nueve”, y hacía referencia a que el chico tenía que acompañar, o entregar (a sus padres, se sobrentiende), a la chica en su casa a la hora establecida, en este caso a las nueve.



Calle Mayor de Triana, 1927. Fuente: FEDAC

Los chicos y chicas del paseo siempre iban en grupo. Las chicas solían ir cogidas del brazo, en alineación. Cuando un chico mostraba interés por una chica, interés que debía

³⁵ José Plácido Suárez en la entrevista: *Memorias de Vegueta*, para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de marzo de 2009, p. 11.

adivinarse tras una sucesión de miradas, y si la chica le correspondía, esta pasaba a colocarse en el extremo exterior de la alineación, lo que podía a continuación propiciar un saludo.

Tras los iniciales saludos empezaba una larga etapa que podía acabar en noviazgo, en la que el chico empezaba acompañando a la joven a casa, aunque en principio no hasta la puerta, para después acompañarla hasta la puerta, lo que ponía en guardia a los padres y prácticamente sellaba el noviazgo.

Las tiendas tradicionales del barrio de Triana

El barrio de Triana, y con él su calle Mayor, empezaron a crecer poco después del primer asentamiento castellano en la isla en el colindante barrio de Vegueta. En 1514, 36 años tras este primer asentamiento, Triana existía como tal y se había convertido en arrabal de la ciudad. El barrio recibe su nombre como herencia del barrio sevillano de Triana debido al gran número de marineros de la ciudad andaluza que viajaban con Juan Rejón, conquistador de la isla. A finales del siglo XVI el barrio ya se extendía hasta los límites de la ciudad marcados por su muralla defensiva en las inmediaciones del parque de San Telmo.

Durante mucho tiempo el barrio de Triana fue un barrio en el que se residían pescadores y donde ya desde mediados del siglo XVIII se podían encontrar los almacenes de las firmas locales e inglesas que tenían negocio en la isla, además de una variada gama de comercios.

A principios del siglo XX, y una vez entró en funcionamiento el Puerto de la Luz, que tomó el relevo del obsoleto Muelle de San Telmo, desaparecieron la mayoría de almacenes y el número de comercios aumentó.

El esquema básico de la tienda tipo de la calle mayor de Triana era, desplazándonos desde la calle Mayor hacia el interior del solar ocupado por el comercio, fachada-escaparate-mostrador y almacén. Además, y tras la sustitución de casas terreras por



Joyería Oscar Ernst, aprox. 1930. Fuente: Alfred Ernst

edificios de dos o tres plantas a principios del siglo XX, se tendió a ubicar el comercio en la baja de los edificios y a destinar el resto de plantas a viviendas para particulares³⁶.

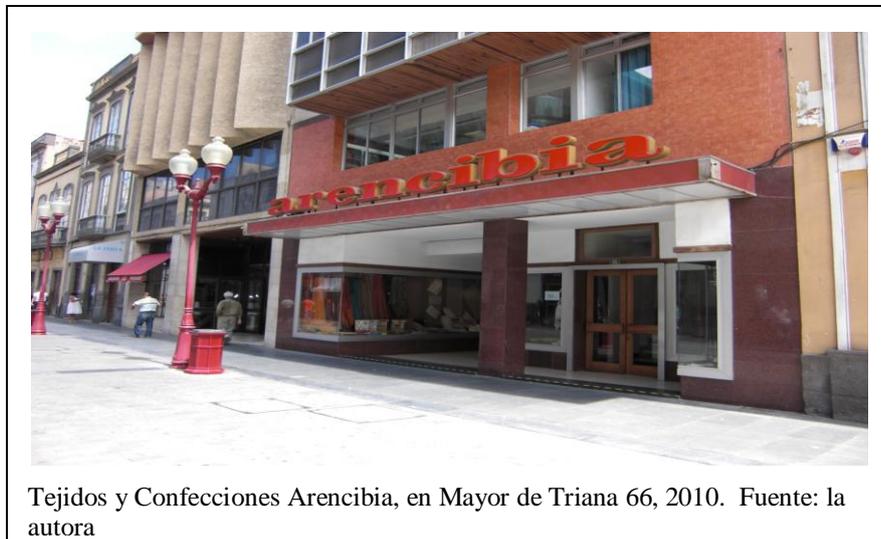
La gama de comercios que podíamos encontrar en el barrio de Triana de los que hoy llamamos tradicionales era amplia y variada. Entre los comercios de la calle Mayor y calles aledañas podíamos encontrar numerosas tiendas de tejidos como Campos, Rivero, Lozano y la tienda de los Haddad o los Yusef en la misma calle Mayor, Tejidos Montserrat en la calle Remedios o Tejidos y Confecciones Arencibia, con dos tiendas, también en la calle Mayor. De las tiendas de tejidos se surtían los sastres como Sanchís, en la misma calle Mayor, o los hermanos Paiser, ya “fuera de la portada”, expresión que los lugareños utilizaban para denominar la zona por donde se expandía la ciudad más allá de las antiguas murallas que subían por la actual calle de Bravo Murillo.

También había sombrererías como la de Prudencio Izquierdo o la del Águila, vestigio de esta última un águila de hierro que aún permanece en el lado de naciente de la calle Mayor. Había numerosas ferreterías, entre ellas El Martillo, Las Columnas o la ferretería de los Enrique Sánchez. Se podía encontrar además numerosas droguerías, donde se vendía productos de limpieza y algunos artículos que más tarde pasarían a las farmacias, entre ellas la Droguería Peregrina en la calle de la Peregrina o la Droguería

³⁶ Sebastián A. Hernández Gutiérrez, *op. cit.*, p. 35.

Espinosa, que se quemó en un incendio en los años 60 causando gran conmoción entre los ciudadanos debido a la espesa columna de humo formada por la quema de los variados productos inflamables. Las joyerías y relojerías también han sido numerosas en esta zona, y quizás es este el tipo de comercio del que a día de hoy podamos encontrar más tiendas, entre ellas la Joyería Óscar Ernst (antes también relojería y óptica), la Joyería Rubí y la Joyería El Pino, todas ubicadas en la calle Mayor.

A las tiendas ya mencionadas habría que añadir las boticas, como la que aún hoy, con más de un siglo de antigüedad, podemos encontrar en el número 65 de la calle Mayor. También merecen mención las librerías e imprentas como la Librería Rexachs (antes Librería El Siglo) o High Life, ambas en la calle Mayor. A todo esto habría que añadir las numerosas tiendas de las llamadas de aceite y vinagre, sobre todo en las calles aledañas a la calle Mayor. Entre las tiendas de aceite y vinagre cabe destacar la de Lola Mayor, ubicada en la calle General Bravo esquina con Villavicencio. Con el tiempo el negocio pasó de ser tienda de aceite y vinagre a tienda de comestibles a manos de su hijo, Antonio Cruz Mayor, quien expandió el negocio hasta convertirlo en una importante cadena de supermercados.

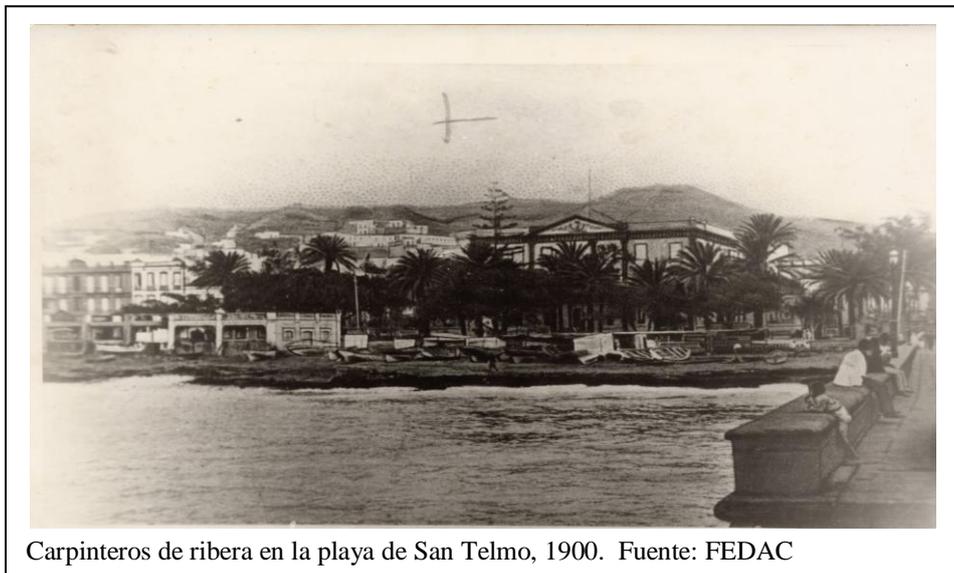


Tejidos y Confecciones Arencibia, en Mayor de Triana 66, 2010. Fuente: la autora

Muchas de las tiendas recordadas más arriba han desaparecido, en la actualidad, por ser incapaces de hacer frente a la feroz competencia de las grandes superficies y de las franquicias. Estas ocupan, poco a poco, el lugar de estos negocios familiares que contribuyeron a dar forma y personalidad a Triana.

El muelle de San Telmo

La construcción del primer nexo de unión entre la isla y aquellos visitantes que venían por mar, el muelle de Las Palmas, en la actual ubicación del parque de San Telmo (antes de Cervantes), se inició en 1811. Se trataba de un espigón que se adentraba en el mar con una explanada de tierra que servía de recinto portuario y que con el tiempo, una vez entró en funcionamiento el Puerto de La Luz, se convirtió en plaza y más tarde en el parque que disfrutamos a día de hoy. Cuando el muelle se encontraba activo podíamos encontrar en sus alrededores oficinas de consignatarios, almacenes y talleres de carpintería de ribera.



Carpinteros de ribera en la playa de San Telmo, 1900. Fuente: FEDAC

Como explica Manuel Socorro en su obra *Ratos Perdidos*, cuando se redujo la actividad comercial del muelle la zona se convirtió en lugar de recreo de los ciudadanos: “Una especie de válvula por donde penetra el yodo marino en los pulmones cansados de trabajar o de estar quietos”³⁷.

Al muelle, una vez que este dejó de ser útil como tal pero antes de convertirse en la prolongación del parque contiguo, iban a pasear ciudadanos de todas las clases sociales. El muelle era lugar de encuentro de las parejas y terreno de juego de los más pequeños. Allí se colocó una de las estatuas más emblemáticas de la ciudad de entonces, la del escritor canario Benito Pérez Galdós, de la que podemos encontrar en la actualidad una réplica frente al teatro que lleva su nombre. La estatua y los bancos que había

³⁷ Manuel Socorro, *op. cit.*, p. 59.

dispuestos a su alrededor eran el lugar elegido por muchos escritores n6veles en busca de inspiraci6n. Tambi6n era popular hacer el chiste: “¡Pobre Don Benito, qu6 frío pasará!”, mientras la estatua se oxidaba expuesta a las inclemencias del tiempo tan cerca del mar. De esta estatua corría, adem6s, una leyenda urbana en tiempos del franquismo: se decía que había ejemplaras de libros obra del escritor, prohibidos por el r6gimen, en una c6mara secreta en su interior.



Estatua de Pérez Galdós en el muelle de San Telmo, 1940. Fuente:

La muralla de la ciudad

La muralla de la ciudad subía por la actual calle de Bravo Murillo, que avanza por el lateral derecho del parque de San Telmo. El permiso para su derribo llegó, tarde y tras mucha demora, en 1852 y permitió que otros proyectos hasta entonces parados, como la construcción de una carretera hacia el norte de la isla o la construcción de la carretera del Puerto, pudieran iniciarse³⁸.

Pero más interesante que la muralla en sí es la expresi6n que aún a día de hoy siguen utilizando algunos ciudadanos. A la altura de la esquina superior derecha del parque de San Telmo se encontraba uno de los puntos de entrada de esta muralla a la ciudad, la portada. Tomando la portada como referencia espacial, los ciudadanos empezaron a denominar la zona de expansi6n de la ciudad más allá de las murallas como “fuera de la

³⁸ Sebastián A. Hernández Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 24-25.

portada”, mientras que la ciudad original, por así decirlo, contenida en el interior de la muralla, se llamó “dentro de la portada”. Así, una persona podía residir “dentro o fuera de la portada”, expresión, que como decimos, se sigue utilizando en el barrio de Triana y en el contiguo barrio de Arenales.

EL CULTO

*Los ritos de paso y las celebraciones
religiosas y paganas*



Los ritos de paso

Son ritos de paso los “*que acompañan los cambios en la posición estructural o estatus que son de interés público*”¹. El objetivo principal de estos ritos es proporcionar el necesario reconocimiento por parte de la comunidad en la que el reside el individuo.

Los principales hitos celebración en los ritos de paso son el “*nacimiento, la madurez, el matrimonio y la muerte. La solidaridad que irradian estas celebraciones públicas y de carácter dramático sirve para realzar el sentido de identidad del grupo social*”². Así, podemos decir que el bautismo, el matrimonio y la muerte son tres de los momentos más importantes y celebrados en la vida de los españoles, y por ende de los canarios.

Se hace, a continuación, un recorrido por los ritos de paso celebrados por la sociedad grancanaria. Cabe señalar que los ritos de paso y su modo de celebración son de las costumbres más extendidas por la geografía no sólo nacional sino mundial, y que con algunas diferencias las bases de las distintas celebraciones pueden ser muy parecidas a pesar de las distancias geográficas.

Los casamientos

Mucho hemos hablado ya de todo lo que precede al casamiento, es decir del cortejo, en los textos dedicados al hombre y a la mujer de esta serie. Se añaden algunas palabras sobre las serenatas, una forma usada antaño a menudo en Gran Canaria para declararse a la amada. Los juegos, como el del pañuelo sobre el hombro, también eran otra forma de dejar constancia de las preferencias amorosas. En este juego en particular la chica se sentaba y agarraba un pañuelo que descansaba sobre su hombro. Los chicos iban pasando y tirando del pañuelo, y ella solo soltaba con los chicos que pretendía. Aunque en teoría la chica no podía mirar ver a quien le tocaba el turno de tirar de la prenda, ya fuera por el rabillo del ojo o por señas de una amiga la chica sabía cuando soltar³.

¹ Juan José Laforet Hernández (1999). *Crónicas y Estampas de la Semana Santa Laspalmeña*, Telde: Textos Gráficos y Arte, p. 77.

² Ídem

³ José Luis Concepción, (1996). *Costumbres y Tradiciones Canarias*, Tenerife: Asociación Cultural de las Islas Canarias, p. 15.



Boda (por poderes) de Dolores García y José Viera Montenegro, 1969. Fuente: Voces y Ecos (Inés García). En los años en los que los canarios emigraban en busca de trabajo fuera del archipiélago no era inusual que una boda se celebrara por poderes en ausencia, normalmente, del novio.

Las bodas se celebraban según las posibilidades, como ocurre con todos los ritos y tradiciones. Normalmente no faltaban unas reses que se mataban para el banquete, chocolate, arroz con leche y tortilla. Hasta principios de siglo las bodas eran por la mañana. La novia se quedaba la primera noche en casa de sus padres, y el novio en la de los suyos, hasta que al día siguiente se unían para vivir, en el mayor de los casos, en casa de los padres de una u otro. Esta tradición se perdió ya entradas las primeras décadas del siglo XX, aunque incluso en los 50 algunas madres hicieran tanto como hasta acompañar a los recién casados en su luna de miel⁴.

⁴ Rafael Abella, *et al.* (1990). *La Vida Cotidiana en la España de los Años 50*, “Religión, moral y costumbres a principios de los cincuenta”, Juan Ramón Azaola (coord.), Madrid: Ediciones del Prado, p. 42.

Los Ritos de Nacimiento

En nuestro pasado reciente los ritos que se sucedían tras el nacimiento de un nuevo miembro de la familia eran una mezcla de creencias paganas, fervor religioso y deber administrativo.

El velorio

El escritor palmero José Luis Concepción dice: “*En todas las Islas Canarias era muy celebrado el nacimiento de los niños con cantos, bailes, juegos, bebidas, etc. durante lo que llamaban el velorio*”⁵. Hace referencia esta tradición a los ocho días de visiteo que culminaban en una noche de baile y que debían sucederse tras el nacimiento de un nuevo miembro de la familia.

Según Domingo J. Navarro⁶, cronista de la ciudad del cambio de siglo XIX al XX, las visitas se sucedían día y noche en los velorios, y fuera la hora que fuera se debía convidar al que visitaba, por ejemplo, a un tazón de chocolate, bizcochos lustrados y rosquetes. Las costumbres, como ya se mencionó, variaban según el poder adquisitivo de la familia.

A pesar de estar la obra de Navarro publicada en 1895 y hacer referencia a lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a principios del siglo XIX nos aventuramos a utilizarla como modelo de lo que pudo haber acontecido a principios del siglo XX porque la sociedad Gran Canaria no experimentó verdaderos cambios, prácticamente, hasta la llegada del turismo masas, que impulsó la economía, en 1957. Por ello lo que aplicaba a principios del siglo XIX podía aún aplicarse a principios del XX.

Las prácticas que seguían al nacimiento de un nuevo miembro de la familia variaban en las casas de clases humildes (y se apoyaban más en el desconocimiento o la superstición). Desde el día del parto hasta pasados ocho días, “*todas las vecinas y conocidas de la parida y algunos hombres entraban en la habitación y no salían hasta*

⁵ José Luis Concepción, *op. cit.*, p. 13.

⁶ Domingo J. Navarro (1895). *Recuerdos de un Noventón*, Las Palmas: Tip. de “La Verdad”, pp. 62-67.

*medianoche, dejando dos o tres en vela mientras no aclarase el día*⁷. Durante estas “veladas” o velorios los asistentes se entretenían con cuentos picarones, juegos de prendas e incluso alguna descamisada⁸ o desgranada.

La costumbre originó a razón de que muchos recién nacidos amanecían muertos a la mañana siguiente de su llegada al mundo en la cama de sus madres. Esto se atribuía a que las brujas habían entrado en la habitación de la recién parida y le habían chupado al bebé la sangre. Para evitarlo, se utilizaron primero artimañas como poner una escoba con las ramas hacia arriba tras la puerta, o unas tijeras abiertas en cruz bajo la cama, pero nada funcionaba y los recién nacidos seguían apareciendo muertos, y amoratados, junto a sus madres la mañana tras su nacimiento. Para contener a las brujas, unas mujeres empezaron a velar por las noches a la madre y a la criatura, a la que se turnaban en coger en brazos mientras rezaban. El remedio resultó ser eficaz y se instauró la costumbre de velar a la recién parida hasta la novena y última noche, en la que se recompensaba a los asistentes con un baile.

Como aclara Navarro, la muerte de los recién nacidos no era obra de las brujas sino del descuido de las madres, que durante el sueño los asfixiaban sin darse cuenta.

También y en relación a los nacimientos hablaremos del “zorrocloco”. El zorrocloco se personificaba en la figura del marido de la parturienta y padre de la criatura, que pensando que él tenía tanto derecho como la recién parida a recibir atenciones se metía en cama, como su mujer, para ser el centro de las atenciones de sus vecinos.

El Bautismo

Los bautizos se celebraron en su día con tanta pompa y solemnidad como las bodas. Se hace referencia, en primera instancia, a las celebraciones de familias adineradas; a que la falta de recursos simplifica cualquier rito o celebración. Domingo J. Navarro en sus *Recuerdos de un Noventón* nos hace una descripción del protocolo a seguir antes de que, según él, empezáramos “*á bautizar de tapadi lo á nuestros hijos*”⁹. José Concepción también habla de esta tendencia de reducir la pomposidad de los bautizos cuando dice,

⁷ Domingo J. Navarro, *op.cit.*, p. 65.

⁸ Para saber más sobre las descamisadas ver texto El Ocio y los Deportes, p 580 y 582.

⁹ Domingo J. Navarro, *op. cit.*, p.62.

haciendo referencia a las primeras décadas del siglo XX que: “*El bautismo no era muy celebrado, en el mayor de los casos. Una vez bautizado el niño, los padres y padrinos, se empezaban a tratar de compadres, aunque fueran amigos, y el tú se convertía en usted, por respeto*”¹⁰.

Por apreciar los cambios en cuanto a costumbres que han tenido lugar en la sociedad laspalmeña, se hace referencia a esos preparativos enumerados por Navarro: “*Se engalanará la alcoba con brillantes cortinas de damasco y colocando en su lugar los almohadones, colcha, rebocillo, chambra y papalina, cuajados de riquísimos encajes*”, se embellecerá a la criatura con “*recamados naguados y faldillas*”, se preparará “*el suntuoso banquete del medio día*” y vistiendo cada cual “*sus mejores galas*” se asistirá a la ceremonia en la iglesia del Seminario hacia las once de la mañana.

Llegados a este punto hablaremos de una figura importante dentro del entramado familiar gran canario, el padrino. La persona elegida como padrino de la criatura debería, en primera instancia, correr con los gastos de la novena, de las cuarenta gallinas que debía consumir la parturienta tras dar a luz y del bautizo, lo que implicaba pagar al cura y a los sacristanes, además de dar limosna a los pobres que esperaran en la puerta y de distribuir “*anises y almendras confitadas con singular profusión*”, como describe Navarro¹¹.

Ya de vuelta al hogar familiar, el padrino tomaba a la criatura en sus manos y se la devolvía a su madre con las siguientes palabras: “*Comadre, V. me entregó su hijo pagano y yo se lo devuelvo cristiano*”.

A continuación aún debía el padrino correr con más gastos, ya que era su obligación proveer de rape, tabaco negro y tabaco verdino a las muchas personas que durante ese día pasarían a visitar a la familia. Finalmente, a la una, se celebraba el banquete, que se alargaría mientras las viandas y bebida lo permitieran.

¹⁰ José Luis Concepción, *op.cit.*, p.13.

¹¹ Domingo J. Navarro, *op. cit.*, p. 63.

La novena o la última

“Así se denominaba en Gran Canaria”, escribe Isaac Viera en su obra *Costumbres Canarias*, “la postrera noche de los velorios, que se celebraba en los humildes hogares de las gentes de pueblo cuando alguna mujer ha salido bien de su alumbramiento”¹².

Este autor explica que el velorio duraba un número de días que dependían de las posibilidades del “jefe del cotarro”, y no especifica que debieran ser ocho días como los autores previamente citados. Por el capítulo dedicado por Viera a esta costumbre, la de celebrar la última, se desprende más que en otros textos el hecho de que estas reuniones eran ocasiones señaladas en las que el objetivo de “los mozos y las mozas” era el de buscar pareja o, al menos, tantear el terreno. En el mismo capítulo habla Viera de una última a la que había asistido (siendo la fecha de publicación de la obra 1910) en casa de un patrón de barco en el Risco de San Nicolás. En una esquina de la habitación donde se daba la fiesta había una mesa dispuesta con copas y botellas, mientras que amenizaba la música de guitarras y bandurrias y las parejas disfrutaban del baile hasta la una o las dos de la madrugada.

La última se celebraba la noche del bautizo y sus gastos corrían a cargo del padre y del padrino del bautizado. Se convidaba a los asistentes a vino, aguardiente, roscas, torrijas y almendras confitadas.

Apuntar al recién nacido en el Registro Civil

El último de los pasos seguidos tras un nacimiento era (y es) apuntar al recién nacido en el Registro Civil. Entendemos que esto es una obligación burocrática y que por ello no tiene nada de costumbre, pero mencionamos el caso de Óscar Gutiérrez Ojeda, entrevistado del proyecto Redescubre tu Ciudad, al respecto, y señalamos que el suyo no es un caso aislado. Don Óscar dijo:

Como habrás visto ahí [señala al libro escrito por él, *De Cuando Era un Chiquillo*] yo nací el 3 de octubre. Mi padre tenía una libreta donde anotaba cosas importantes, como el nacimiento de sus hijos. Tenías unos días para apuntarte en el registro como ciudadano, y a mi padre se le pasó el tiempo,

¹² Isaac Viera (1910). *Costumbres Canarias*, Madrid: Imprenta Latina, p. 43.

lo que quería decir que tenía que pagar una sanción. Apareció por el juzgado 26 días más tarde, el día 29 de octubre, así que oficialmente yo nací el 29 de octubre. Toda mi documentación dice que nací el 29 de octubre, pero yo siempre he celebrado el día 3, que es la fecha de mi nacimiento real. En aquella época no había ningún médico que certificara el nacimiento de nadie. Había una comadrona, que ni siquiera era una mujer titulada, si no una mujer que sabía de partos¹³.

Los ritos de muerte

Los entierros

En primer lugar se hace referencia a los entierros de las familias adineradas. Domingo J. Navarro recoge todas estas formalizadas en el capítulo “Un banquete y un entierro. El compadre Molina”¹⁴.

El compadre Molina era, en palabras del autor, la persona a la que recurrir en el caso de la muerte de una persona de alta categoría.

Lo primero que haría Molina sería tener dispuesto al barbero para realizar las pertinentes sangrías a la familia del difunto mientras se distribuía una bebida “antistérica”. Además, llevaba el compadre un manojo de plumas de gallina que quemaba para hacerlas oler a las señoras que “*en señalada ocasión debían ‘histericarse’ en recuerdo del difunto*”¹⁵.

La preparación de sala donde se velaría al difunto, pues recientemente los muertos se velaban en casa, requería que se despejara de cualquier adorno, incluidas cortinas, tapices, cuadros y espejos, y tras cerrar puertas y ventanas se “*echaba el sahumero de incienso*”.

Era entonces cuando testamento en mano Molina se dirigía hacia la Catedral para hacer la señal e indicar que se dieran los dobles de Regidor Perpetuo. Acto seguido se

¹³ Óscar Gutiérrez Ojeda en la entrevista: *Memorias del barrio de Vegueta*, para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 27 de octubre de 2008, p. 2.

¹⁴ Domingo J. Navarro, *op.cit.*, pp. 68-73.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 72.

compraba la mortaja y avisaba a los tres conventos de la ciudad para que se turnasen en mandar una comitiva en representación primero a los responsos y finalmente a la procesión fúnebre sin que faltaran la vigilia, la misa de réquiem y el responso final de cuerpo presente.

Tras el sepelio seguirían nueve tardes con sus noches en las que se debía atender a las visitas que venían a presentar sus respetos a la familia.

Emilio Valle Gracia habla, por su parte, de los entierros nocturnos. Estos se sucedieron en la ciudad capitalina hasta 1919, año en el que el ayuntamiento puso fin a esta tradición (una Ley de Sanidad prohibía los entierros después de la tarde). Define el autor estos “*entierros nocturnos hacia el cercano cementerio, con el trono tenebroso orlado de monaguillos portadores de lúgubres faroles*” como sucesos que “ponían misterio y sobresalto en nuestros corazones”¹⁶.

El escritor grancanario Alonso Quesada, bajo el pseudónimo de Gil Arribato, relata dos historias sobre los entierros. La primera nos traslada a la galería de una casa de Vegueta en la que se reúnen un grupo de mujeres que cosen y zurcen. Las mujeres, al oír un canto fúnebre, se asoman a la ventana entornada para ver quién es el difunto. Antiguamente, la actividad de la población de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria se paralizaba ante una procesión fúnebre, arrodillándose las mujeres a su paso y destapándose la cabeza los hombres. Esto afectaba sobre todo los residentes a lo largo de la calle Mayor de Triana y de los alrededores del puente de Verdugo, siguiendo el recorrido una vez cruzado el barranco por delante de la Catedral de Canarias para después desviarse por la calle de los Reyes Católicos hasta el cementerio.

¹⁶ Emilio Valle Gracia (1971). *Cuaderno de recuerdos triviales*, Las Palmas de Gran Canaria: Lit. Saavedra-La Naval, p. 17.



Cortejo fúnebre tras el traslado a Gran Canaria de los restos de don Fernando León y Castillo, 1928. Fuente: FEDAC

Los ciudadanos eran muy conscientes de cualquier defunción que aconteciera en la ciudad, ya que todo muerto debía realizar ese último camino “pa’ las plataneras”. Con esta expresión se daba nombre al último paseo daban los muertos hacia el cementerio, que estaba rodeado de fincas de plataneras. Óscar Ojeda Gutiérrez, confirmó que también se usaban expresiones como -“*¡A este se lo llevaron a las plataneras!*”- y otra menos conocida pero igualmente interesante: -“*¡Este!, ¡a este se lo llevaron a casa de Monzón!*”. Monzón era por aquel entonces el sepulturero del cementerio, y vivía en una casa contigua al camposanto bajo concesión del ayuntamiento, de ahí que morir, acabar en el cementerio, fuera acabar “*en casa de Monzón*”¹⁷.

Para dar fe de lo arraigada que estaba la expresión “de las plataneras”, citaremos las palabras del autor Pancho Guerra en boca de su más conocido personaje, Pepe Monagas, cuando comenta que los niños traviesos “hacen exclamar a la madre canaria, toda elementada: “*¡Ay, infiesno, que me vas a mandar pa’ las plataneras!*”¹⁸.

Recordemos, además, que hacia el año 1900 la población de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria no superaba los 50.000 habitantes (en comparación a los más de 380.000

¹⁷ Óscar Gutiérrez Ojeda, *op.cit.*, p. 11.

¹⁸ Pancho Guerra (1971). *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, Tomo IV, Madrid: Asociación Pancho Guerra, p. 41.

con los que cuenta en la actualidad)¹⁹, siendo harto utilizada la expresión “nos conocíamos todos” para definir a esa comunidad.

Pero volviendo al relato de Gil Arribato, es comprensible que las mujeres que cosían en la galería, al no saber de quién era el entierro pero al ver que era “de esas personas que se dicen conocidas” por la gran afluencia de gente, se desvivieran por enterrarse sobre la identidad del difunto. El capítulo termina así:

Es terrible para estas señoras no saber de quién ha sido este entierro. Ellas no pueden seguir zurciendo. Se levantan nerviosas, se vuelven a sentar. Últimamente una de ellas da un gran suspiro, extiende los brazos y exclama:
-¿Ha llegado ya el periódico?
-Niña, ¿tan temprano?
-Jesús, tengo ganas de que llegue para saber de quién ha sido el entierro²⁰.

Los entierros de los niños

En “Un niño a muerto” hace referencia Gil Arribato, a los “entierros blancos”, los entierros (en ataúd blanco) de niños, que eran antaño mucho más frecuentes que en la actualidad. Estos mayores índices de mortandad infantil tenían su origen en la falta de ayuda médica a la hora de dar luz, siendo lo más común que asistiera al parto una matrona que carecía de formación reglada, además de en la malnutrición infantil y a razón de unas muy deficientes condiciones sanitarias.

Critica el autor la costumbre de los entierros nocturnos, sobre todo cuando se trata de un niño: “Un entierro de noche, el entierro de un niño, donde se cantan estos cantos terribles es lo más amargo de la muerte”²¹.

¹⁹ Fuente: Instituto Nacional de Estadística [en línea] disponible en: <http://www.ine.es/jaxi/tabla.do> [consultada 12 diciembre de 2008].

²⁰ Gil Arribato (1919). *Crónicas de la ciudad y de la noche*, Las Palmas de Gran Canaria: Tipografía del Diario, pp. 63-64.

²¹ *Ibidem*, p. 161.

Continúa, más adelante, la crítica a dicha costumbre:

Un niño se ha muerto, y los hombres lo meten en una caja blanca, y en lugar de llevarlo por unas calles llenas de sol, un día claro, lo sacan de noche, como ladrones, y ostentosamente, académicamente, lo conducen entre cantos funerarios que acongojan y detrás de una cruz vestida de blanco, una cruz solamente hecha para los muertos más graves de la religión y de la vida católica.

Los entierros de los pobres

Como se ha dicho, las costumbres y ritos dependían en gran medida de las posibilidades económicas de las familias de los difuntos. De ello también dependía que el difunto pudiera realizar su último paseo hacia el cementerio en carro y con ostentación o sobre los hombros de familia y amigos, quienes se turnaban para acarrear el féretro con mucha más discreción.

Para los casos en los que ni familia había para despedir al muerto, el ayuntamiento contaba con una caja para el servicio, y contrataba a cuatro porteadores del muelle de San Telmo para realizar la faena.

El escritor Pancho Guerra nos regala al respecto un divertido relato titulado “De cuando Pepe Monagas y tres más le *jincaron* su montada a cuatro pollitos de gente rica”²². La historia se desarrolla “en el tiempo en el que el acarreo para las plataneras se hacía de noche”; según la condición social del difunto precedido de una hilera de faroles o en la más absoluta oscuridad. El muerto en cuestión era un tal “Juan Pitín, sin tener donde caerse muerto ni nadie que lo revolviere”. Para estos casos, nos explica Pancho Guerra, el ayuntamiento ponía la caja y contrataba a cuatro palanquines, encomendándoles la tarea de portar al difunto. En esta ocasión, los cuatro palanquines resultaron ser el personaje costumbrista Pepe Monagas y otros tres amigos, que tras cobrar su dinero agarraron la caja y se pusieron a la faena.

²² Pancho Guerra, *op.cit.*, pp. 45-47.

A mitad de la calle de la Marina (hoy Francisco Gourié) se encontraron los porteadores con cuatro pollitos, “*cuatro hijos de gente rica, socios del Casino y tal, pero con tendencias románticas y bohemias*”. El caso es que llegados al Teatro uno de ellos propuso relevar al contratado cuarteto, a lo que los otros gratamente accedieron. Cuando los pollitos alcanzaron la plaza del Pilar Nuevo, cansados y buscando a su vez el relevo, se dieron cuenta de que “¡Detrás no venía nadie!”.

A punto estuvieron los bohemios de dejar al muerto en la plaza, cuando apareció el guardia de la calle de los Reyes y se vieron obligados a continuar hasta el cementerio.

Otros ritos funerarios

Existían, además, en las islas otros usos y costumbres cuando alguien moría.

José Luis Concepción comenta la costumbre que tenían los amigos de traer un plato preparado a la familia del difunto “ya que, por lo general, no se encendía el fuego ese día por respeto y también por superstición”²³.

En estos años las mujeres no asistían al entierro. Ellos asistían a la “*salida de misa funeral, que normalmente era al tercer día del entierro*”²⁴. Muy distinto era también el papel desempeñado por los hombres y por las mujeres durante los velorios. De ello habla don Óscar Gutiérrez:

OG: En esa época, alguien moría y estaba en su casa hasta el momento de salir para el cementerio. Entonces, en la habitación más próxima a la calle, se ponía el féretro, y se colocaban, por todas las paredes, montón de sillas. Allí se sentaban las mujeres con el rosario en la mano [Hace gesto de rezar con el rosario pasando las cuentas], a rezar y a criticar unas con otras, de camino.

[INTERRUPCIÓN]

OG: Las casas, en aquella época, eran casas terreras casi todas. Esta era la casa, esta era la calle, aquí la puerta, aquí la habitación que te digo y aquí, al

²³ José Luis Concepción, *op.cit.*, p. 63.

²⁴ *Ibidem*, p. 64.

final, había un patio [Dibuja un croquis], tenían su piso, o había plantitas. Algunos tenían hasta su pequeña huertita, y a los hombres se les mandaba aquí.

CP: Separados de las mujeres.

OG: Las mujeres aquí reza que te reza y los hombres atrás donde no se rezaba.

CP: ¿Y qué hacían los hombres, entonces?

OG: Los hombres llegaban aquí, en la entrada saludaban a todos los doloridos y ya seguían para el fondo. Después hablaban entre ellos. ¡Porque aquello duraba toda la noche!

CP: ¿Hasta por la mañana?

OG: ¡Hasta la hora del entierro! Toda la noche.

CP: ¿Y la gente iba sin dormir, entonces?

OG: Sí, sí. O a lo mejor te marchabas a las tres, y otro decía: “Yo lo que hago es que me levanto temprano y vengo a las cuatro.”

CP: Para que siempre hubiera gente.

OG: Aquello siempre estaba lleno de gente. Entonces, a eso de la media noche, más o menos, para los hombres aparecía el café y la copita de coñac; botellita de coñac y copas. Y claro, ya empezaban los hombres a tomarse sus pizcos, y ya no se podía evitar el chiste. Todo el mundo agobiado aguantando la risa, porque estabas en un duelo.

CP: Por respeto.

OG: Por respeto, pero aquello era, como decimos aquí: “¡Aquello era una verdadera coña!”.

CP: ¿Y las mujeres?

OG: Las mujeres todas aquí delante, todas. Y cuando ya no cabían más, en el pasillo se sentaban, las mujeres²⁵.

²⁵ Óscar Gutiérrez Ojeda, *op.cit.*, pp. 12-13.

Las plañideras

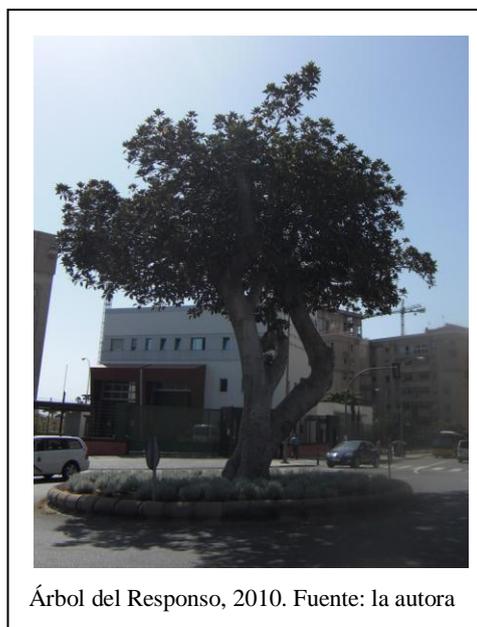
Isaac Viera explica que antaño costumbre en las islas que las mujeres amigas de la familia del difunto llorasen como plañideras en las visitas de duelo.

Si el difunto era pudiente y no contaba con amigas de la familia que le lloraran su muerte también era posible pagar a un grupo de plañideras, normalmente ancianas y viudas, para que le lloraran en el velorio. *“Las jóvenes no tenían, como las viejas, las lágrimas alquiladas para (...) derramarlas a su antojo, (...) así es que llevaban una cebolla mondada debajo del manto”*²⁶. Además, continúa este capítulo dedicado a “Las visitas de duelo” diciendo que *“Las señoras, en sus lloriqueos “pro” fórmula, atribuían loables cualidades morales al finado”*, aunque estas no fueran merecidas. Finalmente, se lamenta el autor de que *“Ogaño no lloran las mozas ni con cebollas en las referidas visitas”*.

El Árbol del Responso

El Árbol del Responso es una seña de identidad de los residentes de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria muy ligada a sus ritos funerarios. Óscar Gutiérrez Ojeda dijo al respecto: *“Aquí [En el Árbol del Responso, en calle Eufemiano Fuentes con Reyes Católicos] terminaba la procesión, aquí se marchaba todo el mundo, y sólo los más doloridos continuaban hasta el cementerio”*²⁷.

La historia de este emblemático árbol dice: cuando en 1834 el Ayuntamiento cedió a la colonia británica unos terrenos para sus muertos quedó por resolver el problema de las confesiones protestantes, que carecían de sitio para sus pompas fúnebres, arreglándose con la cesión de una parte del cementerio católico. A la hora de despedir oficialmente al finado se planteaba un conflicto entre el rito protestante y el católico. El cónsul británico medió para que



Árbol del Responso, 2010. Fuente: la autora

²⁶ Isaac, Viera, *op.cit.*, p. 77.

²⁷ Óscar Gutiérrez Ojeda, *op.cit.*, p.11.

protestantes y católicos lograran convivir también en la “paz” de los cementerios. Se decidió que los muertos protestantes recibieran el responso de su pastor protestante, justo antes de llegar al cementerio de Vegueta, debajo del inmenso laurel de Indias que daba sombra a toda la comitiva. La costumbre se siguió cuando se produjo la epidemia de cólera del año 1851. La acumulación de cadáveres hizo crecer el miedo al contagio por lo que se decidió despedirse de los muertos bajo el mismo árbol, consagrándose el nombre con el que ha entrado en la historia: el Árbol del Responso²⁸.

Otras celebraciones religiosas y paganas

Antaño la Iglesia Católica poseía un gran número de días de fiesta de precepto, en las que la población tenía la obligación de descansar y asistir a misa. La secularización de la sociedad ha resultado en la supresión de varias fiestas, o en su traslado al domingo más inmediato, con lo que los días de descanso se han visto sensiblemente reducidos.

En algunas de estas fiestas el pueblo interviene como mero espectador, mientras que en otras es el principal actor. Además, cabe contrastar el carácter estrictamente religioso de algunas celebraciones en oposición a otras en lo que lo sacro y lo secular se conjugan, siendo las celebraciones de este segundo tipo las que “*desbordaban el ámbito de los templos e invadían la calle, los hogares, la vida*”²⁹.

A continuación haremos una relación de las principales fiestas religiosas y seculares que o bien fueron populares antaño y han desaparecido o que por el contrario siguen siendo populares y celebrándose.

²⁸ Amalia Bosch Benítez (2006). “El Árbol del Responso: árbol singular” [en línea] artículo disponible en <http://laspalmas.blogia.com/2004/092202-el-arbol-del-responso-arbol-singular.php> [consultado 10 de enero de 2009].

²⁹ José Miguel Alzola González (1982). *La Navidad en Gran Canaria*, Madrid: Artes Gráficas Clavileño p. 16.

Las celebraciones de carácter religioso

Los Finados

Los canarios, siguiendo una extendida tradición religiosa en todo el mundo, rinden culto a sus difuntos en el mes de noviembre. Era tradicional, en las casas, sentarse alrededor de la mesa la familia para contar historias que rememoraran a los difuntos al mismo tiempo que se tomaba un postre “*que recibía el mismo nombre que la festividad: los finados*”, y preparado a base de castañas guisadas; también se bebía ponche y tomaban, además y de ser posible, otros manjares de la temporada como higos pasados con nueces, dátiles, frutos secos o manzanas asadas³⁰.

Tanto jóvenes como mayores salían a las calles en grupo para cantar de puerta en puerta: los jóvenes con la esperanza de llenar los bolsillos de castañas y algún otro fruto seco, y los mayores para recaudar limosnas para las almas benditas. Estas tonadas reciben el nombre de ranchos de ánimas. Como los ranchos de ánimas enlazaban los Finados con la Navidad los ranchos de Navidad, que antaño existían con total autonomía, fueron absorbidos por los ranchos de ánimas. El antaño cronista de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria Carlos Navarro Ruíz nos habla de los “*ranchos de cantadores*” típicos por estas fechas, en las que encontramos a los ciudadanos “*acompañados por guitarras, repique de azadores y cascabeles, cantando canciones alusivas y pidiendo por las ánimas benditas*”³¹.

Si se desea conocer mejor esta singular parte de nuestro patrimonio musical recomendamos que consulte el Archivo Sonoro de Literatura Oral Maximiliano Trapero en el portal Memoria digital de Canarias de la Biblioteca General de la ULPGC³².

En la actualidad, la fiesta de los Finados se limita a la costumbre de visitar la tumba de los familiares y seres queridos en los cementerios, adornándolas con flores y velas; se ha perdido la costumbre de sentarse alrededor de la mesa y rememorar a los que ya no están entre nosotros contando historias sobre su vida.

³⁰ *Ibidem.*, p. 18.

³¹ Carlos Navarro Ruíz (1944). *Tradiciones Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria: Tip. Diario, p. 108.

³² Consultar en la página Web del portal Memoria digital de Canarias (mdC) de la ULPGC disponible en: <http://mdc.ulpgc.es/portal/maximiano/?id=33>

Vegueta se ha convertido en el último reducto de la capital grancanaria donde sobrevive la vieja tradición de los finados. La Orden del Cachorro Canario y la Asociación de Vecinos Casco Histórico Vegueta-Triana La Unión mantienen viva, desde hace varios años, la tradición de los finados³³, y se organizan actuaciones de malagueñas en la plaza de Santo Domingo y en el entorno de Mendizábal.

Santa Catalina de Alejandría, 25 de noviembre.

Esta era una fecha de gran relevancia para la cocina canaria, ya que era el día en el que se empezaban a preparar y vender los pasteles de carne navideños. Carlos Navarro Ruíz, dice: “(...) *los sabrosos pasteles de carne de cerdo, que el apetito reclama desde el día de Santa Catalina, en que según vieja costumbre empieza su pregón y venta*”³⁴.

Al igual que el *meat pie* (pastel de carne) británico, es muy posible que estos pasteles fueran antaño bocado destinado a las mesas de las clases obreras. Alzola cita pasajes de La Vida del Buscón, de Francisco de Quevedo, en los que sus protagonistas comen dichos pasteles. También cita a Xavier Domingo: “*hace siglos, pero tampoco tantos, tan sólo tres o cuatro, las calles de todas las ciudades de España se llenaban del buen perfume a hojaldre, a azafrán, a clavo y a jengibre y los pasteles de carne se expedían a todas horas del día (...)*”³⁵.

El origen del pastel de carne grancanario remonta a las familias peninsulares que se asentaron en la isla tras la conquista castellana, aunque una vez aquí los pasteles adquirieron ciertas peculiaridades. Entre estas peculiaridades encontramos la sustitución de la carne de carnero por la de cerdo, ya que era este último animal el que se podía encontrar en la mayoría de las casas de campo de Gran Canaria y en los Riscos de su capital.

En cuanto a los ingredientes con los que se condimenta la carne de cerdo son el azúcar, la manteca de cerdo, el clavo, los ajos, y el perejil son ingredientes comunes tanto a los

³³ J. Darriba y B. Tejeda (2005). “Finados contra *Halloween*” [en línea], edición digital del periódico Canarias 7 publicado el 11 de noviembre de 2005, disponible en: <http://www.canarias7.es/imprensa/articulo.cfm?Id=1095468> [consultado 12 octubre de 2008]

³⁴ Carlos Navarro Ruíz, *op.cit.*, p. 108.

³⁵ José Miguel Alzola González, *op.cit.*, p. 31.

pasteles gran canarios como a los de otras regiones españolas. El azafrán y las migas de bizcocho molido parecen ser una aportación de tierras canarias.

Desde el siglo XIX, los pasteleros de la ciudad se afanaban en estas fechas confeccionando los pasteles de carne. Muchos de estos pasteleros y pasteleras tenían un



horno en casa y allí vendían su producto. Las tiendas dedicadas exclusivamente a la venta de dulces empezaron a aparecer en la ciudad a principios del siglo XX. El oficio era uno que se transmitía de padre a hijo, o de madre a hija, por lo que era frecuente que un apellido fuera reconocido como panadero y confitero durante generaciones. Pongamos por ejemplo el caso de Agustín Santana, un pastelero de Vegueta con horno en García Tello 8 que formó escuela.

Tras su muerte en 1888, sus empleados siguieron publicando el pertinente anuncio con el que se informaba del inicio de la venta de estos manjares:

Los afamados pasteles de don Agustín Santana no han acabado, pues los confeccionamos con el mismo esmero en su casa, calle García Tello, sus nuevos dueños, antiguos trabajadores de ella³⁶.

El hijo de Agustín también siguió los pasos de su padre. Se trasladó al barrio de Triana y allí abrió La Perla, en la calle Cano, que tras muchos años al servicio del público cerró sus puertas en los años 30.

Desde 1873 se tiene constancia de anuncios publicados por pasteleros de la capital Gran Canaria anunciando el comienzo de la temporada de los pasteles navideños³⁷. Los anuncios eran frecuentes en estas fechas, tal y como podremos comprobar si estudiamos

³⁶ *Ibíd.*, p. 41.

³⁷ Periódico La Verdad, 28 de noviembre de 1873, disponible en la biblioteca del Museo Canario.

las publicaciones antiguas del Diario de Las Palmas (por ejemplo del 28 de noviembre de 1896, 19 de noviembre de 1897 ó 23 de diciembre de 1899).

Más recientes son los pasteles de carne elaborados en La Granadina, dulcería ya cerrada de la calle Cano, o los de la Pastelería Morales, que aunque recientemente cerró las puertas de su establecimiento en Vegueta (en un edificio que data del siglo XVI) sigue atendiendo a sus clientes en su tiendas de Viera y Clavijo. Otra pastelería con una larga tradición en la confección de pasteles de carne es la centenaria Dulcería Parrilla. En ella, Elena Parrilla, actual propietaria y nieta del fundador, prepara con esmero y dedicación estos deliciosos pasteles para disfrute de sus clientes siguiendo la receta que le fue transmitida por sus tías, quienes sucedieron al fundador cuando este se retiró en la regencia del negocio³⁸.

Para finalizar el comentario que compartió con Redescubre tu Ciudad cuando se le preguntó sobre los pasteles preferidos de la infancia:

Creo que nos gustaban todos, porque no recuerdo ninguno en especial. Sí tengo un recuerdo claro de los pasteles de carne de la Granadina, en su día los mejores que había. Los de Parrilla, hoy en día, son muy buenos también, muy tradicionales, pero los de la Granadina eran deliciosos. Yo he encontrado referencias a unos pasteles de carne similares a los de la Granadina en un recetario de unas monjas granadinas del siglo XVI. Los pasteles, aquí, en el XIX, ya se hacían, pero a finales del XIX, cuando vinieron los de la Granadina, que la llamaron así porque ellos eran de Granada, trajeron una receta. José Miguel Alzola en su libro *La Navidad en Canarias* tampoco lo aclara del todo, pero sí es verdad que los pasteles tienen un cierto aire arabesco en cuanto a su condimentación.

³⁸ Para saber más sobre la Dulcería Parrilla consultar a Elena Parrilla en la entrevista: *Parrilla, más de un siglo de "dulce" tradición en el barrio de Triana* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 19 de agosto de 2009.

Los belenes, 13 de diciembre

Muy típicos de las casas canarias son los nacimientos, los belenes, representación física de la natividad de Cristo. Las figuras básicas en un nacimiento son la sagrada familia, representada por la Virgen, San José y el recién nacido Jesús, emplazados dentro de un portal o pesebre, con ángeles volando sobre el pesebre y animales y algún pastorcillo alrededor. Esto hasta el día seis de enero, en el que se deben haber aproximado los tres Reyes Magos, paulatinamente, hacia el pesebre para rendir homenaje al hijo de Dios.

Con el tiempo, y la mejora de la situación económica de las familias, se han ido incorporando nuevas figuras al belén representativas de las escenas cotidianas del quehacer diario.

En la actualidad, esta bonita tradición, en la que participaba toda la familia y que se iniciaba el 13 de diciembre con la siembra de lentejas, trigo y alpiste para decorar los valles de Belén, ya no está tan extendida, aunque sigue habiendo familias que la viven con fervor y que cada año se regalan una o dos nuevas figuritas, compradas quizás en el Bazar Peregrina, en la calle homónima, en Triana, del que Heliodoro Ayala, dueño hasta que su hija Isabel tomó las riendas del negocio, nos ha comentado que ya les visita hasta la tercera generación de una familia en busca de esa figurita especial³⁹.



El Bazar Peregrina, en la calle homónima, ha surtido ya a tres generaciones de afamados belenistas, 2009. Fuente: la autora.

Tras la siembra de semillas, entonces, se construía la mesa o palanquín sobre la que se montaba el conjunto. Recordemos que como antaño las casas eran más grandes también

³⁹ Para saber más sobre la historia del Bazar Peregrina consultar a Heliodoro Ayala Benítez en la entrevista: *Bazar Peregrina, comerciando en el barrio de Triana desde 1965*, para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 13 y 27 de agosto de 2009.

lo eran las dimensiones de los belenes, además de ser frecuente elegir “una habitación noble de la vivienda, como la antesala o el cuarto de costura, con el fin de que las numerosas personas que en su momento solicitaran visitar el nacimiento no tuvieran que adentrarse en la casa.

A continuación se creaban las montañas, los riscos que rodeaban al portal y por los que debían avanzar los Reyes de Oriente hasta llegar a su destino, al pie del pesebre. De los tres materiales que era posible formar las montañas, corcho, malpaís o cañas y papel, el primero era el más codiciado, quizás por lo difícil de conseguir que era el corcho. La escasez de alcornoques en la isla hacía que sólo algunos conventos e iglesias pudieran disponer del preciado material para la confección de sus montañas belenistas. El malpaís o picón era el material más usado, muy abundante en la isla, dotando al conjunto de gran realismo. “*Lo que privaba entonces – comenta Alzola - eran los riscos rampantes, que algunas veces llegaban hasta el mismísimo techo de la habitación (...)*”. Entonces se añadían las cuevas, los senderos, las barranqueras y finalmente a los pastores, las casas, y los árboles y rebaños. Se recomienda añadir musgo para dar “*un toque de verdor*”⁴⁰.

También hace Navarro Ruíz breve mención a los nacimientos. Para describirlos dice: “*(...) hoy [a mediados de los años cuarenta] son obras de arte construidas en Iglesias, Conventos y casas particulares, esmerándose todos en su ejecución*”⁴¹. Grandes alabanzas reciben los nacimientos de don José Rodríguez Iglesias, de quien admira no sólo el gran trabajo que realizaba en estas fechas al confeccionar su nacimiento, si no su buen talante y trato con todo el que pasara por su casa para visitar el belén.

Nochebuena y Navidad: 24 y 25 de diciembre

La Nochebuena estaba precedida por un largo prelude de casi 50 días de celebraciones y festejos que empezaban con los ranchos de ánimas, pasando por la confección y venta de los pasteles de carne y la preparación de los belenes para llegar, el 24 de diciembre a las 12 de la noche, a la tradicional Misa del Gallo, y una vez acabada se disfrutaba en familia de una sabrosa cena.

⁴⁰ Ibídem, p. 54.

⁴¹ Carlos Navarro Ruíz, *op.cit.*, p. 109.

En la actualidad la Navidad también parece estar precedida de un largo prólogo, pero da la impresión de que este se limita, únicamente, a preparar a los consumidores para el tremendo esfuerzo y gasto que supone la compra de regalos y la desmedida ingesta de alimentos que se suceden en estas fechas hoy en día. Además, y aunque se siguen preparando los pasteles de carne y montando los nacimientos (aunque mucho más pequeños, entre otras razones, porque las viviendas también lo son) ya no es requerido protocolo respetar las fechas fijadas para cada tradición.

El 24 de diciembre era hasta hace unas tres o cuatro décadas un día de ayuno y abstinencia. Por ello, los católicos debían esperar hasta pasada la media noche para poder disfrutar de la “*gran cena de cazuela de gallina y de pasteles de carne de cerdo*”⁴².

El pescado, que para los isleños era el plato más frecuente, se sustituía en esta noche especial por las aves, el cordero, el cabrito o el cerdo. La cazuela de gallina, “enriquecida con yemas, abría la cena y preparaba los estómagos castigados por el ayuno”⁴³ para el resto de platos a degustar. De entre estos platos encontrábamos las truchas de batata (aún de obligado consumo), el queso de almendras (réplica del mazapán peninsular), el bienmesabe, presente antaño en todas las comidas navideñas y los huevos moles, postre del que Alzola dice, respecto a su preparación, que se consideraba “como la tesis doctoral para acceder al grado de gran repostera doméstica”⁴⁴. Si bien es cierto que estos manjares se siguen disfrutando en la actualidad, no se circunscriben, como antaño, a estas fechas, en las que el marisco, la pata de cerdo, los turroneos y los polvorones han conquistado el menú navideño.

El día de Navidad era para visitar los nacimientos confeccionados por familiares, amigos y vecinos. Con las puertas abiertas los vecinos de la ciudad recibían visita tras visita hasta la hora del almuerzo, cuando la familia se retiraba para disfrutar, una vez más, de una comida en familia. En la actualidad el menú del día 25, y el carácter familiar con el que se celebraba dicha comida, empieza a perder fuerza por la costumbre de jóvenes y cada vez más de los adultos de celebrar el día de Nochebuena asistiendo a

⁴² Domingo J. Navarro, *op.cit.*, p. 96.

⁴³ José Miguel Alzola González, *op.cit.*, p. 85.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 86.

fiestas organizadas hasta altas horas de la madrugada, como si de un prelude de la entrada del nuevo año se tratara. Esta costumbre, que lleva practicándose unos 20 años, está cada vez más arraigada entre los jóvenes y ya ha sido, sin duda, causa de más de un disgusto en el día de Navidad cuando el cansancio o, directamente, la ausencia de la prole empaña la entrega de regalos (costumbre recientemente adoptada) o las visitas a parientes.

En las últimas décadas se ha introducido la anglosajona figura de Papá Noel en las fiestas navideñas españolas. Es cada vez más común que los padres regalen en estas fechas o al menos decidan dividir los regalos entre una fecha y otra. No obstante, el día estrella para los regalos y para los pequeños sigue siendo el 6 de enero. Y unos días antes, como afirma Ruíz Navarro: “(...) *la proximidad de los Reyes Magos preocupa a las imaginaciones juveniles con los regalos que han de recibir*”⁴⁵.

A modo de nota, se comenta que la despedida del año no se celebraba antaño con tanta profusión como en la actualidad. Era, más bien, una fecha que junto con el día de año nuevo pasaba inadvertida.

La visita de los Reyes Magos, 6 de enero

La visita de los Reyes Magos de Oriente tenía muy poco que ver, hace unas décadas, con la maratón consumista en la que se ha convertido esta fiesta en la actualidad.

Era propio, sobre todo de zonas rurales y a principios del siglo XX, escenificar el Misterio de los Reyes Magos en las iglesias. Isaac Viera describe en su obra *Costumbres Canarias* esta escenificación, que se complementaba con “*correr la estrella desde el coro hasta el altar mayor*”. Como describe Viera:

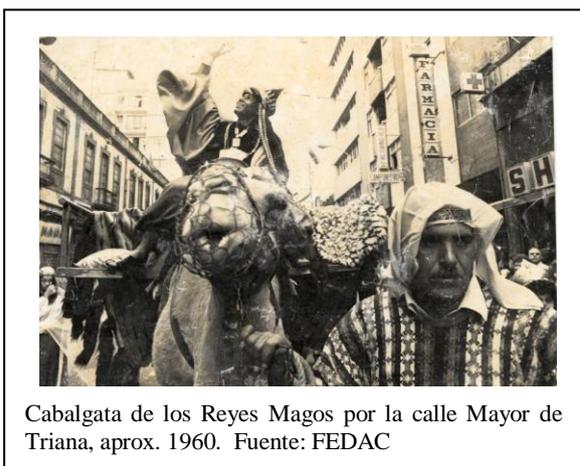
La iglesia queda en una especie de penumbra, destacándose el claro resplandor de la simbólica estrella (...). Los individuos que representan los Reyes Magos aparecen vestidos a la usanza de aquellos reyes de Persia y

⁴⁵ Carlos Navarro Ruíz, *op. cit.*, p. 108.

con plegadas tiendas y brillante comitiva avanzan por la nave central hasta el sitio que es trasunto de la cueva del Niño Dios⁴⁶.

Esta escenificación finalizaba con la aparición de Herodes y su orden de asesinar a todos los primogénitos varones de la ciudad y la salvación del niño Dios de la masacre, todo acompañado, según Viera, por la música de “*triángulos, guitarrillos, panderetas y violines*”⁴⁷.

La tradición de dejar los zapatos en el balcón, ventana, patio o salón en la víspera de reyes data, según investigaciones de Alzola, de mediados del siglo XIX. Para ello, hubo de salir la isla antes de la miseria económica en la que se hallaba sumida antes del desarrollo de los cultivos de la cochinilla primero y del tomate, el plátano y la papa después, todo ello impulsado por el desarrollo de la navegación a vapor.



Cabalgata de los Reyes Magos por la calle Mayor de Triana, aprox. 1960. Fuente: FEDAC

Ya en tiempos del cronista Domingo J. Navarro, a finales del siglo XIX, podíamos encontrar festejo en las calles, si bien este no fuera en forma de cabalgata de Reyes si no en forma de pasacalle en los que los tambores del regimiento “*felicitaban hasta que recogía la propina*”⁴⁸. La tradicional cabalgata de Reyes se la debemos

agradecer, en gran parte, al artista gran canario Néstor Martín Fernández de la Torre. Fue él quien con ingenio y escasos recursos organizó la primera cabalgata de Reyes que recorrió la calle Mayor de Triana. Tras su muerte, la Casa de Galicia se hizo responsable de que la visita de los Reyes de Oriente no faltara en la víspera de tan ansiado día.

Desde hace ya bastantes años, y aunque la cabalgata de los Reyes de Oriente ya no la recorre, los ciudadanos han tomado la costumbre de pasear por Mayor de Triana en

⁴⁶ Isaac Viera, *op.cit.*, p. 87.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 88.

⁴⁸ Domingo J. Navarro, *op.cit.*, p. 97.

vísperas del día seis, para disfrutar de la noche o para hacer compras de última hora. Desde hace unos años se permite montar puestos a lo largo de la calle y a los comerciantes abrir sus establecimientos hasta altas horas de la noche. Otra costumbre reciente es la de convertir la calle, ya de madrugada, en lugar de fiesta y encuentro de jóvenes y mayores, siendo casi imposible avanzar por la misma de la ingente cantidad de personas que allí se reúnen.

Esta fue ayer y es hoy una festividad sobre todo para los más pequeños, que si habían sido buenos recibirían un regalo, la mayor parte de las veces sólo uno, que aunque perecedero, como el caso de los caballitos de cartón que al meterlos en las aguas del barranco de Guiniguada se deshacían, hacían las delicias de unos niños mucho menos exigentes que los de hoy en día.

Se concluye esta sección dedicada a las fiestas navideñas con una tradición caída en desuso: la visita de la imagen del Niño Jesús de cada parroquia a la casa de los feligreses el día después de los Reyes. En las casas se preparaban pequeños altares con flores para que la figura del hijo de Dios descasara, y aunque el traslado de casa a casa se realizaba sin mayores formalidades a manos de una devota feligresa (generalmente soltera o viuda) la figura era acogida con emoción por las familias, en cuyas casas pasaba algunas horas y, en ocasiones, hasta pasaba la noche. Estas visitas terminaban el día 2 de febrero, fecha en la que también dejaban de confeccionarse los pasteles de carne y enmudecían los cantadores de los ranchos que habían amenizado las fiestas.

La Semana Santa, la “Semana Mayor” de Gran Canaria

La Semana Santa es la conmemoración cristiana de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. La festividad da comienzo el Domingo de Ramos termina con el Domingo de Resurrección. En cuanto al emplazamiento de estos días en el calendario, el inicio de la festividad se puede dar entre el 22 de marzo y el 25 de abril. Esto se debe a que el Domingo de Resurrección es el domingo posterior a la primera luna llena tras el equinoccio de primavera, variando el acontecimiento astronómico en el calendario según el posicionamiento de los planetas.

La Semana Santa va precedida por la Cuaresma, tiempo de purificación y recogimiento, para la que a su vez los ciudadanos se preparan con la celebración de las fiestas de

Carnaval, momento de diversión desenfrenada. La Cuaresma culmina en la Semana de Pasión, con la celebración de la Eucaristía el Jueves Santo; se recuerda la Crucifixión de Jesús el Viernes Santo y la Resurrección de Jesús en la vigilia de la noche del Sábado Santo al Domingo de Resurrección.

Sin embargo, la Semana Santa ya no es una fiesta estrictamente religiosa, como reflexiona el Sr. Laforet, sino que se ha convertido en una amalgama de tradiciones y costumbres fruto de las vivencias y experiencias de las personas que la celebran:

(...) la Semana Santa, aparte de ser un acto religioso, es un evento socio-cultural; por cultura debemos entender los modos socialmente adquiridos de pensar y actuar de los miembros de una sociedad⁴⁹.

Antes de ocuparnos de las procesiones de Semana Santa cabe puntualizar, como lo hiciera Laforet en la obra citada, que la “expresión pública de religiosidad no cobró identidad propia y no cuajó de modo definitivo, sobre todo en cuanto a pasos procesionales, hasta finales del siglo XVIII y principios del siguiente”, por lo que los pasos serían uno de los elementos “más recientes” de la Semana Santa. Con el paso de los años el cronista capitalino considera que:

(...) esta fiesta que camina entre lo sacro, lo artístico y lo costumbrista, ha llegado a constituir un patrimonio no sólo de la Iglesia, las cofradías y los patronazgos, sino de todo el pueblo gran canario que hoy, con un interés enorme y renovado, la entiende como un atributo esencial de los barrios históricos de Vegueta y Triana⁵⁰.

Cuando Laforet habla de “*un interés enorme y renovado*” hace referencia al decaimiento popular de la celebración, al menos en la capital gran canaria, durante los años 80 y principios de los 90, que obligó, incluso, a reducir los días de procesiones y eliminar las salidas de algunos tronos. Sin embargo, y a medida que se da una



Romería del Rosario de Vegueta, recientemente recuperada, 2007. Fuente: (en la foto) Carmelo Santana Castellano.

⁴⁹ Juan José Laforet Hernández (1999), *op. cit.*, p. 76.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 36.

revalorización institucional y re-apreciación popular de lo tradicional y de lo propio como valioso elemento diferenciador entre culturas (y destinos turístico) y como muy plausible valioso del turismo, la celebración de la Semana Santa vuelve a estar en auge y cuenta en la actualidad con una participación ciudadana que prácticamente desborda la capacidad de los barrios fundacionales de la ciudad.

El punto álgido de la Semana Santa se materializa en las procesiones en las que las distintas parroquias sacan a la calle su imaginería para admiración del pueblo. Sin embargo, y más que centrarnos en las procesiones, que ha día de hoy se celebran en casi todos los rincones del territorio español, quisiéramos transmitir el contexto, el ambiente creado en el que estas procesiones se celebraban; un ambiente fruto del recogimiento y expiación de la población a lo largo de los cuarenta días de purificación que duraba la Cuaresma.

Como comenta Alzola, en una ciudad como Las Palmas de Gran Canaria, en la que a principios del siglo XX las novedades y acontecimientos eran escasos, *“la Semana Santa constituía cada año un acontecimiento que, por repetido, no dejaba de ser esperado con gran deseo por los vecinos”*⁵¹.

Durante la Cuaresma, los vecinos de Vegueta y Triana preparaban *“sus conciencias y sus indumentarias”* para los días grandes de la Semana Santa con la realización de ejercicios espirituales y visitas a los sastres y modistas.

Carlos Ramírez también habla sobre los ejercicios espirituales, pidiendo que ese recogimiento, que esa reflexión adquirida durante los ejercicios espirituales se trasladen al día a día de la celebración religiosa: *“En el seno de nuestros hogares, en la práctica de nuestro habitual trabajo, en todo el ámbito de la vida social, ha de haber un palpito intenso y sincero de condolencia”*⁵².

La actitud con la que se afrontaba la Semana Santa, a excepción de para unos pocos, ha cambiado totalmente. En la actualidad, y a pesar del reciente resurgimiento de las celebraciones en los barrios, la mayor parte de la población, sobre todo los jóvenes,

⁵¹ José Miguel Alzola González, *op. cit.*, p. 9.

⁵² Ídem.

contempla estos días como una oportunidad para escapar de la cotidianidad y descansar en la playa durante el día o frecuentar bares y discotecas por la noche; una actitud que nada tiene que ver con el recogimiento y la prohibición de disfrute impuesta antaño cuando se consideraba, como recuerda Carlos Ramírez⁵³ en las últimas líneas del arriba citado capítulo “*obligado además de reverencia*” edificar nuestro espíritu “*ante la excelsa conmemoración del Hijo de Dios*”.

En la Semana Santa de a principios del siglo XX era característico “*el silencio en el que se sumía el pueblo desde las primeras horas del Domingo de Ramos hasta el siguiente fin de semana*”⁵⁴. En estos días los niños tenían prohibido jugar, nadie cantaba ni silbaba, no se escuchaba música en la radio ni estaba permitido ir al cine. Cuando los medios de comunicación se hallaban más extendidos, ya en los años sesenta, las únicas retransmisiones eran de carácter religioso, con películas como *Los Diez Mandamientos* o *Ben-Hur*, una superproducción que relata la vida de un judío en los años de la predicación de Jesús, o retransmisiones radiofónicas catedralicias como *El Sermón de las Siete Palabras*. Tampoco estaba permitido a los adultos jugar o apostar, a los jóvenes reunirse en guateques, ni se debían utilizar colores llamativos al vestir. El contacto físico entre sexos estaba también prohibido.

Domingo J. Navarro también habla sobre la Cuaresma y la Semana Santa, sobre los “*ayunos y mortificaciones*”⁵⁵ que debían empezar el mismo miércoles de ceniza tras la quema de la carnavalera sardina, si bien confiesa que el ayuno que se realizaba entonces era “muy soportable”.

El Jueves Santo era el día obligado de estreno de ropa y zapatos, y toda familia cuya situación económica se lo permitiera se cuidaba de salir en este día señalado con atuendos confeccionados en las modistas y sastres de la ciudad exclusivamente para la ocasión: las señoras con elegantes vestidos y tocados; los caballeros con trajes negros y camisas de impecable blanco, también tocados con sombrero; los niños con ropas y zapatos nuevos, zapatos duros que dejarían grabado en el recuerdo de muchos de esos niños el dolor sufrido al llevarlos durante todo el día. El cronista dice:

⁵³ Ídem

⁵⁴ Juan José Laforet Hernández (1999), *op. cit.*, p. 78.

⁵⁵ Domingo J. Navarro, *op. cit.*, pp. 98-99.

La Semana Santa era siempre esperada con avidez, porque en tales días lucían sus galas las señoras y los caballeros: yá, á ver pasar las procesiones en diversas casas, donde obsequiaban á los concurrentes con comfortable refresco; ya de iglesia en iglesia á oír los misereres, sobre todo en las de las monjas; yá finalmente, a recorrer de día las Estaciones con el máximum de lujo que cada uno alcanzaba⁵⁶.

La gastronomía de Semana Santa

La gastronomía característica de estas fechas “*tiene su origen en aquella antigua prohibición de comer carne en determinadas fechas*”⁵⁷. Esta limitación del uso de ciertos ingredientes hizo que cocineras y cocineros agudizaran el ingenio para elaborar una serie de platos que acataran las normas impuestas por la iglesia durante estas fechas. La prohibición del consumo de carne podía evitarse si la familia o persona en cuestión tenía el dinero suficiente como para pagar la bula, un impuesto eclesiástico que permitía al pagador consumir toda la carne que quisiera en esta época de prohibición.

Juan José Laforet habla sobre algunas especialidades culinarias grancanarias propias de la Cuaresma. Entre los platos mencionados están el “*sobrio sancocho para el almuerzo del Viernes Santo*”, preparado con pescado para no “*romper la consigna del ayuno y la abstinencia carnal*”⁵⁸. Aunque este es un plato que se disfruta durante todo el año en las islas, su elaboración y consumo se “*convierten en casi un ritual en Semana Santa*”⁵⁹.

Para este día señalado también se guisaban platos como el caldo de cilantro, el caldo de millo o las lentejas con arroz. Otros platos típicos eran las “*papas viudas*” un plato que se preparaba añadiendo a unas papas previamente fritas un sofrito de tomates, cebollas, ajos, pimiento dulce y un poquito de pimentón. La fritura se rehogaba posteriormente en agua y vino blanco (el plato se cocinaba sin el vino blanco en estas fechas) y se

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Juan José Laforet Hernández (1999), *op.cit.*, p. 55.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 54.

⁵⁹ En la página Web de la FEDAC, sección Cultura Tradicional de Gran Canaria, El Sancocho [en línea], disponible en: <http://www.culturatradicionalgc.org/Gastronomia-Tradisional/Segundo-Plato/Sancocho.html> [consultada: 15 septiembre de 2009]

dejaba guisar a fuego lento hasta que las papas quedarán “sequitas”. Finalmente se cubre el conjunto con rodajas de huevo duro y se deja reposar.

También se menciona el “Potaje de Semana Santa” o “Potaje Santo”, con base principal de garbanzos, calabaza, cilantro, ñame, papas y, para quienes sean un poquitín sofisticados, unas pasas y un trocito de canela en rama que se retirará al final”.

Sin embargo, si hay un aspecto de la gastronomía de la Semana Santa que hay que destacar es aquel ligado a los dulces confeccionados tradicionalmente por estas fechas. En los hogares era tradicional confeccionar truchas de batata, siempre sustituyendo la manteca de cochino por aceite de oliva, las torrijas o el frangollo, un postre preparado a base de leche, harina de millo, limón, huevos, azúcar, mantequilla, pasas, almendras y canela.

De los dulces propios de estas fechas habló Elena Parrilla, heredera de un negocio centenario de repostería ubicado en la calle General Bravo, en el barrio de Triana, con el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad:

(...) hay productos muy solicitados que se hacen épocas determinadas. Los pasteles de carne en navidades, o por semana santa los bollos de alma. (...) Según Domingo J. Navarro, el bollo de alma, en la tradición de Gran Canaria, se comía el Viernes Santo porque durante todo ese día tenías después que estar en ayunas. Entonces, para desayunar, se comía un bollo de alma y se tomaba un vaso de leche y gofio, y luego uno se iba a las procesiones y aguantaba sin comer hasta el día siguiente. El bollo de almas es un bollo grande hecho de almendras, ahora te lo enseño, ¡y eso tiene un alimento enorme!⁶⁰

Las procesiones de Semana Santa

Durante los días grandes de la Semana Santa las procesiones de las imágenes religiosas de las distintas parroquias de Vegueta y Triana se suceden, despertando el fervor de los creyentes y la curiosidad de los visitantes. Las procesiones de Vegueta y Triana

⁶⁰ Elena Parrilla, *op. cit.*, p. 6.

siguieron siempre el mismo recorrido: “*las de Vegueta venían a Triana y las procedentes de este barrio cruzaban el Guiniguada para devolver la sacra visita*”, respetando la costumbre de que las imágenes visitaran los tres monasterios de clausura que existían en la ciudad para que las monjas pudieran admirar las tallas y ofrecerles cánticos.

Siguiendo una tradición que perdura, cada trono estaba patrocinado por una familia que se encargaba de los preparativos y sufragaba los gastos de la procesión de la imagen en el día señalado. Como recompensa los patronos podían ir delante de la imagen durante la procesión; este honor y responsabilidad es uno que pasa de padres a hijos. Además, la procesión paraba delante de los balcones de las casas de los amigos de los patronos, y como en la ciudad “todo el mundo se conocía” el recorrido se alargaba interminablemente.

Uno de los mayores honores para una dama de la ciudad capitalina durante las primeras décadas del siglo XX era, también señala Alzola, ser requerida para portar uno de los doce cordones del trono de la Virgen de la Soledad de la Portería, de la parroquia de Santo Domingo. El párroco, tras realizar su selección, enviaba los



cordones a las casas de las agraciadas. En el día señalado las criadas de las señoras aparecían en la iglesia desde primera hora de la mañana para reservar a su ama el mejor sitio junto al paso. Tras horas y horas de espera, y sólo unos instantes antes de que saliera la procesión, se personaban las señoras para ocupar el lugar que pacientemente les había guardado la criada⁶¹.

La participación de los niños en las procesiones se limitaban a portar los estandartes, que el autor recuerda como demasiado pesados para que un niño los pudiera llevar, y la

⁶¹ José Miguel Alzola González, *op. cit.*, p. 14.

naveta. Referente a la naveta nos relata cómo cuando al pasar por delante de una botica era costumbre entrar en ella para que el mancebo del boticario la llenara de incienso gratuitamente, y si tenía el niño suerte le regalara un trozo de regaliz.

Los tronos eran antaño cargados por palanquines que se reunían en la calle del Losero, en Triana, donde esperaban hasta que eran necesitados. La palabra, nos explica Alzola, deriva de “palanquín: angarilla utilizada para trasladar difuntos al cementerio”⁶².

Era al grito de “¡Costaleros, al cielo con ella!”⁶³, como comenta Laforet, que el capataz indicaba a los palanquines el inicio de la procesión.

Se comenta, por último, un elemento esencial y característico de las procesiones del Viernes Santo: la mantilla. Hace referencia Laforet⁶⁴ al uso de la mantilla canaria en Semana Santa en su obra, líneas en las que deja constancia de que a pesar de los altibajos que ha sufrido la Semana Santa, con peligro incluso de desaparecer:



Mujeres con mantilla en la plaza de Santo Domingo, aprox. 1930. Fuente: FEDAC. La tradición marcaba que la mantilla blanca era para las solteras, y la negra quedaba para las casadas.

(...) la mantilla canaria jamás ha declinado su presencia, su constante acompañar a un Cristo en procesión por las calles de Vegueta, pues cada grancanaria que la luce ese día, con inusual, armónica, sencilla y serena elegancia, quiere unir sus sentimientos más hondos a los de esa “Dolorosa” a la que Luján Pérez dio el rostro y la tristeza profunda de una joven isleña.

La celebración del Corpus Christi

El Corpus Christi es una fiesta católica destinada a conmemorar la Eucaristía. Su celebración tiene lugar 60 días después del Domingo de Resurrección.

⁶² *Ibidem*, p. 15.

⁶³ Juan José Laforet Hernández (1999), *op. cit.*, p. 17.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 51.

Domingo J. Navarro deja constancia de lo que ya no existía (en 1895) de la procesión que tradicionalmente tiene lugar en este día:

De esta solemne procesión sólo referiremos lo que ya no existe. De ella abrían la marcha dos gigantones y otros dos más pequeños llamados Golosillos, porque daban implacables manotadas a los que nada les ofrecían; venía después la Tarasca con su enorme boca abierta; seguían los Matachines infundiendo terror, y en pos de ellos los Diablillos haciendo mil travesuras. Después de estandartes y cruces, llamaban la atención todos los santos patronos de los conventos, iglesias y ermitas; y últimamente, delante del trono de Santísimo, la Confraternidad de San Telmo que, vestida de gala y con las espaldas desnudas, ejecutaban en cada parada una danza en la que hacían con las espadas diversas figuras. El sabio obispo señor Tavira, en fin del siglo pasado, dio a la procesión del Corpus la seria solemnidad que actualmente tiene⁶⁵.

Sin embargo, la tradición más característica de esta celebración, la elaboración de alfombras de flores, sigue practicándose con fervor. Las alfombras de flores tienen su origen en el pueblo de La Orotava, en Tenerife, tal y como nos indica José Pérez Vidal “*gracias a la feliz iniciativa de doña Leonor del Castillo Monterverde*”⁶⁶. La dama, con intención de reavivar la celebración de la fiesta por esas fechas, 1847, que había decaído enormemente, tuvo la iniciativa de confeccionar, junto a otros miembros de su familia, una alfombra de flores frente a su casa, por la que posteriormente pasaría la procesión.

Juan José Laforet también recuerda las tardes de preparativos que eran antesala a la confección de la alfombra:

La tarde anterior se deshojaban las flores. Se iba a casas de las distintas familias que preparaban alfombras, ayudabas a deshojar y ellos te invitaban a merendar. Después te levantabas tempranito, de madrugada, para preparar

⁶⁵ Domingo J. Navarro, *op.cit.*, pp. 100-101.

⁶⁶ José Pérez Vidal (1985). *Estudios de Etnografía y Folklore Canarios*, Exc. Cabildo Insular de Tenerife: Museo Etnográfico, p. 68.

las alfombras. Las alfombras eran siempre de flores, no de los materiales que se ven ahora: papel, serrín, sal. Las alfombras de Vegueta eran sólo de flores. Se ponía pinocha en la base y los pétalos encima. Los nuevos materiales se han introducido ahora.⁶⁷

Respecto al deshojado de flores, el entrevistado comenta lo siguiente:

Normalmente era una familia por calle, una familia pudiente que tuviera posibilidades de hacerlo. Con esa familia colaboraban no sólo los vecinos de Vegueta, si no también personas de todas Las Palmas, amistades suyas que venían. Por la tarde iba la gente joven, y por la noche la más mayor. El evento servía de reunión social, se merendaba, o se tomaba una copita y la gente se entretenía⁶⁸.

Jorge Haddad⁶⁹, tercera generación de una familia de comerciantes en el ramo textil de la calle Mayor de Triana, también habló sobre la festividad del Corpus en la entrevista concedida al proyecto Redescubre tu Ciudad. A partir de los comentarios del entrevistado se elaboró el siguiente texto:

Al pasar por la casa de sus tíos, los Beltrana, [en la plaza del Pilar Nuevo] nuestro entrevistado recuerda ir en época de procesiones. Al hablar de la costumbre de deshojar flores para las alfombras que se preparaban en estas fechas el entrevistado comenta que esa era una actividad que se realizaba en las casas más pudientes, entre ellas la del conde de la Vega Grande y la de la marquesa de Arucas, que traían flores de sus fincas. La víspera del día del Corpus se reunían familia y amigos y se deshojaban flores y pintaba sal, siendo lo último una costumbre adoptada en esos años y que finalmente sustituiría por completo a los tradicionales pétalos. Posteriormente, durante la noche y la madrugada, se confeccionaban las alfombras de adornarían las calles a la mañana siguiente.

⁶⁷ José Laforet Hernández en la entrevista: *Vivencias y Recuerdos de Vegueta* para el proyecto de historia oral Redescubre tu Ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, 26 de mayo de 2009, p. 5.

⁶⁸ Ídem.

⁶⁹ Jorge Haddad Marrero en la entrevista: *Haddad, Historia de tres generaciones de comerciantes en Triana*, para el proyecto de historia oral redescubre tu Ciudad, 6 de julio 2009, p. 19.

En la actualidad, la escasez de flores y la magnitud que ha adquirido la celebración han hecho que se sustituyan los pétalos de flores por otros materiales, como sal coloreada y el serrín.

Celebraciones de carácter pagano

El Carnaval

Carlos Navarro Ruiz define los Carnavales como:

(...) fiestas de locuras muy generalizadas, en las que reinaban el desenfreno y la libertad, el alcohol igualaba a las personas, que vestían como les parecía conveniente dentro de los límites de la decencia y del orden, ocultando el rostro con pinturas, antifaz o careta para actuar con la mayor despreocupación⁷⁰.

En cuanto a su antigüedad, José Pérez Vidal sugiere que ya en el siglo XVIII la fiesta se “celebraba con predicamento entre las distintas clases sociales”⁷¹ en las islas. También, y hace poco más de un siglo, Domingo J. Navarro comentaba:



Desfile de carnaval, calle Mayor de Triana, 1933. Fuente: FEDAC

Nuestros progenitores esperaban siempre ansiosos la temporada de carnaval y la prolongaban lo más que podían. Estas diversiones comenzaban la noche del día de la Concepción y se iniciaban con comparsas de escogidos disfraces que visitaban las tertulias, donde reinaba la broma y bailaban con los tertuliantes a pesar de la careta⁷².

⁷⁰ Carlos Navarro Ruíz, *op. cit.*, pp. 82-83.

⁷¹ José Pérez Vidal, *op. cit.*, p. 28.

⁷² Domingo J. Navarro, *op. cit.*, p. 97.

Para justificar este atrevimiento (el bailar con un enmascarado) el autor explica que en esos tiempos la población era muy reducida y que todos se conocían. Este era un Carnaval que finalizaba, sin embargo, y como explica Navarro, “*a las doce de la noche del martes, toda la ciudad quedaba súbitamente en sepulcral silencio. La Inquisición vigilaba*”⁷³.

Esta es la primera diferencia que destacamos entre el Carnaval de antaño y el actual. Así lo comenta Juan José Laforet en sus *Crónicas Isleñas*:

Ahora el “martes de carnaval”, pese a ser una fiesta cumbre del largo programa que se prepara cada año, no es ni con mucho la última, o una de las últimas. Digamos que los tradicionales sábado, domingo y lunes de carnaval se han transformado en la “semana de carnaval”. La sardina ha retrasado su entierro al domingo siguiente, el socorrido “carnaval chico” o “de la piñata”, dejando de actuar como celebración laica y paganizante del “miércoles de ceniza”⁷⁴.

Como señala el autor, si después de esta larga semana de celebraciones el gran canario se ha quedado con la miel en los labios, tiene la oportunidad de seguir de fiesta en otras localidades de la isla que dan inicio a su Carnaval cuando finaliza el capitalino.

Si hay algo que ha caracterizado siempre a los carnavales es su carácter popular. Es esta otra de las cualidades que resaltar del Carnaval de las islas y, prácticamente, de cualquier otro lugar: la libertad de participación, ya sea a nivel de sociedades, de asociaciones o de gremios o a nivel individual. “*La música, el humor, el ingenio, el respeto mutuo, la hospitalidad, el estilo liberal y democrático*”⁷⁵ son las características principales de esta tradicionalmente popular fiesta. Por ello su grado de celebración ha dependido de que la autoridad imperante del momento fuese liberal o retrograda, previa presión ejercida por la Iglesia. Tras la guerra civil, cuando los carnavales quedaron terminantemente prohibidos por el régimen franquista, los isleños disfrazaron

⁷³ *Ibidem*, p. 98.

⁷⁴ Juan José Laforet Hernández (2002). *Crónicas Isleñas*, Telde, Gran Canaria: Talleres Tegrarte, pp. 54-55.

⁷⁵ José Pérez Vidal, *op. cit.*, p. 46.



Alfombra de flores en la plaza de Santa Ana, aprox. 1910. Fuente: FEDAC

temporalmente la celebración con el nombre de “Fiestas de Invierno” hasta que fueron nuevamente autorizadas.

En Las Palmas de Gran Canaria, según Navarro Ruiz: “*Muchas familias se recreaban en sus casas recibiendo máscaras que daban bromas hasta que eran reconocidas*”⁷⁶, ya que estas eran unas fiestas que se celebraban tanto “de puertas abiertas” en las casas como en las sociedades, en los cafés y en las calles, permitiendo el benévolo clima de las islas que estas celebraciones tuvieran siempre

un marcado carácter callejero. Las familias que abrían sus puertas durante los tres días que duraba la celebración preparaban bailes y obsequios para sus visitantes. También habla Ruiz de los grupos de “*marineros con sus vejigas y buchets de pescado llenos de aire, que sonaban en las costillas del transeúnte*”⁷⁷ y que recorrían las calles durante estos días de celebración hoy desaparecidos.

El etnógrafo francés, el Dr. Verneau, también hace una interesante descripción respecto a estas vejigas de pescado infladas en sus *Cinco años de estancia en las Islas Canarias* que cita Vidal:

A la cabeza de cada grupo va gente de ambos sexos tocando la guitarra y cantando. El resto los acompaña también cantando y provisto de unas vejigas de pescado enormes, con las que golpean a todos aquellos que encuentran. A cada momento entran en las casas y se ponen a bailar hasta que se les haya servido un vaso de vino o de aguardiente. Desgraciado de aquel que rehúse aceptar esta costumbre. Enseguida asaltarían su casa⁷⁸.

⁷⁶ Carlos Navarro Ruíz, *op. cit.*, p. 84.

⁷⁷ Ídem.

⁷⁸ René Vernau (1981). *Cinco Años de Estancia en las Islas Canarias*, Tenerife: Edición J.A.D.L. La Orotava (citado por José Pérez Vidal, *op. cit.*, p. 41).

Existen en la actualidad en la capital grancanaria celebraciones carnalescas originarias de otras islas e intercaladas en la propia como la batalla de polvos talco de la “Llegada de los Indianos”. Esta fue una fiesta, en principio, de la isla de La Palma que podría haber llegado de manos de los emigrantes canarios retornados de Cuba y que se entiende como una demostración de su amor por dicha isla en la que los participantes se lanzan huevos rellenos de polvos de talco. Como decíamos más arriba, esta fiesta ha sido adoptada por los grancanarios, que en la actualidad celebran su Llegada de los Indianos, con la correspondiente batalla de polvos de talco en la calle Mayor de Triana, todos los participantes vestidos de blanco.

Las murgas son otro de los rasgos integradores del Carnaval. Interesante definición de murga es la de Pérez Vidal: “*grupo o compañía de músicos instrumentistas que toca a las puertas de las casas acomodadas en determinadas celebraciones con la esperanza de recibir propinas*”; Vidal añade a la definición la expresión utilizada cuando se plantaba una murga en la puerta: “*Ya vienen esos músicos a darnos la murga*”⁷⁹, donde se encuentra “murga” como sinónimo de “tabarra”.

Los marineros gaditanos son los responsables del surgimiento de esta tradición en las islas, afirmando que fueron ellos los que a principios del siglo XX sirvieron a los marineros isleños de modelo fomentando la moda de las murgas.

Las murgas isleñas se asemejan a las gaditanas en las letras satíricas y críticas, pero en lo demás, asegura Vidal, son exactas a las uruguayas: los nombres elegidos son disparatados y significativos; los integrantes, más de treinta, son todos masculinos (aunque en tiempos recientes hemos sido testigos de la introducción de las murgas femeninas); los disfraces van acorde con el lema del espectáculo; se utilizan melodías de moda o antiguas y conocidas para incorporar las letras y los ensayos se realizan en clubs sociales.

En cuanto al entierro de la sardina existen numerosas teorías sobre el origen de la costumbre. Asombra a todos los estudiosos el hecho de que se quemase a una sardina y no carne, ya que la quema señala el fin de estas fiestas paganas en la figura de Don

⁷⁹ José Pérez Vidal, *op.cit.*, p. 33.



Monjas, curas y viudas despiden a la sardina cada año, 2010.

Carnal, para dar comienzo al periodo de Cuaresma en el que el fiel tiene prohibido el consumo de carne durante cuarenta días.

De todas las teorías encontradas para explicar el origen de esta costumbre parece que la más plausible es la que hace referencia a una costumbre madrileña originada durante el reinado de Carlos

III en época de Carnaval cuando unos nobles, que habían encargado un pedido de sardinas, las recibieron en mal estado. A uno de estos nobles se le ocurrió realizar una marcha para proceder al entierro de las malolientes sardinas. Al pueblo madrileño le complació el espectáculo y decidió incorporarlo, en años sucesivos, a sus fiestas de Carnaval.

En la actualidad, el entierro de la sardina goza de gran popularidad en Las Palmas de Gran Canaria. El Miércoles de Ceniza las gentes se visten de luto, predominando los atuendos de viuda (independientemente del género) y de sacristán o cura. Como dice la copla:

La sardina se murió
y la fueron a enterrar
veinticinco palanquines,
un cura y un sacristán⁸⁰.

Se acompaña a la sardina en una larga procesión que cruza la capital al mismo tiempo que los participantes expresan sobreactuadas y divertidas muestras de dolor por la sardina que pronto será consumida por las llamas. Uno es libre de observar el espectáculo o de formar parte de él, ya sea de manera premeditada o espontánea. Una vez se completa la ruta y llega al destino final, en la actualidad la playa de Las Canteras, la sardina se coloca en una plataforma, se le prende fuego y se lanza al mar, donde desaparece.

⁸⁰ Estrofa de la Polka Mazurca, La polka mazurca procede de Gáldar (GC), al igual que muchas otras mazurcas. Es una mezcla entre polka y mazurca; las mazurcas llevan los curiosos nombres de Batisitera y Masequera, aunque también con el mismo nombre de polka mazurca hay otros géneros que todavía se canta y baila en lugares como Taco (Tenerife), La Palma Milán (Tejina) y Gáldar (Gran Canaria). Agrupación Folklórica Bucio, [en línea], disponible en: http://www.bienmesabe.org/dominios/www_bucio_org/canciones.php?id=5

El final del Carnaval daba entrada a la Cuaresma, aunque en la actualidad estas dos celebraciones, como señala Laforet “al contrario de siglos anteriores, caminan desvinculadas, sin tener en cuenta que su existencia residía y se explicaba en su antagonismo”⁸¹.

Se termina este recorrido por el Carnaval isleño repasando algunos de manjares preparados y disfrutados tradicionalmente en estas fechas.

Las tortillas de Carnaval son un dulce para preparar y disfrutar en familia, tal y como confirmó Elena Parrilla. El apellido Parilla está ligado a una familia con más de un siglo de tradición en panadería y repostería y con comercio, también centenario, la Dulcería Parrilla, en la calle General Bravo de la capital Gran Canaria. En palabras de las tías de Elena, de quienes ella heredó el negocio, este dulce no se preparaba y vendía en la dulcería para la venta al público porque se tenía que preparar en casa, en compañía de la familia, y consumirse al momento. Las tortillas de Carnaval siguen siendo un postre típico de estas fechas, y aunque se pueden encontrar en distintos establecimientos de la ciudad la mayor parte de la población sigue prefiriendo prepararlos en familia.

Otros postres que no podían faltar durante épocas de Carnaval en el pasado eran el arroz con leche y las quesadillas. En la actualidad, tanto uno como otro se pueden encontrar en las casas canarias durante todo el año. En el caso de las quesadillas, su confección queda limitada hoy en día a la isla de El Hierro, que las exporta al resto del archipiélago tanto en Carnaval como durante el resto del año.

Se comenta un último postre, el turrón de gofio, un dulce canario por excelencia y que era propio de fiestas y ferias, entre ellas el Carnaval. En la actualidad, se puede encontrar este turrón en los cilíndricos envases de papel amarillo de puestitos móviles de la Moyera, también en ferias y fiestas gran canarias. Vidal nos ofrece una receta, “quizás la primera que se conoce” de este postre, perteneciente al comerciante Antonio Betancourt de principios del siglo XIX:

⁸¹ Juan José Laforet Hernández (1999), *op.cit.*, p. 14.

Cada cuartillo de miel pesa cinco libras más que menos: a cada cuartillo de miel se le echa dos libras y media de pipa y tres güevos. La miel ha de ser quartillo por quartillo de caña y aveja⁸².

Fiestas desaparecidas

La Fiesta de la Catumba

La Catumba se celebraba en Las Palmas de Gran Canaria el tercer domingo de mayo en la Iglesia de San Pedro González Telmo, la iglesia de los marinos, ubicada en el parque de San Telmo.

En cuanto al origen de la palabra “catumba”, Navarro Ruiz, al igual que otros autores, cree que proviene de la adaptación fonética de la palabra “costumbre”, cuando en tiempos en los que se pretendía modificar el itinerario de la procesión los “roncotes” pedían que se “siguiera la catumba”, es decir, la costumbre o itinerario tradicional⁸³.

La cofradía de mareantes de San Telmo cuenta con gran antigüedad y tradición en la capital Gran Canaria, erigiéndose la primera en 1694. Cien años más tarde se construyó en la trasera de la ermita un pilar para el abastecimiento de agua, del cual tan sólo queda el recuerdo bajo el nombre de una calle cercana, la calle Pilarillo Seco. Son de destacar las ofrendas realizadas al patrón de los marineros cuando se pedía su favor o protección y que podemos apreciar colgadas del techo de esta ermita en forma de barcos en miniatura.

En los años en los que la fiesta gozó de mayor solemnidad, a principios del siglo XX, los actos se sucedían como sigue: toda la población acudía al parque de San Telmo, “iluminado profusamente a la veneciana”⁸⁴ para disfrutar del paseo y de la música a manos de la banda municipal. Tras la procesión, los representantes portuarios repartían limosnas entre los marineros ancianos y las viudas de marineros allí presentes.

⁸² José Pérez Vidal, *op. cit.*, p. 39.

⁸³ Carlos Navarro Ruíz, *op. cit.*, p. 78.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 81.

La batalla de flores

La batalla de flores era, en palabras del actual cronista de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, Juan José Laforet: “una de las más llamativas y esperadas celebraciones del carnaval laspalmeño”⁸⁵.

Laforet relata las distintas actividades organizadas con motivo de la real visita real de un joven Alfonso XIII, y hace referencia a una batalla de flores organizada fuera de fecha para el por entonces príncipe de la que comenta que: “...se decidió recrear en plena cuaresma y a escasos días de la Semana Santa, para conocimiento y disfrute de las reales personas”⁸⁶.



Laforet considera que esta es una fiesta que se debería recuperar:

A lo largo de la calle de Triana y hasta la plaza de Santa Ana las sociedades y algunas familias montaban tribunas. Esas mismas personas también decoraban carretas y carrozas, tiradas por bueyes primero y después por coches o camiones. Las carrozas iban pasando y entre las tribunas y las

⁸⁵ Juan José Laforet Hernández (2004). *El Carnaval: 525 años de historia, fiestas fundacionales*, Las Palmas de Gran Canaria: Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

⁸⁶ Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria (2006). *100 Años de la visita de Alfonso XIII*, Telde, Gran Canaria: Tegrarte S.L., p. 39.

carrozas se tiraban bolas de flores. Primero fueron bolas de flores, y después se pasó a hacer con confeti. En algún momento también se utilizó lo que ahora usan los palmeros, los huevos rellenos de polvos talco. Se pinchaba la cáscara del huevo con una aguja y el huevo se sacaba y aprovechaba para hacer las tortillas de carnaval. Después se rellenaba el huevo de polvos talco y se sellaba con un poquito de cera. ¿Qué pasó con la batalla de flores? Resulta que en alguna ocasión, junto con el confeti o las flores también se tiraron piedras. Eso hizo que desapareciera. En los años 40 se intentó recuperar, pero tiraron piedras de nuevo y la autoridad gubernativa cortó por lo sano y las prohibió para siempre. La verdad es que era una celebración muy bonita. La fiesta estaba tan arraigada que se celebró cuando el rey Alfonso XIII vino a la isla en 1906. Era la Semana antes de Semana Santa, así que estaban en plena cuaresma y no podía haber ninguna celebración de carnaval. Hay que matizar aquí que los carnavales existían, pero hasta su día, no como ahora que se alargan en el tiempo⁸⁷.

⁸⁷ Juan José Laforet Hernández (2009), *op.cit.*, p. 7.

RECETA PARA LAS TORTILLAS DE CARNAVAL

Tomaremos la receta recogida en el periódico Canarias 7 (edición del 12 de marzo de 1984) de María del Pino Ojeda, natural del pueblo de Teror (Gran Canaria) que como comenta Vidal coincide a grandes rasgos con otras recetas encontradas que se remontan al siglo XVIII para preparar este plato:

Ingredientes.- Quinientos gramos de harina de trigo, 250 de la de millo y otros 250 de pan bizcochado molido. Esos tres productos se mezclan bien como si fuera uno solo. Un litro de leche previamente cocinada; 12 huevos, 750 gramos de azúcar, una copa de buen anís, las ralladuras de un limón, una cucharilla colmada de canela molida y otra igual de matalahuga, más la sal suficiente para su temple.

Modo de hacerlas.- En un recipiente adecuado se baten las claras casi a punto de nieve. A éstas se les agregan las yemas que, una vez bien emulsionadas, se les adita el azúcar, sin dejar de moverlas, así como los granos de matalahuga, la canela bien espolvoreada (o mejor mezclada con el azúcar para así evitar que se formen grumos), las ralladuras de limón, el anís y la sal necesaria. A continuación, bien espolvoreada, se incorpora la harina; seguidamente –siempre sin dejar de revolverlo– se añade la leche a chorro. Se sigue moviendo hasta que quede una mezcla perfecta y homogénea.

Ya bien mezclado todo, se cubre con un paño y se deja en reposo por espacio de una hora o más. Pasado el tiempo indicado se fríen en abundante aceite de oliva bien caliente. El trasvase de la pasta del recipiente a la sartén se hace con el auxilio de un cazo (cucharón se le dice en la Isla) de cocina. La ingestión de las tortillas de leche debe hacerse en frío. Cuando tienen uno o más días de hechas son más que gustosas. Se acompañan con miel de abeja, aunque lo tradicional es hacerlo con la de caña.